

Ignacio Martín-Baró

RAICES PSICOSOCIALES
DE LA GUERRA EN EL SALVADOR

I N D I C E

Capítulo

INTRODUCCION: PSICOLOGIA Y CONFLICTO SOCIAL

1. El Salvador: un pueblo en guerra.
2. La perspectiva de la psicología social.
3. Una perspectiva sobre el conflicto en El Salvador.

1. LA DIALECTICA DE GRUPOS EN EL SALVADOR EN 1980.

1. La proliferación de grupos.
 2. Fluidez de los procesos sociales.
 3. La dinámica de grupos.
 4. Polarización social.
-

2. EL MALESTAR A LA CALLE.

1. La calle.
2. La manifestación.
3. El retén.

3. EL LIDERAZGO DE MONSEÑOR ROMERO.

1. El liderazgo.
2. De Monseñor Romero a Monseñor.
3. El liderazgo de Monseñor.
 - 3.1. Monseñor como profeta social.
 - 3.2. Monseñor como unificador social.
 - 3.3. Monseñor como símbolo revolucionario.
4. Asesinato y entierro de Monseñor.

4. EL REINO DEL TERROR.

1. Represión y miedo social.
 - 1.1. Seguridad nacional y represión.
 - 1.2. La represión en la ciudad y en el campo.
 - 1.3. Los efectos de la represión.
2. Represión y terror.
3. El resquebrajamiento del orden social.

5. EL PUEBLO EN ARMAS.

1. Zonas liberadas.
2. La guinda.
3. El combatiente del pueblo.

A MANERA DE EPILOGO: HACIA UNA NUEVA SOCIEDAD.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.

INTRODUCCION

PSICOLOGIA Y CONFLICTO SOCIAL

"Aquí la caña y el maizal florecen
regados con la sangre de los mártires."

Francisco Andrés Escobar
(poeta salvadoreño)

1. EL SALVADOR: UN PUEBLO EN GUERRA.

Día tras día, con una estremecedora persistencia, las noticias provenientes de El Salvador han atraído la atención mundial hasta llegar a convertirse en una pesada carga para la conciencia de los pueblos. Primero, sólo se sabía que allí se producían secuestros de industriales ricos o personajes significativos por los que se exigían cuantiosos rescates, y que en algunos casos resultaban muertos. Luego se conoció sobre el asesinato de un sacerdote católico y que una agrupación derechista paramilitar amenazaba de muerte a toda una orden religiosa. Más tarde se empezó a oír, débilmente al principio, agigantada más tarde, la voz de un humilde obispo que, desde la sencillez de su homilía dominical, conmovía con sus denuncias la conciencia colectiva de la humanidad. Y, entonces sí, se destapó la olla podrida del pequeño país centroamericano.

El mundo conoció, entre incrédulo y espantado, sobre condiciones infrahumanas de existencia; supo y vió en sus televisores manifestaciones ametralladas por fuerzas de seguridad y

calles regadas de cadáveres por grupos paramilitares; supo de iglesias profanadas, campesinas violadas, catequistas torturados; contempló aterrorizado cómo un policía descargaba su G-3 en el cuerpo de un adolescente que imploraba a Dios y misericordia, y oyó de guardias salvadoreños haciendo puntería con los cuerpos de infantes arrojados al aire; conoció cifras sobre personas "desaparecidas", comunidades religiosas asesinadas, periodistas secuestrados, maestros cazados como alimañas; vió fotografías de cadáveres mutilados, personas destazadas en vida, familias enteras quemadas en sus propios ranchos. Con apenas unos días de intervalo se supo del secuestro, tortura y asesinato de seis líderes de la oposición y del secuestro, violación y asesinato de cuatro misioneras católicas norteamericanas, en ambos casos a manos de los cuerpos de seguridad o de cuerpos paramilitares al abrigo de las fuerzas de seguridad. Un día se supo que aquel pequeño obispo de voz profética había sido asesinado, y a la semana siguiente se conoció que en sus funerales una masa de cien mil personas había sido atacada con bombas y ametralladoras desde edificios oficiales.

Era difícil que el mundo civilizado pudiera comprender tanta barbarie. "Eso" no era posible, y menos con un gobierno al que un partido respetable, como la Democracia Cristiana, amparaba y justificaba ante la opinión mundial. Faltaban categorías para entender semejante infierno dantesco, que el mundo aborreció y pretendió sepultar definitivamente con la derrota

del nazismo, pero que resurge obstinadamente en situaciones como las de Biafra, Vietnam, Cambodia y ahora El Salvador. Con todo, los hechos ahí estaban, las pruebas eran innegables y ni siquiera la poderosa máquina propagandística de los Estados Unidos era capaz de maquillar la imagen repugnante de un régimen cuyos rasgos dominantes eran la injusticia social y la represión asesina.

Ciertamente, los acontecimientos que han conmovido a El Salvador en los últimos años son totalmente distintos de los que ocurrieron en la Alemania de Hitler, pero no menos crueles ni menos deshumanizadores. Veinte mil víctimas de la represión caídas entre enero de 1980 y junio de 1981 en un país con apenas cinco millones de habitantes significan que de cada cincuenta familias salvadoreñas (familia en sentido restringido) una llora un miembro asesinado por la represión en este período de año y medio. Si a los asesinatos se juntan los huidos o refugiados, los hogares dinamitados o las propiedades quemadas, los cateos y registros continuos, las detenciones y los maltratos, las amenazas y las golpizas, las calumnias y las expulsiones, fácilmente se comprende que no queda prácticamente en El Salvador familia alguna del pueblo a la que este torbellino de sangre e irracionalidad no haya tocado directamente.

Se discute en forma propagandística si El Salvador es o no un nuevo Vietnam. Quienes afirman la similitud, pretenden subrayar la voluntad de victoria revolucionaria contra el imperio norteamericano; quienes la niegan intentan tranquilizar a sus

aliados y aun a sí mismos de que el gobierno Reagan no permitirá que un pequeño pueblo derrote una vez más a las fuerzas imperiales, carcomidas por sus propias contradicciones. Pero, más allá de la argumentación propagandística, es indudable que la situación salvadoreña presenta hoy muchos y muy profundos parecidos con los tristes acontecimientos del Vietnam, desde el hecho de que fuera Estados Unidos el único y último sostén de un gobierno impopular, corrupto y cruel, hasta el hecho de que sus intereses en el conflicto pasaran por encima de sus verdaderas raíces, transformándolo en una simple confrontación entre el Este y el Oeste (ver Chomsky y Herman, 1979). Cuando el campesino salvadoreño de Morazán o de Chalatenango sienten el ronquido del helicóptero asesino que vomita muerte y fuego, que destruye su rancho y su milpa, no pueden menos de aborrecer la mano blanca que, desde un aséptico despacho en Washington, ordena aumentar la ayuda militar al gobierno de El Salvador con la nada original y menos creíble disculpa de que "hay que poner coto al avance comunista de Rusia y sus aliados". Ningún fatalismo histórico más cruel que el del salvadoreño hoy como el del vietnamita ayer, forzados a rebelarse contra la inequidad de regímenes prohijados y cobijados por los Estados Unidos para morir bajo las bombas o el napalm enviados generosamente por los mismos Estados Unidos en nombre de la libertad y de la democracia.

Aunque sea un tópico, es innegable que muy pocas personas en Europa o Estados Unidos habían oído hablar, fuera de su clase

de geografía, de un país llamado El Salvador. Aun hoy, probablemente la mayoría de los norteamericanos tendría dificultad para ubicar a El Salvador en un mapa. El Salvador es un país diminuto y pobre, una insignificante "república banana" apenas del tamaño del estado de Massachussetts (21,000 kilómetros cuadrados), algo así como un rincón olvidado en el patio trasero de los Estados Unidos, en el que de vez en cuando ocurren sucesos pintorescos como un golpe de estado o una guerra intrascendente desencadenada por un partido de fútbol con otra "república banana" (ver Carías y Slutzky, 1971; Jiménez, 1974). Tradicionalmente, "catorce familias" han señoreado la vida económica, política y social de El Salvador, sobre todo por su dominio de las explotaciones de café, principal riqueza del país (White, 1973). Lo de catorce familias no quiere decir que la oligarquía salvadoreña se redujera a catorce familias, ni una más ni una menos; se trata más bien de un calificativo simbólico para expresar lo limitado de esa élite dominante, ya que El Salvador está dividido administrativamente en catorce departamentos. En cualquier caso, es innegable que El Salvador ha vivido bajo un orden social al servicio particular de unos pocos, lujosa y aun lujuriosamente sentados sobre la miseria de una población que en la actualidad ronda ya los cinco millones.

Ese orden social, al que más atinadamente habría que calificar como "desorden social" bajo protectorado norteamericano, ha hecho crisis. De eso se trata: de la bancarrota de un orden

social, de la descomposición acelerada de un esquema de vida. En su agonía social, los hasta hoy usufructuarios del régimen salvadoreño pretenden arrasar con todo vestigio de vida: se descapitaliza al país, se desmantelan los centros productivos, se pervierte a las instituciones y organismos con algún futuro y, sobre todo, se elimina sistemáticamente a todo grupo o persona del pueblo que pueda propiciar una nueva existencia y empujar una nueva andadura social.

Desde el punto de vista de la psicología social, uno de los ámbitos donde mejor se puede apreciar este colapso es en la cotidianidad. Las perspectivas más diferentes coinciden en que la vigencia de un orden social, eso que cierta sociología tradicional llamó el "control social" (Janowitz, 1978), se expresa y refuerza en la organización rutinaria del día tras día, en la estructuración de las actividades ordinarias (Schutz, 1967; Garfinkel, 1967; Berger y Luckmann, 1968).

Entre 1980 y 1981, esa cotidianidad se ha desmoronado en El Salvador. No se trata sólomente de que el gobierno haya establecido ley marcial bajo un estado de sitio que obliga a los ciudadanos a reducir su ámbito vital al ritmo y márgenes de las disposiciones militares; se trata, sobre todo, de que el pueblo mismo de El Salvador ha sido sitiado y en cada momento confronta la eventualidad nada improbable de la muerte. Este es quizás el único presupuesto en el que los salvadoreños pueden hoy asentar el desarrollo de su existencia. En un sentido nada ambiguo, la

cotidianidad es de muerte, no de vida. Las rutinas han pasado a pender de un hilo nunca anticipable, y la aparente normalidad de las actividades sociales tan sólo expresa la necesidad perentoria de sobrevivir a cada momento. No se sabe si mañana se podrá ir al trabajo o si tan siquiera seguirá en pie el lugar del trabajo; nadie puede aventurar dónde o en qué momento empezarán los disparos, estallarán las bombas o comenzará el rastillaje militar; ningún hogar es refugio suficientemente seguro contra el mortero inmisericorde, el cateo sorpresivo o la visita del "escuadrón de la muerte"; ninguna persona puede estar segura de si su vecino sigue siendo el cordial amigo de ayer o se ha convertido en un "oreja" (espía) presto a la delación mortal; y, en definitiva, lo único que a todos se impone como incuestionable es la omnipresencia de la muerte.

Cabe afirmar que la cotidianidad no ha desaparecido, sino que una cotidianidad ha sido sustituida por otra, que los salvadoreños han reestructurado sus rutinas diarias incluyendo el alerta permanente como premisa fundamental y la muerte violenta como fruto ordinario. Se ha afirmado que los salvadoreños se han acostumbrado a una dosis de "dos bombas por día" (Morales Ehrlich, miembro de la Junta de Gobierno) o que irán a votar "en medio de las balas" (Coronel Gutiérrez, miembro de la Junta de Gobierno). Pero sólo forzando los términos se puede hablar de normalidad cotidiana para los miles que hoy viven huyendo, buscan refugio lejos de su tierra o tienen que enfrentar cada nuevo

día bajo la amenaza de si ya les habrá llegado su hora. Hay, sí, una nueva cotidianidad; pero lo que refleja esa cotidianidad es un orden social que no controla, en el sentido funcionalista del término, sino que oprime y coerce; un orden que se impone por la violencia, regular mediante la amenaza y sanciona con el asesinato. En El Salvador, la cotidianidad de un pueblo en estado de sitio muestra la cara al desnudo de un sistema social, hasta ayer maquillado por rutinas culturales, hoy desenmascarado en su rutina de opresión y muerte.

El conflicto salvadoreño, que es un conflicto de clases, no es nuevo; lo nuevo son las formas que ha ido adoptando y su creciente radicalización. Si el conflicto ha abocado en enero de 1981 a una guerra civil formal, aunque no convencional en el sentido militar del término, es porque ha tocado fondo (Martín-Baró, 1981a). La lucha organizada del pueblo salvadoreño por liberarse de un régimen secular de opresión ha hecho aparecer en la cotidianidad de la vida social lo que hasta hace poco estaba escondido o disimulado tras valores de fachada, formulaciones de corte liberal y normas de aparente concordia para la convivencia social: y lo que estaba tras toda esa estructura ideológica era una relación de dominación explotadora de los muchos por los pocos. La salvaje represión desatada contra el pueblo salvadoreño al abrigo de la doctrina de la "seguridad nacional" no ha supuesto la importación de factores ajenos al sistema; simplemente ha salido a la luz lo que ayer estaba a la sombra.

No es la violencia del pueblo la que ha desatado la violencia del régimen; la violencia estaba allí, encarnada en estructuras opresivas y relaciones sociales deshumanizantes. Ha sido su cuestionamiento el que ha obligado a esa violencia estructural a salir a la luz de campos y calles bajo casco militar y con un rifle asesino en las manos. La opresión se ha traducido en represión, poniendo así de manifiesto su naturaleza mortal.

2. LA PERSPECTIVA DE LA PSICOLOGIA SOCIAL.

El psicólogo, como cualquier otra persona, antes de ser psicólogo es miembro de una sociedad y de un pueblo. La afirmación no por obvia parece menos necesaria. Nadie puede eludir la confrontación de los problemas de su propia sociedad, por más que se aísle en torres de marfil. El análisis científico surge en una situación concreta y el psicólogo es por necesidad parte de la red de relaciones e intereses que configuran esa situación. Más vale, por consiguiente, tomar conciencia del "desde dónde" se pretende hacer ciencia y tratar de controlar las posibles limitaciones y parcialidades que esta perspectiva imponga, que el suponer la posibilidad de situarse por encima de intereses y opciones (ver Martín-Baró, 1976).

El autor de estas líneas ha vivido intensamente los procesos de El Salvador tratando de que el estremecimiento humano moviera la razón científica para que ésta ofreciera luces y caminos de solución. Más que un "observador participante", el autor ha sido y sigue siendo un participante reflexivo, cons-

ciente de que no se puede eludir la acción necesaria y urgente con la disculpa de la reflexión científica, pero consciente también de que el peor enemigo de la acción constructiva lo constituye el activismo compulsivo.

Lo que aquí se presenta es, por consiguiente, un estudio desde dentro, un análisis enhebrado desde una circunstancia muy concreta e incluso desde una opción consciente. Optar, tomar partido, no es automáticamente dejar de ser científico; la ciencia toma partido por la verdad, sin que la abstracción del laboratorio sea garantía de mayor cercanía a la verdad, que es siempre histórica. Cuando se sufren acontecimientos tan trágicos como una guerra, la pretendida asepsia científica no es, las más de las veces, sino un simple alejamiento interesado de los problemas reales; no se puede confundir la reflexión teórica con la especulación abstracta, ni el aparato metodológico con la rigidez formalista.

Quien esto escribe obtuvo su doctorado en psicología social por la Universidad de Chicago, y todavía con su título fresco bajo el brazo se vió sumergido de lleno en el conflicto salvadoreño. Es difícil pensar en un contraste más extremo que entre el clima de etiqueta académica de High Park, tan sólo ocasionalmente perturbado por las tensiones raciales de la zona, y el clima de conflictiva miseria de la Plaza Libertad, en el corazón de San Salvador. El requerido formalismo de un lado sonaba a veleidad intelectual en el otro, y lo que allí aparecía como

anhelada imparcialidad científica, acá mostraba su rostro de connivencia interesada con el poder dominante.

La casa del autor en San Salvador ha sido cateada varias veces por cuerpos de seguridad; la primera vez, en un verdadero operativo militar, con un despliegue de por lo menos sesenta hombres en plan de combate; la segunda vez y estando temporalmente vacía la casa, los policías penetraron saltando muros y rompiendo ventanas, con resultados más parecidos a un saqueo de simples ladrones que a un cateo de fuerzas oficiales. Una noche en que el autor estaba retenido como rehén en su lugar de trabajo, que había sido ocupado por un grupo de estudiantes, un grupo paramilitar ametralló su hogar con fusiles G-3 y otras armas de menor calibre (ver Martín-Baró, 1980b, pág. 465). Meses después, a las tres y media de la madrugada, catorce bombas fueron lanzadas contra la misma casa, de las que (como en la canción ranchera en que sólo una bala era de muerte) sólo estallaron dos. No contentos aparentemente con la destrucción producida o con el amedrentamiento buscado, tres noches después las mismas manos pusieron otra bomba en otra parte de la casa, terminando la labor de destrucción. Por otro lado, la institución donde trabaja el autor ha sido atacada a disparos en varias oportunidades, militarizada durante varios días, y ha sufrido el impacto de más de dieciséis bombas, estratégicamente colocadas para destruir. El autor se encontraba también presente en la Iglesia Catedral de San Salvador el día de las exequias de

Monseñor Romero, y pudo ver desde el pórtico el ataque desencadenado contra casi cien mil fieles indefensos que se habían reunido delante de catedral, así como el pánico y la estampida que siguió a bombas y ráfagas de disparos.

Al señalar estos sucesos personales no se pretende reclamar un protagonismo que no se ha dado; los acontecimientos narrados apenas son un indicio de lo que, para la mayoría de los salvadoreños, se ha convertido en el pan de cada día. Lo que sí se pretende es mostrar el contexto de estas reflexiones; este libro se ha escrito desde esa vivencia personal, tratando de poner el instrumental científico al servicio de una opción por el propio pueblo.

Desde esta particular perspectiva, las obras más inspiradoras resultan ser no las de los autores más frecuentemente citados en los trabajos experimentales que encuentran acogida en las revistas técnicas, sino la obra de autores generalmente ignorados por la psicología social más en uso, como Karl Marx, Franz Fanon, Paulo Freire o Darcy Ribeiro. Ciertamente, la literatura técnica ofrece un valioso alerta cuando no un correctivo necesario al peligro sobre la falta de rigor metodológico en que tan frecuentemente caemos los científicos sociales en América Latina. Con todo, el horizonte y las formas de la psicología social que se desprenden de esa literatura técnica resultan insatisfactorias para quien tiene que afrontar situaciones como la de El Salvador. El problema no consiste únicamente en que gran parte de esa

psicología social permanece demasiado alejada de las preocupaciones e inquietudes de las sociedades concretas en que vivimos (ver Armistead, 1974), sino sobre todo en que el "lugar epistemológico" desde el que se elabora orienta hacia determinado tipo de respuestas, favorecedor de aquellos mismos mecanismos sociales que fundamentan la situación de los pueblos oprimidos. Como han tratado de mostrar varios analistas (Braustein, 1975), hay muchos intereses agazapados tras formulaciones aparentemente asépticas de la psicología social, sobre todo cuando se sacan sus consecuencias para países como El Salvador.

El tipo de psicología social que aquí se aplica al proceso salvadoreño parte de una ubicación epistemológica conscientemente distinta. En lugar de pretender eliminar los propios valores del quehacer científico, se afirman esos valores en una opción que delimita lo que se pretende estudiar y el cómo se va a estudiar, es decir, el objeto y la metodología de la psicología social. La opción solidaria con las aspiraciones de libertad y justicia de los pueblos oprimidos y, en nuestro caso, del pueblo salvadoreño, ubica al científico social en una perspectiva que busca entender los acontecimientos al interior de una historia conflictiva y, por tanto, como parte de un proceso que les da sentido. Sólo a la luz de ese contexto totalizador puede captarse la parcialidad distorsionante de los enfoques atomistas o la interesada reducción de los enfoques positivistas. Con el prurito de una pretendida asepsia, ambos terminan afirmando como natural lo que

históricamente es producto de los intereses sociales hegemónicos.

El objeto de la psicología social aquí propuesta se define como el estudio científico de la acción humana en cuanto ideológica (ver Martín-Baró, 1981b). Esta visión busca intencionadamente enraizarse con la tradición de la psicología social en uso, pero tamizada por el filtro de categorías históricas y sometida al criterio de verdad de los procesos en los que pretende repercutir. De ahí que se hable de acción humana, no simplemente de conducta, y que se la considere en cuanto ideológica, no simplemente en cuanto interpersonal.

¿Por qué se habla de acción y no de conducta? Negativamente, se pretende con ello tomar distancia respecto al enfoque "conductista", según el cual la conducta objeto de la ciencia debe identificarse con comportamientos observables y en cuanto se pueden describir con el esquema de estímulo y respuesta (Watson, 1925/1972, pág. 23). El concepto de conducta tiene así en psicología una indudable connotación teórica, que reduce su significado a aquellos aspectos externos de la actividad, humana o animal, que pueden ser observados y medidos como si de cualquier otro proceso físico-químico se tratara. Positivamente, con el término "acción" se quiere subrayar que la actividad de los individuos tiene un carácter activo y no sólo pasivo o respondiente. Poco se entendería del combatiente del pueblo salvadoreño si se pretendiera reducir su entrega y su disciplina, su moral y su arrojo, su generosidad y su compañerismo a un simple "repertorio de respuestas" aprendido a través de una serie de refuerzos recibidos.

Ante la calidad humana de tantos luchadores del pueblo en El Salvador, el hedonismo conductista no puede más que balbucir obvias superficialidades con terminología esotérica que nada aclaran, mostrando de ese modo su falta de valor científico.

Al limitar el objeto de la psicología social a la acción humana y dejar de lado la conducta animal, se puede postular con todo derecho el carácter significativo de esa acción. Frente al necesario vacío interno que el conductismo asume en la conducta, la postura aquí mantenida supone que la actividad humana es significativa, que los actos poseen una interioridad debido a la intención con que los sujetos humanos los realizan. Reducir, por ejemplo, un acto de tortura a la aplicación de estímulos aversivos de acuerdo a un programa de contingencias verbales es, en el mejor de los casos, una visión poco iluminadora que no sólo ignora las vivencias del acto de torturar o de ser torturado (aunque no las niegue), sino que no ofrece ningún elemento que permita captar el sentido estructural de esa actividad al interior de un determinado sistema social y en un determinado momento histórico.

Finalmente, con el término acción se quiere subrayar que la actividad humana genera un producto, tiene un efecto que es parte fundamental de la misma acción (Sève, 1973). Producto no es lo mismo que "estímulos reforzantes", aunque éste pueda ser un aspecto del producto. Toda actividad humana tiende a producir algo y, en este sentido, la acción humana es históricamente

creativa. Para este enfoque, estudiar el comportamiento desde una perspectiva meramente formal despoja a la actividad humana de su carácter histórico y, por tanto, parcializa su comprensión. La práctica de la tortura, por ejemplo, no sólo produce la lesión o muerte del torturado; produce, sobre todo, el papel del torturador y toda una estructura organizativa y aun legal que materialice y justifique esa función. La tortura termina históricamente configurando a las personas que torturan (el verdugo) y al sistema social que los necesita y engendra.

La gran mayoría de las definiciones sobre el objeto de la psicología social señala que su especificidad se cifra en el estudio de la conducta en cuanto interpersonal o en cuanto influida por otros. Por lo general, se asume que el influjo de los otros es extrínseco a la acción misma y genéricamente precisable. Desde esta perspectiva, lo mismo es en sí mismo recitar un poema en privado que en público; la presencia de los otros como tal tan sólo influye "facilitando" o "inhibiendo" la declamación, según la persona tenga ya bien aprendido o no el poema (ver Zajonc, 1971; 1980). Por el contrario, al tomar como objeto de la psicología social la acción en cuanto ideológica se postula que el influjo social es intrínseco a la acción, de la que es un constitutivo esencial, y se indica que ese influjo está referido a una situación histórica concreta, en la que los intereses de clase determinan la estructuración última de los quehaceres humanos, sin que los influjos aparentes o inmediatos sean

necesariamente los influjos reales o más significativos. El punto aparece claro cuando, en lugar de un acto socialmente admisible, como recitar un poema, se examina un acto socialmente cuestionable, como "decir malas palabras"; ahí se ve que la presencia del otro, el "influjo social", no es exterior al acto, algo sobreañadido, sino que la misma realidad del hablar y, sobre todo, de las palabras como buenas o como malas está socialmente configurado, en este caso, por la moral de uno u otro grupo, que se actualiza mediante la presencia del otro.

Al apuntar al aspecto ideológico de la acción humana se supone, por un lado, que la actividad de los seres humanos está determinada por sus intereses de clase, que quizá no aparezcan e incluso sean negados conscientemente, pero que se muestran en el producto social de lo que hacen; por otro lado, se supone que ese influjo y ese producto no pueden ser entendidos genéricamente, sino que hay que interpretarlos a la luz de cada configuración social y de cada situación histórica. De esta manera, se acepta que la psicología social estudie la conducta en cuanto interpersonal o influida por otros, como se ha dicho tradicionalmente, pero se apunta a las raíces sociales de esos otros y se indica que su influjo puede ser ocultado tras la falsa conciencia de unos intereses ideologizados.

En este libro se examinan las acciones concretas de grupos e individuos de El Salvador en cuanto ideológicas, es decir, en cuanto referidas a unos intereses de clase, que son la causa y

el producto del conflicto en que se hallan los salvadoreños. Metodológicamente cabe preguntarse si este enfoque permite la objetividad e incluso el carácter científico del trabajo, sobre todo en la medida en que se adopta una perspectiva axiológica, se parte de una vivencia subjetiva y se buscan significaciones más allá de los datos empíricos.

La respuesta a esta objeción ya se ha esbozado en las páginas anteriores. Consideramos que las ciencias sociales son de naturaleza distinta a las ciencias naturales, como esencialmente distintas son sus respectivos objetos. Por ello, la búsqueda en ciencias sociales de una objetividad del tipo físico-químico resulta en una verdadera desnaturalización de la acción humana, a la que primero se cosifica para luego observarla y medirla. La acción reducida a conducta no es la acción humana que realizamos y vivenciamos cada día, la acción con la que gozamos o sufrimos, amamos u odiamos, trabajamos o descansamos, luchamos o hacemos las paces. Objetividad científica no es lo mismo que asepsia, fundamentalmente porque el acto de conocer es también un acto humano, situado y referido a unos intereses sociales, y vinculado de una u otra manera a aquellos mismos actos que pretende entender y analizar. Resulta un engaño ideológico pretender eludir toda valoración en el quehacer científico; por el contrario, metodológicamente es más posible controlar los eventuales sesgos en la propia captación de los hechos cuando se reconocen los valores en juego, los principios desde los que se establece una

argumentación o un juicio, y se es consciente de que esos valores y principios forman un contexto configurador de los datos mismos que se quiere analizar.

3. UNA PERSPECTIVA SOBRE EL CONFLICTO EN EL SALVADOR.

Este libro presenta un conjunto de reflexiones de un psicólogo social sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en El Salvador alrededor de 1980. Si, como hemos dicho, la psicología social debe analizar la acción en cuanto ideológica, son cuatro los aspectos que en los acontecimientos salvadoreños habrá que examinar: en primer lugar, sus actores, tanto los individuos como los grupos; en segundo lugar, las raíces sociales de sus acciones y, más específicamente, sus raíces en la estructura de clases de El Salvador; en tercer lugar, lo que esas acciones históricamente generan, tanto en el plano de las realidades objetivas, como en la configuración de la subjetividad de las personas; y, finalmente, el sentido estructural o global de esas acciones.

Cada uno de los temas tratados ha sido el producto de una reflexión en medio de los acontecimientos, una reflexión desde la participación activa en los procesos, enfocada a hacer esa participación más racional y eficiente. En este sentido, no se trata de especular en abstracto, sino que en cada caso se ha tratado de examinar aquellos aspectos que más directamente parecían influir en la evolución de los acontecimientos y que, por consiguiente, aparecían como más importantes. Hay que insistir,

una vez más, que en todo ello el criterio para medir los hechos y su significación ha sido una opción por los intereses populares y la identificación crítica con unos valores conscientemente aceptados y promovidos. Si luego el criterio se ha aplicado bien o mal es otro asunto, que el lector tiene todo el derecho de juzgar por su cuenta.

Pero si las reflexiones de este libro han tenido desde su génesis una finalidad práctica y, mejor todavía, praxica, tienen también y por lo mismo una finalidad teórica. Con ello, estamos recogiendo lo mejor de una tradición ya clásica en psicología social: la tradición de Kurt Lewin, tantas veces y tan elogiosamente citado, pero tan poco seguido cuando afirmaba que no hay nada más práctico que una buena teoría. Los análisis aquí presentados pretenden desarrollar, así sea incipientemente, el enfoque antes mencionado de psicología social que, en nuestra opinión, más que una novedad --que no lo es, estrictamente hablando--, representa una necesidad histórica, sobre todo si se quiere contribuir significativamente al proceso de liberación de los pueblos latinoamericanos. Con este libro se pretende mostrar cómo puede un psicólogo social dar un aporte científico a las luchas sociales no, como ha sido el caso las más de las veces, apoyado en los mecanismos del poder establecido o desde la perspectiva de la clase dominante, sino incorporado a la comunidad de los "condenados de la tierra" que, desde el abismo de la opresión y enajenación social, buscan su identidad y desarrollo como pueblo nuevo en una sociedad nueva.

Es importante subrayar que las páginas que siguen no son más que una perspectiva y, por consiguiente, una visión parcial sobre los acontecimientos salvadoreños de 1980. Como tal, esta perspectiva debe ser incorporada a un análisis histórico y político más amplio, que tome en consideración otros aspectos y otros datos. Sin embargo, la psicología social constituye una perspectiva privilegiada para desenmascarar la ideología dominante y poner así de manifiesto la falsedad de un discurso que, tras la máscara de la libertad, sojuzga a poblaciones enteras, con el señuelo de la democracia, esclaviza a los pueblos y, con la invocación a la paz, arrasa vidas, bombardea poblados y aniquila sueños y esperanzas. La psicología social debe contribuir a crear una nueva conciencia colectiva en nuestros pueblos, una conciencia lúcida sobre las raíces últimas de su ser y de su saber social, necesaria para proyectarse hacia un ser distinto que abra el horizonte de una historia nueva.

El caso de El Salvador representa una oportunidad privilegiada para el estudio de las luchas populares y de su enmascaramiento ideológico desde las raíces del poder opresor. En El Salvador no existe un Somoza capaz de enturbiar el carácter clasista del conflicto y que posibilite a sectores sociales con intereses objetivos opuestos una alianza circunstancial contra el tirano; por el contrario, en el conflicto de El Salvador aparece el enfrentamiento de clases en toda su desnudez, con sus actores centrales claramente definidos y sus intereses cerrilmente atrincherados. Así, cuando el gobierno norteamericano declare

públicamente que el caso de El Salvador representa una instancia paradigmática para sus intereses y un caso en el que piensa probar su decisión de enfrentarse con el "expansionismo ruso", aparecerá con más claridad tanto la naturaleza del conflicto como el papel que en él juegan los intereses norteamericanos.

En El Salvador, el discurso sobre la democracia y la libertad resulta suficientemente expresivo, sobre todo si se le pone sobre el fondo objetivo del estado de sitio, la ley marcial, los secuestros y las torturas, los allanamientos y bombardeos, los asesinatos masivos y el aterrorizamiento sistemático de la población. Ciertamente, el caso de El Salvador, la lucha del pueblo salvadoreño por lograr su verdadera independencia y libertad, es una lucha paradigmática; pero no lo es, como pretende el gobierno norteamericano, del Este contra el Oeste, sino de las clases oprimidas contra sus opresores históricos, nacionales y transnacionales; es, en definitiva, la lucha de un pueblo contra un sistema, explotador y deshumanizante, que ha prolongado durante el siglo XX la lacra histórica de la esclavitud.

CAPITULO PRIMERO

LA DIALECTICA DE GRUPOS EN EL SALVADOR EN 1980

1. LA PROLIFERACION DE GRUPOS.

Cualquier observador de la vida política de El Salvador en los dos últimos años (1979-1980) se sentirá abrumado por la gran cantidad de siglas grupales que es necesario conocer para identificar los acontecimientos más significativos así como por la gran rapidez con que unas siglas son sustituidas por otras. Basta una breve ausencia del país o un pequeño período sin abundante información para experimentar la impresión de que el escenario político ha cambiado sustancialmente porque los actores son o parecen ser distintos. Esta proliferación de siglas correspondientes a diferentes grupos y agrupaciones no se limita al ámbito de partidos, asociaciones o frentes políticos, de una u otra naturaleza, sino que se produce también en el ámbito de los grupos gremiales y de los grupos estudiantiles (ver Cuadro 1). Esta confusión se ve agravada por la existencia de abundantes organismos e instituciones cuyo quehacer repercute en el terreno de la vida política y que también son conocidos públicamente con siglas .

INSERTAR CUADRO 1 AQUI

Desde el punto de vista de su identidad pública, es decir, del carácter fundamental que identifica a un grupo ante la conciencia social, se pueden distinguir cinco tipos de grupos políticos: los partidos propiamente dichos, las organizaciones populares, las organizaciones político-militares, los frentes políticos y los grupos paramilitares. El Cuadro 1 no presenta una taxonomía rígida ni la clasificación de los grupos incluidos en cada uno de los cinco tipos puede entenderse de una forma estática. De hecho, a lo largo de 1980 se han producido algunos cambios en cuanto a la categoría en que se

CUADRO 1

SIGLAS DE ALGUNOS GRUPOS SOCIALMENTE
SIGNIFICATIVOS EN EL SALVADOR EN 1980.

1. GRUPOS POLITICOS:

- 1.1 Partidos políticos: MNR, MPSC, MRS, PCN, PCS, PDC, POP, PPS, PUCA, UDN.
- 1.2 Organizaciones populares:
a) Frentes: BPR, FAPU, LP-28, MLP.
b) Organizaciones (no incluidas en otros numerales de este cuadro): ASUTRAMES, LPO, OSI, PST, UPT.
- 1.3 Grupos político-militares:
a) FFAA (FAS, GN, PH, PN, P.A, COPEFA).
b) ERP, FARN-RN, FPL (EPL, FAPL, MPL), PRS, PRTC
- 1.4 Frentes políticos: CRM, DRU-PM, FAN, FD, FDR, UPD.
- 1.5 Grupos para-militares: BAS, EAS, EM, ESA, FALANGE, ORDEN (FDN), UGB.

2. GRUPOS GREMIALES:

- 2.1 Empresariales: AEAS, ANAES, ANEP, AP (Alianza Productiva), ASI, ASOB, CCIS, FENAPES, FARO, UDES.
- 2.2 Profesionales: ANDES, ASIMEI, MIPTES, ASINQUI.
- 2.3 Sindicales:
a) Confederaciones: CGS, CUS, CUTS, FESINCONSTRANS.
b) Federaciones: FENASTRAS, FESINTEXIN, FESINTRABS, FESISEVA, FESTIAVTSCES, FESTRAS, FSR, FUSS.
c) Sindicatos (Algunos más significativos): AGEP, AGEPYM, ASEPOJ, ATRHA, STECEL, STISS, STITS, STIUSA, SUTC.
- 2.4 Campesinos: ATACES, FECCAS, FTC, LPC, OTRAA, UCS, UJC, UTC.

3. GRUPOS UNIVERSITARIOS Y ESCOLARES.

- 3.1 Grupos estudiantiles: AGEUS, ARDES, BRES, FUARD, FUERSA, FUR-30, MERS, UR-19.
- 3.2 Otros: AEU, CSUCA, FUPAC.

4. ORGANISMOS VARIOS:

ANDA, ANTEL, BCR, BFA, CAESS, CEL, CENTA, CEPA, CONDECA, COPREFA, FENADESAL, FIGAPE, INAZUCAR, INCAFE, INSAFI, INSAFOCOOP, ISCE, ISTA, JRG, MERCOMUN, ODECA, SIECA, UCA, UES.

Número de siglas incluidas en este cuadro: 126.

ubican algunos de esos grupos así como en cuanto al carácter central o periférico de su presencia política en el ámbito nacional en uno y otro momento.

La vida política oficial de El Salvador estaba dominada hasta el 15 de octubre de 1979 por el Partido de Conciliación Nacional (PCN), partido oficial que pasa a un muy segundo plano desde esa fecha. Hasta 1977, la oposición formal se hallaba agrupada fundamentalmente en un frente de carácter ^{electoral} llamado Unión Nacional Opositora (UNO). Este frente desaparece en la práctica de la vida pública con el fraude electoral que lleva a la presidencia al General Romero y la subsiguiente matanza de huelguistas opositores en una plaza de San Salvador. En septiembre de 1979, los sectores opositores vuelven a aglutinarse en el Foro Popular, que hace pública una plataforma común. Con el golpe de estado del 15 de octubre, algunos de los sectores del Foro Popular son invitados a integrar el gobierno y, en la práctica, su plataforma constituye la base programática que la Primera Junta Revolucionaria de Gobierno intenta desarrollar. La incorporación al gobierno de algunos sectores conduce a la desintegración del Foro Popular así como el fracaso de la Primera Junta pone fin a la vigencia de su Plataforma. Con el pacto de enero de 1980 entre la Fuerza Armada y el Partido Demócrata Cristiano (PDC), éste último empieza a ocupar paulatinamente el vacío dejado por el PCN, convirtiéndose en el nuevo partido oficial.

Por otro lado, la Unión Democrática Nacionalista (UDN) pasa de ser vista como un partido político formal a ser considerada como una organización popular. En conjunto, las organizaciones populares se imponen progresivamente como los actores principales de la vida política nacional hasta que, al irse cerrando el espacio político e imposibilitarse en la

práctica las acciones pacíficas, empiezan a eclipsarse parcialmente tras las organizaciones político-militares con las que se encuentran vinculadas y a las que sirven como frentes de masas. La unión de estas organizaciones populares en la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM) constituye el aparente estado mayor del movimiento revolucionario, hasta que surge la Dirección Revolucionaria Unificada Político-Militar (DRU-PM) que es su verdadera cabeza. Sin embargo, ni la CRM ni la DRU anulan la identidad de las organizaciones miembros, como tampoco la Fuerza Armada (FFAA) niega el protagonismo de sus diversos cuerpos (Guardia Nacional, Policía Nacional, etc.). También se funda el Frente Amplio Nacional (FAN), al que resulta difícil desligar de la Unión Guerrera Blanca (UGB), que a su vez parece dar paso al Ejército Anticomunista Salvadoreño (EAS) y al Ejército Secreto Anticomunista (ESA), todos ellos grupos paramilitares más o menos de fachada, con vinculaciones al interior de algunos cuerpos de la FFAA, probablemente de la GN o de la PN.

Desde la misma perspectiva de la identidad pública, podemos distinguir cuatro tipos de grupos gremiales: los grupos empresariales, mejor llamados patronales; los grupos o asociaciones profesionales, los sindicatos obreros, y los grupos campesinos. En el sector patronal, la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) resulta la cabeza más sólida e indiscutible, pero que continuamente segrega o se apoya en frentes sectoriales o de fachada a fin de intervenir activamente en los procesos políticos sin agotar totalmente la carta de su propia identidad. Así, por ejemplo, en 1976 engendró a FARO (Frente Agropecuario de la Región Oriental) para enfrentar e impedir la Transformación Agraria propuesta por el Coronel Molina, y en 1980 engendra la Alianza Productiva (AP) para hacer frente a la evolución del movi

miento militar del 15 de Octubre de 1979. Con pequeñas variantes, se trata de las mismas caras, de los mismos intereses; sólo cambia el maquillaje.

Sin duda son los sindicatos el sector más prolijo y enmarañado de los grupos gremiales. La específica organización sindical de El Salvador hace que los trabajadores de cada empresa, incluso de empresas muy pequeñas, puedan formar su propio sindicato, lo que lleva a una multiplicación y movimiento continuo de grupos sindicales. El panorama se vuelve más complejo ante el flujo de alianzas y federaciones, de rupturas y reagrupaciones sindicales (ver Samayoa y Galván, 1979). La persistencia de las tres grandes confederaciones, CUTS (Confederación Unitaria de Trabajadores Salvadoreños), CGS (Confederación General de Sindicatos), FESINCONSTRANS (Federación de Sindicatos de la Industria de la Construcción, Similares, Transportes y Otras Actividades) no quita para que los sindicatos afiliados tengan su movilidad particular y se produzcan reorientaciones que lleven a enfatizar más a uno y otro sector, o aun para que surjan nuevos organismos sindicales, como el CIS (Comité Intersindical) o el CCS (Comité Coordinador de Sindicatos, José Guillermo Rivas).

Finalmente, entre los grupos universitarios socialmente significativos los grupos de académicos son por lo general mucho menos activos que los grupos estudiantiles. El grupo universitario con más tradición es AGEUS (Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños), aunque su liderazgo ha sido en parte desplazado por grupos universitarios menores, de identidad más política que gremial y un activismo más agresivo. Entre los grupos universitarios más activos están el UR-19 ó FUERSA y un grupo de estudiantes de secundaria, el MERS (Movimiento Estudiantil Revolu-

cionario de Secundaria). Las vicisitudes socio-políticas hacen que estos grupos emerjan a un primer plano o parezcan desaparecer, produciendo el impacto de continua movilidad en el protagonismo social estudiantil.

¿Qué significa todo este jeroglífico de grupos? ¿Qué sentido tiene este rompecabezas de grupos y agrupaciones que aparecen y desaparecen, se unen y se desunen, cambian de rostro o de espíritu y todo ello en lapsos brevísimos de tiempo? Desde la perspectiva de la psicología social, podemos intentar responder a estas interrogantes analizando tres aspectos básicos de la vida sociopolítica de El Salvador en 1980: la fluidez de los procesos sociales, la particular dinámica de los diversos grupos y la agudización de la polarización social.

2. FLUIDEZ DE LOS PROCESOS SOCIALES.

Todo orden social, cualquiera sea el nivel de dominación intergrupala en que se basa, supone un grado de estabilidad. La estabilidad indica la permanencia en el tiempo del equilibrio logrado en el enfrentamiento entre las diversas fuerzas sociales y, por tanto, la permanencia de aquellas orientaciones y formas de vida impuestas por el grupo o clase social en el poder. Esta estabilidad de un orden social no quiere decir inmovilidad social o desaparición de las confrontaciones o contradicciones existentes debidas a la presencia de fuerzas sociales opuestas. Por lo tanto, estabilidad temporal no es lo mismo que ausencia de conflictos o total armonía social. Estabilidad es sencillamente la duración mayor o menor de aquellos elementos estructurales que constituyen una configuración social determinada dado el carácter de las fuerzas sociales existentes y el consiguiente dominio logrado por un grupo sobre otros.

La estabilidad de un determinado orden social en un momento concreto puede analizarse psicosocialmente desde diversas perspectivas: (a) como permanencia de las actitudes fundamentales; (b) como permanencia de las normas que realmente rigen el comportamiento de grupos y personas; y (c) como permanencia de los mismos grupos y agrupaciones a los diversos niveles de la sociedad. Sin menoscabo para las dos primeras perspectivas, hemos optado aquí por analizar la estabilidad del orden social existente en El Salvador desde la tercera perspectiva, es decir, utilizando a los grupos como unidad de análisis.

Un análisis objetivo sobre la propiedad de los medios mas importantes de producción en El Salvador, así como sobre la distribución de los bienes, tanto materiales como culturales, lleva a la insoslayable conclusión de que la sociedad salvadoreña se halla radicalmente diferenciada en dos grandes grupos sociales (Colindres, 1977; Montes, 1979b; Menjívar, 1980). La forma de calificar estos grupos varía según se trate de enfatizar uno u otro aspecto: burguesía y proletariado, clase dominante y clase dominada, ricos y pobres, opresores y oprimidos, integrados y marginados. Todas estas denominaciones reflejan el mismo hecho fundamental: hay una gran diferenciación social entre un sector minoritario privilegiado y un sector mayoritario de pauperado. Pero no todas las denominaciones apuntan al presupuesto de que ambos grupos se constituyen dialécticamente, es decir, al hecho de que hay proletariado porque hay burguesía, hay pobres porque hay ricos, hay oprimidos porque hay opresores. Esta es precisamente una de las bases teóricas del concepto de clase social: la lucha de clases. Lucha de clases indica, por una parte, que los intereses entre los grupos sociales son excluyentes, y que la satisfacción de los unos arrastra la negación de los otros; por

otra parte, lucha de clases significa que los grupos sociales se constituyen como clases precisamente en su confrontación o, en otras palabras, que no hay clases sociales más que en el proceso de su oposición y lucha histórica.

La existencia de dos grandes clases sociales en El Salvador es innegable, como innegable es que la clase dominante está constituida por una minoría, mientras que la clase dominada abarca a la gran mayoría del pueblo salvadoreño. Ahora bien, este hecho fundamental no es suficiente para explicar las diversas formas de orden social que históricamente se han dado en El Salvador desde su independencia. Precisamente porque esta lucha de clases es un dato real tanto en 1889 como en 1932, en 1960 como en 1980, hace falta acudir a las concreciones de esa lucha para entender las formas de equilibrio social logradas en cada uno de esos y otros momentos históricos. Hace falta, pues, examinar las mediaciones en las cuales la gran confrontación de clases se va realizando en la historia de El Salvador. Dicho de otra forma, hay que analizar las formas y agrupaciones específicas en que las dos grandes clases sociales y sus intereses se van concretando en cada situación y circunstancia, así como las posibles alianzas y confrontaciones sectoriales que van ocurriendo en diversos momentos (Marx, 1852/1969).

En una situación donde los intereses de la clase dominante se encuentren suficientemente afirmados sin que la clase dominada cuente con fuerza como para cuestionarlos en la práctica, existirá un orden social relativamente estable. En una situación así, las divisiones intergrupales serán claras, y no hará falta reafirmar continuamente la propia identidad grupal puesto que ni esa identidad es cuestionada ni se corre el peligro de perderla. Los papeles desempeñados por los diversos grupos al interior de las

grandes clases sociales es reafirmado por la rutina y por los símbolos integrados a la vida cotidiana. Se sabe quién es "la autoridad" y quién "el hombre de la calle", quién "el conservador" y quién "el liberal", quién manda y quién obedece, cuándo y cómo hay que trabajar, cuándo y por qué es la hora del descanso. En un contexto así, las inquietudes conscientes de la población encuentran canalización en los organismos y grupos constituidos, o por lo menos eso se hace creer, sin que aparezca en la conciencia colectiva la necesidad de poner en marcha nuevas agrupaciones.

No es ésta la situación actual de El Salvador. Por el contrario, la continua aparición y desaparición de grupos, la rápida sustitución de unos por otros en todos los ámbitos de la vida pública salvadoreña, las veloces oscilaciones en los vínculos y relaciones entre unos y otros, todo ello es índice de que las identidades grupales no se encuentran establemente asentadas en la estructura social y, por consiguiente, que el equilibrio de fuerzas entre las clases sociales se ha roto y se asiste a un aceleramiento en la fluidez de los procesos de cambio.

Algunos de los grupos emergentes son simplemente fachadas convenientes en un momento determinado para la ejecución de alguna tarea. Este sería el caso, por ejemplo, de algunos grupos paramilitares, como el BAS (Brigada Anticomunista Salvadoreña) o el EAS (Ejército Anticomunista Salvadoreño), o la temporal emergencia del FDN (Frente Democrático Nacionalista). Sin embargo, una buena cantidad de estos grupos representa una verdadera novedad en la vida pública salvadoreña y, por consiguiente, una reestructuración de las instancias mediadoras al interior de las clases sociales. La sustitución del PCN por el PDC en el aparato del estado (que no en el "poder") y su consiguiente redefi-

nición política, así como el conflictivo desmembramiento del PDC de un amplio sector, que pasa a constituir el MPSC (Movimiento Popular Social Cristiano), constituyen fenómenos de gran significación social. Incluso la constitución de grupos de fachada, como la formación de la AP por parte de ANEP, o de la UPD (Unión Popular Democrática) como frente político de sindicatos y movimientos "blancos", es expresión social de necesidades objetivas originadas por el conflicto. A su vez, toda esta ebullición intergrupala genera fuerzas y dinamismos diferentes que en ocasiones abre coyunturas políticas nuevas. Así, por ejemplo, la creación de la CRM (Coordinadora Revolucionaria de Masas), la integración del FDR (Frente Democrático Revolucionario) o las crisis al interior de grupos importantes como la FFAA, el PDC o la DRU-PM, plantea situación propicias para la capitalización política de unos y otros.

Independientemente de que la clase hasta ahora dominante en El Salvador logre o no reinstaurar un orden social que le sea favorable, el proceso actual pone de manifiesto una crisis profunda en las relaciones de poder configuradoras de la estructura social. El afloramiento y continua redefinición de grupos indica, ante todo, un proceso de reajuste al interior de la clase dominante, donde diversos sectores luchan por lograr la hegemonía; indica, en segundo lugar, una dinamización de la clase dominada, cuya creciente conscientización cristaliza en sucesivas organizaciones; pero indica, sobre todo, el replanteamiento del "equilibrio" existente en el conflicto entre dominadores y dominados y, por consiguiente, la ruptura del espacio común sobre el que se asienta el quehacer cotidiano de los sectores medios.

3. LA DINAMICA DE LOS GRUPOS.

La ebullición de grupos en el actual contexto socio-político de El Salvador constituye una oportunidad excepcional para examinar la naturaleza y dinámica de los grupos sociales, conocimiento a su vez necesario para tratar de entender mejor el proceso mismo salvadoreño. Esta reflexión es tanto más necesaria cuanto que el área de los grupos ha sido distorsionada por un enfoque parcial, sirviendo así de alimento ideológico a las necesidades interpersonales de la clase social dominante.

La naturaleza de esta distorsión queda reflejada en la utilización que se hace del término "dinámica de grupos" (ver Cartwright y Zander, 1971a). En la práctica con este término se hace referencia no a cualquier grupo, sino únicamente a los grupos pequeños, cuyo tamaño suele ser definido entre dos y quince miembros. Más aún, la mayoría de las investigaciones realizadas han examinado grupos de entre tres y seis personas, por lo general estudiantes norteamericanos en algún curso de psicología. Por otro lado, el concepto dinámica no se refiere realmente a todas las fuerzas operantes en un grupo pequeño, sino sólo a aquellas que emergen en la inmediatez de la situación grupal observada o que dependen de los procesos puesto en marcha por los experimentadores. El término dinámica de grupos ha llegado incluso a ser entendido como sinónimo de ciertos ejercicios sobre todo de percepción y juicio, realizados en grupos vivenciales.

El problema de fondo es epistemológico. Se supone que buscando las unidades más pequeñas se logrará captar la esencia de un fenómeno. Para el caso, se considera que la naturaleza y vida de los grupos se entenderá mejor captando sus constitutivos más elementales en una situación donde se re-

duzcan al mínimo las variables. La epistemología atomista ignora el hecho de que un cambio cuantitativo puede representar un cambio cualitativo, lo que, aplicado al presente caso, quiere decir que un grupo "grande" puede tener una entidad social distinta que un grupo "pequeño".

Esta restringida comprensión de la dinámica de grupos ha conducido en la práctica a una deshistorización de los fenómenos grupales, a los que se ha querido entender con independencia de las fuerzas macrosociales (económicas y políticas) que en un momento determinado configuran una sociedad. Así, la dinámica de grupo ha servido frecuentemente como un mecanismo ideológico de recambio (Deleule, 1972), por medio del cual graves problemas sociales eran evacuados diluyéndolos en la relatividad psicológica de la percepción, en la justificación subjetiva de cualquier comportamiento y, en última instancia, en la aceptación del orden establecido como marco necesario de referencia y objetivo incuestionable de la adaptación personal.

¿En qué consiste un grupo? La respuesta es distinta según la perspectiva adoptada. Desde la óptica individual, un grupo es la unidad que surge de la interacción entre dos individuos o más (Homans, 1963). Desde la óptica social, un grupo es la unidad colectiva que surge en la confrontación de intereses con el fin de lograr unos objetivos específicos (Marx y Engels, 1848/¹⁹⁶⁹). Los psicólogos sociales han indicado que un grupo se constituye cuando varios individuos comparten un espacio o ciertos caracteres comunes, o cuando actúan entre sí y la interacción produce algún efecto significativo en los miembros. Shaw (1980) señala seis características utilizadas en psicología social para definir un grupo: la percepción de los miembros, una motivación común, objetivos comunes, la organización, la interdependencia entre los miembros y la interacción. Resulta claro que los

psicólogos sociales han adoptado predominantemente la visión individualista, con ciertas notables excepciones (Sherif, 1966; Moscovici, 1972; Billig, 1976).

¿Qué características presentan los grupos emergentes en El Salvador? ¿Qué es lo que, en última instancia, da entidad o realidad objetiva a estos grupos? ¿Qué es lo que les permite vivir y sobrevivir en un contexto tan agitado y voluble como el salvadoreño?

Tres características parecen ser esenciales para la emergencia y pervivencia de cualquier grupo actualmente en El Salvador: una identidad, poder real y la ejecución de acciones significativas.

Para que exista un grupo como tal deben existir uno o más rasgos que caractericen la vinculación de una serie de individuos, es decir, debe darse una identidad que trascienda a cada individuo en cuanto tal pero que distinga al todo colectivo como una unidad distinta de otras unidades sociales. El nombre y las siglas de un grupo no es algo insignificante; constituye, más bien, el sello que testimonia la realidad grupal, la "tarjeta de visita" que acredita al grupo como grupo ante la conciencia colectiva. Pero de nada servirá un nombre sonoro o unas siglas atractivas si no expresan la identidad de una entidad social concreta y significativa.

Es importante indicar que la identidad grupal no consiste simplemente en la coincidencia de determinados rasgos individuales, físicos o psíquicos. Consiste, más bien, en la concreción o materialización en un determinado sector social de unas exigencias o intereses objetivos. Todo grupo, desde la familia o el núcleo de amigos más íntimos hasta el partido político o la asociación gremial, canaliza unos intereses de clase específicos, a los que da mediación concreta

en un sector social y en una determinada circunstancia histórica. Un grupo será socialmente significativo y se impondrá con una clara identidad en la medida en que realmente esté vinculado a unos intereses sociales (de clase) asequibles a la conciencia de algún sector de la población.

La multiplicación de grupos en el panorama actual de El Salvador puede significar o bien que hasta ahora no existían grupos reconocibles como canalizaciones adecuadas de los intereses de clase de los varios sectores sociales o bien que se está produciendo una nueva conciencia sobre esos intereses a diversos niveles y esta conciencia exige su canalización inmediata en grupos que sólo en un momento histórico posterior irán concentrándose. Por supuesto, no se trata de una explicación alternativa, ya que la proliferación de grupos bien pudiera expresar tanto la conciencia emergente a todos los niveles sobre los propios intereses de clase cuanto la inviabilidad de las estructuras hasta hoy existentes para canalizar esa conciencia. De hecho, en los últimos años se ha visto no sólo la aparición de nuevos grupos, sino el desarrollo de la propia identidad en unidades cada vez más grandes. Un caso típico lo constituye la integración del sindicato campesino FECCAS en el BPR, del BPR en la CRM (Coordinadora Revolucionaria de Masas), y de la CRM en el FDR (Frente Democrático Revolucionario). (Bloque Popular Revolucionario)

Es sabido que el dominio de la clase dominante sobre el proletariado salvadoreño se muestra no sólo en el control y apropiación del producto de su trabajo, sino también en la legalización de ese control mediante la dominación política y en la presentación de ese dominio como algo justo y deseable mediante la dominación ideológica. La consecuencia de este dominio a nivel psicosocial consiste en la falsa conciencia que sobre sus propios intereses tiene el sector dominado, lo que hace posible que surjan grupos con una identidad

(Organización Democrática Nacionalista)
 socialmente contradictoria. Este parece ser el caso de ORDEN, agrupación paramilitar constituida mayoritariamente por campesinos para defender los intereses dominantes contra el justo reclamo del propio campesinado salvadoreño. La emergencia actual de múltiples grupos a todos los niveles de las clases oprimidas en El Salvador estaría expresando un proceso de conscientización desalienante y, por consiguiente, el surgimiento de un nuevo sentido de identidad social (Freire, 1970). En términos de Billig (1976), que adapta la tipología marxista, se trataría del paso de los grupos-en-sí a grupos-para-sí.

Para la identidad de un grupo así entendido, el tamaño, es decir, el número de individuos que lo compongan, es un dato relativamente secundario o, por lo menos, no es un dato que determine la esencia o naturaleza del grupo, aunque represente una condición necesaria para su existencia. Algo similar podría indicarse respecto a la interacción, tan enfática por la visión individualista. La interacción de los individuos sigue en buena medida a la identidad del grupo, sobre todo si se considera que la interacción fundamental de los miembros de un grupo puede no ser entre sí, sino con los miembros de otros grupos. En ciertos casos la identidad es más hacia fuera que hacia dentro y la acción esencial es intergrupal, no intragrupal. Lo que es el grupo no se sigue de la suma de costos y beneficios individuales (Homans), sino que los costos y beneficios de los individuos se entienden a la luz de la naturaleza social del grupo.

Una segunda característica necesaria para la existencia de un grupo lo constituye una determinada dosis de poder social. Lamentablemente, el tema del poder está notoriamente ausente de buena parte de la literatura sobre dinámica de grupos. Sin embargo, difícilmente podrá emerger un grupo a la existencia social y mucho menos sobrevivir si no dispo-

ne de un determinado poder, es decir, de una capacidad real para cumplir sus objetivos o imponer sus designios. En la práctica, el poder se mide por la capacidad de incidir en los procesos de una sociedad en base a los recursos de que se dispone, humanos o materiales. Un grupo puede ser poderoso por la capacidad técnica, científica o profesional de sus miembros; otro grupo puede serlo por la ingente cantidad de recursos materiales a su disposición; otro puede serlo, finalmente, por la simple riqueza humana de sus miembros (como sería el caso de un grupo campesino como la FTC). Los grupos más poderosos serán sin duda aquellos que dispongan de todo tipo de recursos, materiales, culturales y humanos.

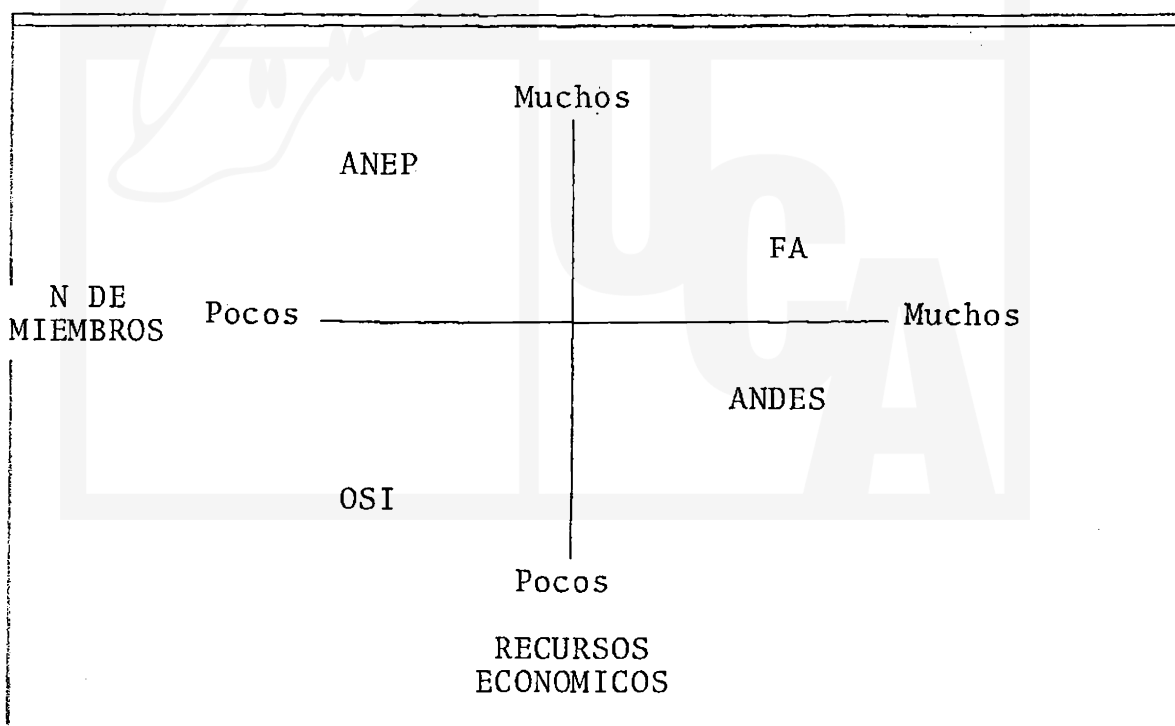
El poder de un grupo no es un rasgo que dependa de su identidad ya constituida; es, más bien, uno de los elementos constitutivos de su identidad. Qué sea un grupo, su carácter y naturaleza, depende en buena medida de la fuerza de que dispone, el poder en el que se asienta. La organización o estructura de un grupo precisamente persigue canalizar ese poder en orden a lograr unos objetivos. Los tipos de poder a disposición de los diversos grupos así como las fuentes de ese poder determinan en parte lo que son y lo que pueden hacer. Precisamente el cambio en los recursos en que se basa el poder de un grupo puede alterar en gran parte su naturaleza. El PCN, por ejemplo, fue el partido oficial en El Salvador hasta el 15 de Octubre de 1979, y su poder se cifraba en el apoyo del aparato estatal así como de un buen número de oficiales militares. Tras el 15 de Octubre, su poder quedó reducido a la capacidad humana de unos pocos miembros y a unos recursos económicos residuales. Desde entonces, la identidad política del PCN parece haber cambiado sensiblemente, y en todas sus manifestaciones públicas ha intentado forjarse una imagen diferente que lo desligue de las políticas represivas ejecutadas por los gobiernos que amparó, sobre todo los dos últimos.

Uno de los ejemplos más fascinantes sobre la evolución de un grupo en función de los cambios de sus recursos, lo constituye ^{el de} la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños, ANDES-21 de Junio. ANDES es una asociación gremial que agrupa a la gran mayoría de maestros salvadoreños, sin duda uno de los grupos socialmente más conscientes y combativos del país. El recurso mayor de ANDES lo ha constituido siempre el paro de labores con el que podía paralizar prácticamente la totalidad del sistema escolar salvadoreño. Sin embargo, este paro de labores está potenciado en buena medida por la capacidad económica de ANDES, que permite a los maestros mantenerse sin cobrar su sueldo. Esta capacidad fue prácticamente destruida por una disposición oficial que eliminó el pago automático a ANDES de las cuotas correspondientes a los maestros afiliados. Desde entonces, el poder real de ANDES ha disminuido sensiblemente. Por otro lado, en la situación de El Salvador de 1980 el paro magisterial se fue haciendo cada vez menos viable políticamente, fuera de que su impacto y su repercusión en la conciencia ciudadana se volvieron relativamente pequeños. De hecho, los paros progresivos realizados por ANDES en 1980 no consiguieron poner alto a la cacería y matanza de maestros realizada por cuerpos paramilitares. La misma ideología de ANDES refleja en gran parte las vicisitudes de sus recursos, materiales y humanos. De hecho, ANDES-21 de Junio constituye uno de los pilares del BPR y uno de los gremios más consecuentes al interior de la CRM, con lo que eso representa de opción política y de riesgo grupal.

Si el poder de ANDES se fundamenta sobre todo en su base humana, la abundancia de recursos materiales es la base del poder de grupos como ANEP. Estos recursos le permiten promover grupos de fachada para defender sus intereses de acuerdo con la situación o generar la apariencia de gran apoyo popular para posiciones sociales y políticas claramente

antipopulares. Podría establecerse así una tipología de poder de los grupos, en relación con el número de miembros (recursos humanos) y la capacidad económica (recursos materiales). En la actualidad, por ejemplo, ANDES y ANEP representarían dos polos opuestos en esta tipología de poder grupal. (ver Figura 1). Se incluyen en la Figura 1 dos grupos, la Fuerza Armada y la Organización Socialista-Internacionalista, que representarían ejemplos complementarios en las coordenadas de recursos. La figura no incluiría otras fuentes de poder ya insinuadas, como la calidad humana de sus miembros o la fuerza de sus convicciones. Este sería el caso de la OSI, grupo de muy pocos miembros, con escasísimos recursos económicos, pero con gran convicción y combatividad.

FIGURA 1
PODER GRUPAL SEGUN RECURSOS



Para la supervivencia de un grupo es esencial que sus fuentes de poder no dependan de otros grupos. Obviamente, cuanto menos autónomo sea el poder de un grupo, su existencia será más precaria. Este es el caso, por ejemplo, de pequeños sindicatos de empresa, cuya existencia está condicionada a cierta "benevolencia" patronal, ya que las leyes salvadoreñas permiten en la práctica la destrucción de las organizaciones sindicales al arbitrio de los intereses patronales. Sólo cuando un sindicato es capaz de movilizar recursos que afectan seriamente los intereses de la empresa puede enfrentar con éxito los despidos masivos, la utilización de esquiroles, los cierres temporales, y otras tácticas patronales que ni siquiera se detienen ante la eliminación física de los sindicalistas.

La tercera característica de los grupos es su actividad. La existencia y la supervivencia de un grupo dependen esencialmente de su capacidad para realizar acciones socialmente significativas. La importancia de una acción grupal tiene una doble dimensión: externa, de cara a la sociedad, e interna, de cara a los miembros del grupo. De cara a la sociedad, un grupo tiene que ser capaz de producir un efecto real en la vida social para afirmar su identidad, es decir, viabilizar la satisfacción de los intereses que representa, al nivel que sea. De cara a los miembros del grupo, la acción significativa corresponde a la realización de algún objetivo común.

Es importante subrayar que la conciencia individual de unos objetivos comunes no constituye la raíz última de un grupo, como pretenden ciertos analistas, aunque no sea más que por el hecho de que esa conciencia individual necesita ser entendida a la luz de las condiciones sociales objetivas que la producen o, por lo menos, la hacen posible. Sin embargo, sí es cierto que la conciencia común de unos objeti-

vos puede potenciar la disposición interna entre los miembros de un grupo para la mejor realización de esas metas, así como propiciar niveles nuevos y superiores de estructuración del grupo.

La importancia de la actividad para la comprensión de un grupo se entiende, por ejemplo, cuando se analiza la naturaleza y funcionamiento de algunos grupos paramilitares, que, como ciertas corrientes de agua, aparecen y desaparecen según las coyunturas y la viabilidad práctica de su aporte en cada situación. En concreto, estos grupos perviven mientras su accionar es necesario para avanzar los intereses de la clase dominante sin producir efectos contraproducentes (desprestigio público, violencia defensiva popular, etc.).

La acción grupal tiene un efecto propio en el grupo que afecta la realidad del grupo que lo produce. Así, en la medida en que la acción sea consistente con el grupo y sus objetivos, el grupo se va fortaleciendo y afianzando su estructura. Pero ese mismo fortalecimiento puede llevar a que, por ejemplo, un grupo paramilitar se vuelva paulatinamente autónomo de sus raíces y su control se haga progresivamente imposible a aquellos mismos que los crearon y desarrollaron. Por las declaraciones de los mismos altos oficiales, ésta parece ser la realidad en algunos sectores de los cuerpos salvadoreños de seguridad policial. Ciertamente, ésta es la dinámica que ha movilizado en buena medida el accionar represivo sin control de patrullas cantonales y grupos de ORDEN.

A otro nivel social, pero corroborando el mismo punto, una actividad continua y agresiva ha permitido a las Ligas Populares 28 de Febrero (LP-28) adquirir una consistencia y una caracterización peculiares en el contexto sociopo-

lítico salvadoreño. Este logro es tanto más notable cuanto que las LP-28 se han afirmado socialmente a partir sí de una clara conciencia de los intereses de clase, pero también a partir de una gran penuria inicial de recursos, tanto humanos como materiales. En otras palabras, el crecimiento y afianzamiento de las LP-28 hasta convertirse en una de las más importantes organizaciones del país ha sido el producto de una praxis decidida que ha sellado su identidad y acrecentado su poder autónomo.

En resumen, identidad, poder y actividad son tres características esenciales para definir la naturaleza de cualquier grupo. Cualquier tipología grupal será inadecuada si no toma como parámetros fundamentales estos tres aspectos. En principio, un grupo surge cuando un sector social adquiere determinado grado de conciencia sobre su propia realidad y sus propios intereses, es decir, sobre su propia identidad social, lo que le lleva a organizarse y a actuar en consecuencia, praxis organizada que revierte a su vez en una mayor conciencia. El grupo es, en este sentido, la materialización de una conciencia colectiva, reflejo a su vez de unas condiciones sociales captadas con mayor o menor objetividad. Pero si los grupos nacen vinculados a una nueva conciencia, su supervivencia depende del poder que obtengan, poder que debe plasmarse en una estructura organizativa que haga posible la satisfacción sistemática de sus intereses a través de una acción eficaz. Finalmente, la muerte de un grupo estará vinculada a la pérdida real de su sentido social, sea que su identidad pierda raíces, sea que pierda o le sea arrebatado su poder, sea que el grupo se muestre incapaz de realizar acciones eficaces.

4. POLARIZACION SOCIAL.

La fluidez de los procesos sociales puesta de manifiesto en El Salvador en la década del 70 con el surgimiento

acelerado de organizaciones y grupos a todos los niveles es conocida en sociología con el nombre de movilización social. La movilización supone que el orden establecido empieza a ser cuestionado por algún sector social, generalmente por aquellos sectores cuyos intereses son negados en el sistema social imperante. Desde la perspectiva de las tres características esenciales de los grupos, la movilización supone: (1) el desarrollo de la conciencia sobre la propia identidad grupal; (2) el control creciente de los grupos emergentes sobre recursos sociales hasta entonces manejados por los grupos en el poder; y (3) la radicalización en las acciones colectivas que hace cada vez más difícil la solución pacífica del conflicto social.

En primer lugar, la movilización supone la aparición y formación acelerada de nuevos grupos, asociaciones y organizaciones a la búsqueda de fines colectivos. Como ya hemos indicado, el surgimiento de los grupos denota la conciencia que sectores sociales, hasta entonces sumidos en la inconciencia social o en una falsa conciencia sobre sus propios intereses, van adquiriendo (ver Freire, 1970; Billig, 1976). Toda conciencia trata de externalizarse y concretizarse a nivel social, lo que aboca en un primer momento a la aparición de los grupos más dispares. En San Salvador, por ejemplo, surge una combativa Unión de Pobladores de Turguros (UPT) o una Asociación de Usuarios y Trabajadores de los Mercados de El Salvador (ASUTRAMES), cuyas siglas expresan ya de alguna manera el grado de conciencia adquirida sobre sus intereses inmediatos por sectores más conocidos a través del pseudoexotismo turístico que del análisis de los problemas nacionales.

Ahora bien, la movilización no se reduce a esta multiplicación indefinida de grupos y grupúsculos. Tras un período inicial de florecimiento múltiple, la interacción gru-

pal en el contexto forzoso y limitante del orden social establecido lleva a una rápida y progresiva polarización. Los grupos van desplazándose en el tablero de las diferencias y afinidades, de los intereses comunes y de los intereses incompatibles. Progresivamente los grupos se van organizando como en un campo magnético donde los polos están representados por aquellos cuyos intereses están con el poder establecido y aquellos cuyos intereses están contra el poder establecido. La polarización consiste tanto en la progresiva unión de los grupos alrededor de uno de los polos como en la radicalización de la oposición y distanciamiento entre las agrupaciones de ambos polos.

Puesto que la clase dominante en El Salvador ha estado tradicionalmente bien organizada, el fenómeno de la multiplicación de grupos y su progresiva vinculación en el polo contestatario es más visible y significativa. Con un rostro u otro, los defensores del orden establecido se han mantenido agrupados alrededor de la organización que mejor expresa sus intereses de clase: la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP). Por el contrario, sólo en enero de 1980 los sectores populares han podido constituir un grupo que, aglutinando el caudal de las diversas organizaciones del pueblo, pudiera canalizar adecuadamente sus intereses de clase y hacer frente con éxito a las organizaciones del poder establecido: la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM) (López Vallecillos y Orellana, 1980).

En segundo lugar, la movilización puede entenderse como el proceso por el que los sectores tradicionalmente oprimidos y marginados empiezan a controlar recursos sociales que hasta entonces habían estado a disposición de la clase dominante. Frente al poder establecido se levanta el poder insurgente. Este poder de la clase proletaria, canalizado por los grupos cada vez más numerosos y cada vez más consis-

tentes que representan sus intereses, es un poder ante todo de recursos humanos. Los sectores populares empiezan a canalizar sus fuerzas y capacidades a la defensa directa de sus intereses, no de los intereses dominantes. Pero el poder insurgente se cifra también en el control creciente sobre recursos materiales, de los que se apropia o sobre los que afirma su dominio mediante el boicot, la huelga, el paro u otras acciones de fuerza.

Uno de los aspectos importantes de la multiplicación de grupos a todos los niveles y en todas las áreas de la vida, es la creciente capacidad que así adquiere el movimiento popular de ejercer fuerza y presión sobre cualquier sector de la vida pública o del orden social. Ya no son sólo la industria o el comercio los afectados por una medida de presión popular; son también los transportes, las oficinas estatales, los bancos, las escuelas y hasta los restaurantes, las salas de fiesta o los mercados urbanos. La medida última del creciente poder popular, de su capacidad de controlar recursos sociales, lo constituye la formación de un ejército del pueblo que haga frente a las tropas regulares del poder establecido y que quiebre aquellos mecanismos sociales que protegen la estructura de opresión.

En tercer lugar, la movilización supone una progresiva radicalización en el accionar de los sectores contrarios. Las acciones son tanto más extremas cuanto más polarizado está el grupo que las ejecuta. Asimismo, existe una relación entre las acciones mutuas que acelera el proceso de polarización y radicalización de los grupos. Sin embargo, el hablar de una "espiral de violencia" puede resultar ambiguo, sobre todo cuando se considera la desproporción abusiva y prepotente entre las acciones de protesta popular y la represión del poder establecido. Cuando a una demostración pací-

fica se responde con el ametrallamiento de la multitud o cuando se rompe una huelga mediante un operativo militar o el asesinato sistemático de los líderes populares, no se puede hablar de una espiral de violencia, sino de un abuso desproporcionado de la violencia represiva que termina por generar una respuesta adecuada de los oprimidos. En cualquier caso, si el producto de la actividad grupal repercute en el propio grupo, es evidente que el proceso de movilización ha llevado a los grupos populares a acciones cada vez más poderosas y más capaces de desintegrar el ya carcomido orden existente.

El proceso de movilización social tiene por su propia dinámica una exigencia totalizadora, en el sentido de que se impone a todos los sectores sociales. Este es el problema planteado a la pequeña burguesía, los llamados sectores medios, que se sienten presionados por todas partes a optar por uno u otro de los polos contendientes. En el marco polarizado de un sistema social en cuestión, las fuerzas litigantes tratan de copar todos los espacios políticos y para ello utilizan todos los recursos a su alcance. Así, los sectores medios sienten que desaparece el terreno sobre el que están acostumbrados a moverse, el ámbito de regulaciones y espacios sociales sobre los que han construido la rutina de su existencia. La clase dominante exige la fidelidad de los sectores medios, y para ello acude tanto al expediente de reclamar viejas cuentas o favores como al uso de amenazas más o menos veladas (Martín-Baró, 1980a). La clase dominada, por su parte, trata de atraerse la benevolencia del sector medio apelando a su sentido ético de justicia. Por otro lado, busca neutralizar su apoyo activo a la oligarquía, atemorizándolo e impidiendo el desarrollo de su vida normal.

La movilización es un proceso social y, como tal, no puede ser reducido a categorías psicológicas. Sin embargo, como cualquier otro proceso humano es vivido por personas que, por lo mismo, lo experimentan de determinada manera. En la medida en que la movilización es realizada por un grupo humano, puede también ser analizada a nivel psicológico, no para reducir el fenómeno social a una explicación psicológica, sino para entender la dimensión psíquica del proceso de movilización.

Es sabido que al enfrentamiento intergrupar corresponden unas actitudes negativas de los miembros de un grupo hacia los miembros del otro (Sherif, 1966). Cognoscitivamente este negativismo se traduce en la estereotipia intergrupar, es decir, en la visión simplista del otro grupo bajo el prisma de algún rasgo peyorativo. Conativamente, la actitud negativa se traduce en una hostilidad y agresividad más o menos próxima a la acción violenta, verbal o física. Con razón vió Marx la importancia revolucionaria de "que una clase determinada sea la base del escándalo público, la personificación del obstáculo general, la encarnación de un crimen notorio, para todos, de modo tal que al emanciparlos de esa clase se realice la emancipación de todos" (Marx, 1846/1968).

De una manera más específica, el proceso de polarización grupal es acompañado por una creciente dicotomización perceptiva, que capta la realidad bajo el predominio de la categorización grupal antagónica: nosotros-ellos. Este predominio de la categoría grupal va a condicionar la comprensión de todos los hechos y fenómenos de la vida cotidiana, configurando así dos mundos separados por el abismo del juicio ético que atribuye la bondad al nosotros y la maldad al ellos (Martín-Baró, 1980a;1980b).

Para comprender la importancia de este proceso perceptivo, conviene recordar el papel central que la percepción desempeña en el comportamiento de las personas. Mediante la percepción las personas captan la realidad, no simplemente como una sucesión de estímulos energéticos, sino como realidad, es decir, como objetos, hechos y fenómenos significativos. Percibir es construir significaciones que se imponen como objetivas, es decir, como independientes y externas al sujeto. La percepción es el producto de un proceso hecho posible por el desarrollo y aprendizaje sociales de la persona así como por los procesos y fuerzas que condicionan su comportamiento en cada circunstancia concreta. Ahora bien, si la acción de las personas debe entenderse en buena medida como una consecuencia de las posibilidades que su historia le ha permitido elaborar así como de las opciones que se le abren o cierran en cada situación, estas posibilidades y opciones objetivas son vivenciadas subjetivamente a través de la percepción. En otras palabras, por la percepción el sujeto capta las posibilidades y opciones que se le presentan en cada momento. Por ello, su acción irá vinculada a su percepción.

Una de las formas como modernamente se trata de describir y entender la percepción es conceptualizándola como un proceso de categorización, es decir, de aplicación de categorías mentales (Cantor y Mischel, 1979). El objeto, cualquiera que sea, es entendido como una unidad resultante de la conjunción de varias categorías. Es importante, entonces, señalar bajo qué categorías se entiende un determinado objeto, su grado de abstracción o concreción, y la relación existente entre esas categorías.

Lo que afirmamos aquí es que la polarización perceptiva que acompaña al proceso de movilización social hace que las personas empiecen a captar la realidad (a construir su

realidad) bajo la hegemonía de la categorización grupal. El resultado es que la categoría más importante en la atribución del sentido a un hecho, persona o proceso es si ese hecho es nuestro o de ellos, si esa persona pertenece o no a nuestro grupo, si ese proceso nos favorece o les favorece a ellos. Cuando la percepción de las personas en una sociedad está primordial y continuamente subordinada a la categorización grupal, se ha llegado a un momento de ruptura social difícilmente reversible. El sentido común ya no puede ser presupuesto, como no se puede presuponer que las normas más obvias de la convivencia vayan a ser respetadas por los individuos. En otras palabras, se ha llegado a un momento en que, junto al distanciamiento social objetivo, se ha producido un distanciamiento psicológico tal que la realidad es formalizada y entendida en sentidos contrapuestos. Todos los hechos y sucesos son captados con el prisma de los intereses del propio grupo y cada experiencia está abocada de antemano a fortalecer e incrementar la visión dicotómica del mundo (Zúñiga, 1976).

Basta leer las declaraciones y manifiesto de los diversos grupos salvadoreños para comprender el estado avanzado a que se ha llegado en este proceso de polarización psicosocial. Un buen ejemplo lo constituye las denominaciones con que el gobierno salvadoreño ha ido calificando a los grupos populares a lo largo de 1980. En enero y febrero se trataba de "oposidores legales", mientras en marzo y abril ya habían pasado a constituirse en los "enemigos de las reformas"; en mayo y junio, el gobierno recupera el discurso de la seguridad nacional con el esquema de las dos extremas, y los grupos populares pasan a ser "subversivos"; en julio y agosto, ante la necesidad de remitirse al origen inmediato del régimen, se les califica de "contrarrevolucionarios", y ya desde septiembre en adelante serán considerados como "de-

lincuentes" o simples "terroristas" (ver González, 1980). Cada una de estas reformulaciones va acompañada de hecho por una escalada en las amenazas de exterminio a los grupos populares, por acciones que materializan esas amenazas y, en general, por un crecimiento en la violencia represiva.

Más allá de declaraciones formales, que pueden reflejar simplemente la elaboración ideológica de los propios intereses de grupo, la experiencia cotidiana muestra la dicotomización de la realidad en la percepción de los individuos. Las relaciones interpersonales entre desconocidos se vuelven un hábil ejercicio a la búsqueda de índices que permitan catalogar al otro como perteneciente o no al propio grupo. A la reducción del espacio social donde desarrollar la vida sin optar por uno de los grupos contendientes, corresponde la reducción del espacio interpersonal que se pueda entender con categorías distintas a la categoría grupal.

La percepción dicotómica de la realidad arrastra una fuerte connotación afectiva. Al captar todo bajo la óptica del nosotros o ellos, es decir, de la bondad o maldad, de la positividad o negatividad, el individuo se ve obligado a enfrentar en cada momento una decisión personal, aun en ambientes normalmente considerados como intrascendentes. Así, la espada del juicio ético partidista amenaza en cada momento, ahogando la espontaneidad de la persona y abriendo la brecha a dosis crecientes de malestar interno y de angustia.

La polarización, social y psíquica, lleva a pasos acelerados hacia una confrontación total y, en determinadas condiciones, a una confrontación armada. Una vez pasado el umbral de cierta ruptura social, es difícil si no imposible la solución pacífica: los intereses son demasiado encontrados, los grupos se encuentran demasiado enfrentados, los mundos de significación apuntan a realidades excluyentes. Es difícil concebir un nuevo orden social que pueda satisfacer a ambos sectores contendientes sin que antes se produzca una

confrontación definitiva de las fuerzas rivales que lleve a un nuevo equilibrio social.

Oberschall (1973) ha propuesto una tipología de las sociedades de acuerdo a la integración entre los diversos sectores o clases de cada sociedad así como a la integración al interior de cada sector o clase. De acuerdo con esa tipología, habría seis tipos posibles de sociedades (tipos "ideales" en sentido weberiano). Según Oberschall (1973, págs. 120 ss.), las condiciones de integración de cada uno de estos tipos de sociedad hace más probable que los conflictos sociales adquieran determinada forma o se canalicen de determinada manera. La Fig. 2 ofrece una síntesis de este modelo.

FIGURA 2

FORMAS MAS PROBABLES DEL CONFLICTO COLECTIVO
SEGUN TIPOS DE INTEGRACION SOCIAL

<u>Vínculos entre los sectores sociales.</u>	<u>Vínculos al interior de cada sector social</u>		
	<u>Organización comunal</u>	<u>Ninguna o débil organización</u>	<u>Organización asociativa</u>
Integrados	Disturbios comunales	Bandolerismo social	Oposición institucionalizada.
Segmentados	Rebelión tribal o nacionalista	Disturbios violentos, desorganizados.	Oposición consistente, revolución.

(Adaptado de Oberschall, 1973).

No resulta difícil ubicar a El Salvador de 1980 en esta tipología. En su dimensión vertical, la sociedad salvadoreña se encuentra fuertemente segmentada, sin que existan

organizaciones interclasistas que hayan promovido la integración de los diversos sectores sociales. En su dimensión horizontal, mientras la clase dominante ha estado tradicionalmente bien organizada, la clase dominada apenas ha contado con ciertas estructuras de solidaridad familiar, pero prácticamente con ningún tipo de organización colectiva de alguna envergadura social. En buena medida esta falta de organización popular ha sido el producto de una política clara por parte del poder establecido desde 1932 de no permitir ningún movimiento que pudiera representar alguna fuerza colectiva frente a la clase dominante y sus intereses. La rápida emergencia de grupos en el último tiempo expresa con claridad que El Salvador se encuentra ya en un tipo de organización social según la tipología de Oberschall propicio a una confrontación de grandes dimensiones e incluso a una verdadera revolución.

La creciente unidad y coherencia de los diversos grupos al interior del sector popular, el predominio de los sectores armados en los núcleos tanto del sector oligárquico (FFAA) como del sector popular (DRU-PM), los choques violentos, cada vez más frecuentes y de mayores dimensiones, no ofrecen ninguna duda en cuanto a la dirección que ineluctablemente lleva el proceso. La identidad de los actores sociales, su profunda contradicción social, sólo dejan abierta la puerta de la guerra como vía o al menos como un paso para la resolución de sus diferencias y la reestructuración de un nuevo orden social, independientemente de que se consiga un verdadero orden nuevo o las fuerzas dominantes logren reestablecer su orden opresor.

CAPITULO SEGUNDO

EL MALESTAR A LA CALLE

1. LA CALLE.

La calle es una de las realidades o estructuras ambientales de más rico significado psicosocial. El término castellano "calle" proviene del latín callis, que significa sendero, especialmente el del ganado, pero que ya desde el siglo VII había tomado el actual sentido, pasando por el de un camino estrecho entre dos paredes (Corominas, 1967, pág.121). Sin embargo, el término castellano no se limita a la significación de una estructura urbana (camino en el interior de las poblaciones); por el contrario, es utilizado en muy diversos contextos para expresar fenómenos humanos muy variados. Tres de los sentidos más importantes en que se emplea el término calle son el de privación o carencia ("dejarle a uno en la calle", "estar uno en la calle"), el de decisión y poder ("abrir la calle", "llevarse a alguien de calle"), y el de normalidad o carácter público con cierto sentido peyorativo ("hombre de la calle", "mujer de la calle", "niño de la calle").

El lenguaje no es algo que ocurra al margen de la vida. Si el término calle es empleado en estos varios sentidos es porque las personas vinculan más o menos explícitamente la calle a la vivencia de estos procesos humanos. Si la calle puede expresar una situación de privación o de poder, de normalidad o de baja moralidad, es porque desempeña una función importante en la vida de las personas. La calle no es sólo un lugar donde tienen lugar determinados procesos; es un elemento esencial de esos procesos de cuya significación se reviste y a cuya estructuración colabora.

Barker (1968) ha propuesto el concepto de "marco conductual" (behavior setting) para indicar la unión entre unos tipos de conducta y un contexto ambiental, no psicológico. Con ello pretende subrayar la fuerza que un contexto material y social puede tener para determinar un cierto tipo de comportamiento. Una iglesia, una escuela, una cárcel y una discoteca son contextos que, tanto por su disposición material como por su simbolismo, propician unas acciones mientras inhiben otras. Rapoport (1977) mantiene que este concepto de marco conductual debería subrayar el carácter de "escenario" que posee todo contexto socializado. En este sentido, un marco conductual sería un lugar material con límites e indicadores, más o menos formalizados, de cuál es allí el comportamiento adecuado, aunque esos indicadores puedan ser leídos o interpretados de diversas maneras por grupos distintos.

El significado de la calle ha variado históricamente, no sólo de acuerdo a la evolución de las ciudades o centros urbanos, sino de acuerdo a la evolución de los sistemas sociales (Castells, 1976). Si el amurallamiento de las ciudades medievales producía callejas estrechas y tortuosas, la expansión de las ciudades industriales modernas y las necesidades específicas del sistema de producción exigen amplias vías cuya función principal es canalizar el tráfico de vehículos y exigen a su vez la misma producción de vehículos. Es sabido, por otro lado, que Hausman diseñó los amplios bulevares de París con el propósito de evitar que las masas insurgentes pudieran levantar barricadas, tarea sencilla en calles estrechas (Pinkney, 1958).

A fin de entender el significado de las calles, Rapoport (1969; 1977) ha distinguido dos tipos de ciudades: aquellas en las que la totalidad del espacio urbano es usado para diversas actividades, y aquellas en las que el espacio urbano es un espacio residual que hay que atravesar para llegar a

otros lugares. En un caso, las calles son sitios donde se está o donde se realiza alguna actividad (pasear, jugar, comprar, etc.); en el otro, las calles son simplemente sitios por donde se pasa.

Si hubiera que ubicar a San Salvador en esta tipología, ciertamente diríamos que se trata de una ciudad del primer tipo. Sin embargo, parece más adecuado señalar que San Salvador (como casi todas las ciudades) incluye los dos tipos de calles. En algunos casos el carácter de una calle depende de su ubicación en uno u otro sector de la ciudad. Así, por ejemplo, buena parte de las calles en colonias residenciales lujosas son claramente vías de tránsito, mientras que las calles en los barrios de viviendas populares son sitios para actividades, por las que incluso no hay posibilidad de que pasen vehículos. En otros casos, sin embargo, la misma calle cumple la doble función de servir como vía de tránsito o comunicación y como lugar de actividades, sobre todo de tipo comercial.

El doble carácter de la calle determina el doble sentido psicosocial que tiene para grupos y personas. Por un lado, la calle constituye una estructura de comunicación; por otro, la calle es un lugar social, en el que se desarrollan actividades públicas.

En primer lugar, la calle es parte de una red de comunicaciones que vincula los diversos sitios y partes de una ciudad entre sí. En este sentido, la calle es vista como un lugar de paso, sin interés de por sí, sino en cuanto comunica y vincula mejor o peor los diversos lugares. Por supuesto, las calles sirven, desde este punto de vista, tanto para vincular como para separar. Calles largas, de difícil recorrido, de poca fluidez, son evitadas, porque no comunican ade-

cuadamente. Es también frecuente en las grandes ciudades el que las mejores vías resulten un bloqueo práctico para recorrer cortas distancias, ya que no facilitan suficientes intercomunicaciones o accesos a lugares inmediatos o no tienen adecuados pasos peatonales. En cualquier caso, la calle tiene este indudable sentido de vía de comunicación. de espacio para vincular puntos o centros separados entre sí.

En segundo lugar, la calle es también un lugar público y, como tal, se opone a la casa o vivienda, que es un lugar privado. El comercio está "en la calle" y para comprar algo hay que "salir a la calle". A la calle se sale también a pasear, a ver a los amigos, a jugar, a pasar un rato "viendo a la gente". En este segundo sentido, la calle es un lugar para estar, un lugar donde se desarrolla una serie de actividades. Bajo muchos aspectos, la calle constituye la prolongación de la propia casa, suprimiendo su aspecto de privacidad. Se trata fundamentalmente de un lugar público, como lo era la plaza para los griegos en contraposición al hogar (Arendt, 1958). En definitiva, la calle es un ámbito de libertad y, en ocasiones, en lugar de ir a la calle, se dice que se va a "respirar aire libre".

Cada uno de estos dos sentidos corresponde a la vivencia predominante de la calle que tienen los dos grandes sectores sociales opuestos en El Salvador: la clase dominante vivencia la calle fundamentalmente como espacio a través del cual se desplaza de su hogar a su trabajo o a sus sitios de recreo; por el contrario, la clase dominada siente que la calle es parte de su espacio vital y, muy frecuentemente, un espacio en el que se siente más libre que en su propia casa, donde la estrechez, el hacinamiento y la miseria apenas le permite expresarse en una forma personal.

Es bien conocido el enfoque que analiza a las ciudades según zonas ecológicas (Burgess, 1925) a las que corresponden tipos diferentes de población residencial y estructura comunitaria (Berry y Kasarda, 1977). La diferenciación de estas zonas a veces depende de elementos urbanos notorios, como el paso de ciertas vías o el tipo de edificaciones. En otras oportunidades la diferenciación es muy sutil y responde a estructuras sociales más que materiales, aunque no por ello menos importantes. No es raro que bandas juveniles o grupos de delincuentes tengan su particular zonificación de la ciudad, y que cada grupo reclame una zona o territorio como su coto particular.

San Salvador es evidentemente una ciudad zonificada tanto ecológica como socialmente. Mientras las partes altas de la ciudad corresponden por lo general a sectores residenciales pertenecientes a sectores burgueses o pequeño burgueses, en el fondo de las barrancas que atraviesan la ciudad se hacinan como hormigas proletarios y marginados. A pesar de su estrecha proximidad, rara vez confluyen las calles de unos y otros, a no ser al desembocar en grandes vías comunes de tránsito. Donde no se da esta clara división geográfica, aparecen las fronteras sociales. Así, una panorámica de la ciudad de San Salvador muestra cómo la 25 Avenida Sur y Avenida Universitaria delimitan en la práctica el sector donde la pequeña burguesía y la burguesía realizan la mayor parte de su vida cotidiana, con sus centros educativos y sus centros comerciales, sus parques y sus viviendas, del sector más popular y proletario, donde proliferan los mesones y las tienditas de barrio, los mercados callejeros y los talleres semiartesanales.

Las colonias residenciales ricas de San Salvador tienen, por lo general, calles anchas, bordeadas por plantas y árboles. Sin embargo, en ellas casi no se observa más vida

que la de los carros que circulan, perros que husmean o personas de la servidumbre realizando alguna tarea. La vida de las familias se desarrolla al interior de las casas o en los jardines interiores. Por el contrario, en las colonias residenciales de las clases bajas la vida parece estar volcada en la calle. Puertas y ventanas están abiertas, la gente se reúne por doquier, las tienditas o pequeñas ventas ambulantes arremolinan clientes y vecinos y los niños corretean o juegan un poco por todas partes. Finalmente, las partes céntricas de San Salvador (como, en general, el centro urbano de la mayoría de las ciudades modernas) juntan ambas funciones, resultando en un abigarramiento vital donde los vehículos lujosos marchan a la par de peatones hambrientos, el comercio de la electrónica ultramoderna hace la competencia a la vendedora ambulante de frutas, y el mendigo andrajoso se codea con el vendedor de saco y corbata.

2. LA MANIFESTACION.

A la calle, lugar de tránsito y de paseo, de circulación y de intercambio, de comunicación y de negocio, sale el malestar y la crisis social salvadoreña. La calle se convierte en lugar privilegiado para la expresión de la protesta, para el enfrentamiento entre partes enemigas, para el ejercicio del poder. El pueblo se toma la calle en las manifestaciones, y el poder se la niega y arrebatada con los retenes militares. Con el caer de la tarde, las calles se van quedando vacías de vida, sin gente ni vehículos, testigos mudos de movimientos militares solapados, capturas vergonzantes y crímenes alevosos, encubiertos por el cinismo interesado y prepotente más que por las sombras de la noche.

En la historia inmediata de El Salvador, la batalla de la calle comenzó en 1979, y más exactamente en mayo de 1979.

Desde el primero de mayo, día universal del trabajador, dos gigantescas manifestaciones^{populares}, una en la mañana y otra en la tarde, hicieron de las calles de la capital territorio del pueblo. Miles de letreros y leyendas alusivas por las paredes de casas, comercios y edificios públicos quedaron como firma visible del territorio conquistado. En esa fecha, los cuerpos de seguridad no intervinieron y la jornada transcurrió sin sangre. Sin embargo, pocos días después, una manifestación pacífica de apoyo a los ocupantes de la catedral metropolitana es salvajemente ametrallada por la policía, ante los ojos atónitos del mundo que contempla la masacre por sus televisores. La calle se tiñe con la sangre de 25 muertos y por los menos 70 heridos. Otras dos manifestaciones pacíficas de protesta son ametralladas una semana después, el 15 de mayo, y todavía una semana más tarde, el 23 de mayo, una manifestación de jóvenes que se dirigía a apoyar a los ocupantes de un edificio es rodeada y asesinada a sangre fría. La batalla de la calle tiene tal repercusión política, que obliga al General Romero a reconocer su incapacidad para resolver el problema del país. Su llamado a la concordia y al debate en un Foro Nacional, el 21 de mayo, encuentra un rápido mentís en la masacre del 22 de mayo, donde sus fuerzas de seguridad asesinan a sangre fría a 14 jóvenes, una vez más ante la mirada estupefacta del mundo entero. El 23 de mayo, el General Romero reconoce implícitamente su derrota al implantar el estado de sitio como recurso desesperado para recuperar el espacio político simbolizado en la calle.

Al abrigo del estado de sitio, las fuerzas pro-oligárquicas intentan recuperar la calle. Para ello se sirven no de la manifestación pacífica, sino de la escuadra ejecutora, y su quehacer se realiza en horas de la noche, no a la luz del día. Por todos los rincones de San Salvador y de la república

ca entera empiezan a aparecer desde el mes de junio cadáveres mutilados de maestros, campesinos o dirigentes populares, en una orgía de sangre signada por asociaciones paramilitares más o menos fantasmales, tras las que con frecuencia se descubre la mano de los cuerpos de seguridad.

En septiembre, y como una manera de conmemorar la independencia nacional, las organizaciones populares vuelven a lanzarse abiertamente a la calle: un día son las mujeres del BPR, otro los miembros de ANDES, otro los partidarios de FAPU. En general, estas manifestaciones transcurren pacíficamente. Pero el 14 de septiembre, grupos de francotiradores apostados en edificios o circulando en carros disuelven a fuego una nueva manifestación del BPR, antes incluso de que se pusiera en marcha, hecho presenciado por numerosos periodistas extranjeros.

La batalla de la calle desnuda así ante los ojos del mundo civilizado la cruel irracionalidad del régimen del General Romero. Dos condenas en foros internacionales, el resonante triunfo del Frente Sandinista en Nicaragua, más el peligro de otra severa condena al interior de la Organización de Estados Americanos (OEA) precipitan su caída el 15 de octubre de 1979.

Sin embargo, el golpe del 15 de octubre no pone fin a la batalla por la calle. Por el contrario, la calle vuelve a convertirse en el centro de la acción política. El paréntesis de libertad abierto con el derrocamiento de Romero es inmediatamente aprovechado por las organizaciones populares, algunas de las cuales intentan un tanto precipitadamente provocar la insurrección popular. La última quincena de septiembre resulta así más sangrienta incluso que el período inmediatamente anterior y reactiva la lucha política por la calle.

En el Cuadro 2 se presentan las manifestaciones consideradas más importantes entre el 15 de octubre de 1979 y el 30 de marzo de 1980, fecha en que tuvo lugar el entierro de Monseñor Romero. Las fechas indican el comienzo y el fin de un período en el que una modalidad del proyecto reformista ("reformas con represión"), bajo la dirección de la Fuerza Armada, mostró su inviabilidad real. Este proyecto ya había hecho crisis a comienzos de año, con la renuncia masiva del primer gabinete y de los miembros civiles de la Junta cuando comprendieron que, dada la estructura de poder real existente, la prioridad correspondía a la represión y las reformas eran simplemente el costo necesario para mantener lo esencial de la organización social. Sin embargo, fueron todavía necesarios tres meses más para que el proyecto mostrara sus verdaderas orientaciones políticas y convenciera aun a los más idealistas de que el cambio ocurrido sólo llevaba a una mayor represión y violencia contra el pueblo, patentizadas en el asesinato y entierro de Monseñor Romero. Si durante estos seis meses El Salvador presencia algunas de las manifestaciones públicas más grandes de toda su historia, tras el 30 de marzo las organizaciones populares saben que el poder establecido no está dispuesto a aceptar la expresión del pueblo en la calle, y que la batalla por el espacio político de la calle tiene que darse de otra manera y con otros medios.

INSERTAR CUADRO 2 AQUI

En el Cuadro 2 se han incluido manifestaciones tanto de grupos pro-oligárquicos como de los grupos populares, a pesar de su diferente naturaleza y envergadura. Se han dejado fuera del cuadro otras manifestaciones bastante nutridas de las organizaciones populares, mientras que se han incluido dos manifestaciones relativamente pequeñas de grupos pro-oligárquicos y un conato de manifestación del PDC que, a pesar de contar con el

CUADRO 2

IMPORTANTES MANIFESTACIONES PUBLICAS EN EL SALVADOR
ENTRE EL 15 DE OCTUBRE DE 1979 Y EL 30 DE MARZO DE 1980

OCTUBRE 1979

- 22 Manifestación del FAPU.
- 24 Desfile bufo del BPR. Resultado: unos 20 muertos.
- 29 Manifestación de las LP-28. Resultado: unos 70 muertos.
- 30 Manifestación de las LP-28 frente a la Embajada USA.

NOVIEMBRE 1979

- 2a. Semana Manifestación multitudinaria del BPR.

DICIEMBRE 1979

- 10 Manifestación pro-oligárquica de unas 8,000 señoras; parte de ellas a pie, parte en carros. Frente a Casa Presidencial.
- 2a. Semana Manifestación de apoyo al gobierno de unos 10,000 miembros del Foro Popular.
- 20 Manifestación de la oligarquía frente al Estado Mayor.
- 27 Manifestación pro-oligárquica de 15,000 personas, con gran despliegue instrumental y protección militar frente al Estado Mayor.

ENERO 1980

- 22 Manifestación celebrando la unidad de las organizaciones populares en la CRM. Más de 100,000 personas (una de las mayores en la historia de El Salvador). Resultado: unos 40 muertos y unos 200 heridos.

FEBRERO 1980

- Ultima semana Manifestación de simpatizantes del PDC ante Casa Presidencial. Menos de 1,000 personas.

MARZO 1980

- 30 Entierro de Monseñor Romero con más de 50,000 asitentes. Manifestación en silencio de unos 30,000 miembros de la CRM. Resultado: unos 30 muertos.

apoyo del aparato estatal dada su condición de partido oficial, no pudo reunir más de mil manifestantes y no pocos de éstos porque habían concurrido por otros motivos. La razón de esta selección es doble: por un lado, mostrar la amplia gama de manifestaciones públicas que se produjeron en El Salvador durante el período indicado: por otro lado, incluir aquellas manifestaciones que tienen una especial significación política respecto al desarrollo del conflicto social.

La diversa naturaleza de las manifestaciones populares y las manifestaciones de la oligarquía salvadoreña puede apreciarse comparando algunos de los rasgos de las manifestaciones mayores producidas por ambos grupos: la del 27 de diciembre de 1979, organizada por la oligarquía, y la del 22 de enero de 1980, organizada por los ^{populares} movimientos (ver Cuadro 3). INSERTAR CUADRO 3 AQUI

La manifestación de la oligarquía ocurre en un momento en que los propósitos reformistas de la Junta de Gobierno ya han hecho crisis puesto que los intereses supuestamente desplazados con el golpe del 15 de octubre han recuperado posiciones de mando, sobre todo al interior de la Fuerza Armada. Significativamente, la manifestación oligárquica que estaba planeada para juntarse en la Plaza Libertad desde los cuatro puntos cardinales de la ciudad, sólo logra cuajar en el sector poniente, es decir, en su propio territorio urbano. Por otro lado, en lugar de acudir a la plaza pública se dirige hacia el Estado Mayor de la Fuerza Armada y es recibida por un alto mando militar, identificado públicamente por su postura ultraconservadora. La acción de la oligarquía pretende conquistar el espacio político, adueñarse de la calle, mediante la violencia servil de los militares. Bajo el paraguas ideológico del anticomunismo, la oligarquía trata de bloquear cualquier proyecto significativo de refor-

CUADRO 3

COMPARACION ENTRE DOS MANIFESTACIONES PUBLICAS
EN EL SALVADOR

CARACTERISTICAS	MANIFESTACION	
	PRO-OLIGARQUICA	POPULAR
Fecha:	27 diciembre 1979	22 enero 1980
Grupo promotor:	Empresa privada, oligarquía (¿ANEP?).	Coordinadora Revolucionaria de Masas.
Participantes:	15,000	100,000
Tema:	Anticomunismo.	Unidad popular.
Destino de la marcha:	Estado Mayor militar.	Plaza pública.
Recursos materiales:	Grandes (30 helicópteros y avionetas, vehículos lujosos, armas, etc.).	Mínimos.
Actitud del poder económico:	Empresas cierran y presionan a sus empleados para que asistan.	Empresas amenazan a quienes asistan.
Actitud de la FFAA:	Dan libertad y protección indirecta.	Bloquean entradas a San Salvador. Atacan manifestación.
Actitud de los medios de comunicación:	Gran campaña publicitaria a favor.	Gran campaña publicitaria en contra. Amenazas sobre peligros.
Consecuencias:	Ninguna.	40 muertos y 200 heridos.

ma social que afecte sus intereses y, para ello, intenta conseguir un reajuste todavía más favorable a sus posiciones en la composición del gobierno. La manifestación oligárquica reúne un número nada despreciable de participantes, calculado en cerca de ^{quince} mil personas, pero realiza sobre todo un espectacular despliegue de fuerzas: no menos de treinta avionetas y helicópteros sobrevuelan el trayecto recorrido por la manifestación, cientos de vehículos privados, algunos de ellos de gran lujo, forman parte de la caravana y muchos de los participantes hacen gala de estar fuertemente armados. Las grandes empresas presionan a sus empleados para que acudan a la manifestación y para ello conceden asueto pagado, en tanto que los medios de comunicación masiva promueven con un gran despliegue propagandístico el carácter "patriótico" y "salvador" de la manifestación.

Un carácter radicalmente distinto tiene la manifestación de las organizaciones populares. Ante todo, nadie duda de que se trata de una de las manifestaciones más grandes realizadas en la historia de El Salvador. Aun cuando los cálculos sobre el número de participantes varían, no parece exagerado afirmar que más de cien ^{mil} personas tomaron parte en ella. Este número es todavía más significativo si se tiene en cuenta la gran cantidad de obstáculos de todo tipo que se pusieron a la manifestación, desde los retenes militares que bloqueaban la salida de otros centros urbanos cercanos a San Salvador o impedían el acceso a grupos campesinos a las entradas de la capital, hasta las amenazas patronales de despedir a los empleados que acudieran a la manifestación, pasando por las amenazas de violencia física lanzada por grupos paramilitares por todos los medios de comunicación masiva, y el riesgo de veneno con avionetas en las calles por donde habían de desfilar los mani-

festantes. La manifestación del 22 de enero de 1980 fue convocada por la recién creada Coordinadora Revolucionaria de Masas, que agrupaba a las principales organizaciones populares, integrando en un sólo frente de masas a los diversos grupos canalizadores de los intereses del pueblo salvadoreño. Frente al despliegue material de la manifestación oligárquica, los grupos populares muestran un verdadero despliegue humano, respaldado por buses de transporte público o por multicolores "mantas" (pancartas) con leyendas de combate popular. Las interminables filas de manifestantes expresaban jubilosamente la recién lograda unidad de ^{las} fuerzas populares y se encaminaban hacia una plaza pública donde pensaban celebrar un mitin político. Sin embargo, la manifestación no pudo culminar pues fue atacada violentamente por diversos grupos armados, parapetados en edificios oficiales y públicos. El saldo fue trágico, ya que al final de la jornada se contabilizaron por lo menos cuarenta muertos y unos doscientos heridos. Las amenazas de violencia física por parte de los grupos paramilitares se habían materializado en un ataque salvaje contra una manifestación pacífica y masiva (ver Escobar, 1980).

Tres elementos caracterizan esencialmente a una manifestación: un grupo humano, su concentración o marcha pública y la expresión de una causa. La definición de estos tres elementos permite comprender la naturaleza y sentido de cada manifestación concreta.

En primer lugar, una manifestación se caracteriza por un grupo humano que se manifiesta o expresa. Como tal, el grupo debe tener una identidad no sólo hacia dentro, sino también para cualquiera que observe la manifestación directa o indirectamente (a través de los medios de comunicación). Por ello, los grupos manifestantes suelen utilizar símbolos

distintivos, uniformes, emblemas, banderas o letreros: algo que los distinga y caracterice visualmente como una unidad determinada. Así, por ejemplo, los manifestantes de las organizaciones populares utilizarán prendas o emblemas con los colores rojos, mientras que en una manifestación del clero los participantes portarán los hábitos religiosos o litúrgicos propios de su condición. Cuando en una manifestación se juntan grupos diversos (como es el caso en las manifestaciones de las diversas organizaciones populares), cada agrupación particular trata de formar una unidad con el resto, pero manteniendo su propia identidad. Para ello, cada grupo desfila unido, con sus símbolos, pancartas, emblemas, colores distintivos, coreando sus consignas y tratando de conservar unas fronteras, por mínimas que sean, respecto a los demás.

En segundo lugar, una manifestación se caracteriza por su naturaleza pública. La manifestación busca el espacio público, la calle o la plaza. Constituye la materialización visible en el espacio público de una fuerza social, cuyo dinamismo se expresa en la marcha. Para una manifestación el movimiento puede ser esencial: el grupo se desplaza a través de las calles de una ciudad o por los caminos de un país como una fuerza social patente, tanto mayor cuanto más imponente sea la manifestación. Existe un sector en San Salvador que ofrece el trayecto "natural" para las manifestaciones: el recorrido parte de un parque urbano, donde hay amplio espacio para la concentración de manifestantes y, tras recorrer el corazón de la ciudad por una de las arterias claves, termina en una amplia plaza del centro, propicia para mítines políticos.

Finalmente, la manifestación representa la expresión de una causa. Un grupo social se manifiesta en favor o en

contra de algo o de alguien. En este sentido, los manifestantes intentarán por todos los medios dejar claro su punto de vista: carteles, "mantas", gritos, cantos, gestos, etc. Todo el movimiento humano en su conjunto constituye precisamente el esfuerzo por expresar públicamente una fuerza social en favor de una determinada causa. Así, por ejemplo, las organizaciones populares suelen portar carteles exigiendo alto a la represión, condenando el intervencionismo norteamericano o estimulando a la lucha popular. La manifestación del clero salvadoreño que protestaba por el asesinato de sacerdotes marchó en procesión portando un solo letrero: "¡Basta ya!". Y, en el entierro de Monseñor Romero, miembros de la Coordinadora Revolucionaria de Masas se manifestaron desfilando en silencio con el puño izquierdo levantado.

Así, pues, una manifestación constituye la promoción de una causa por un grupo social que desfila o se reúne en un lugar público. Podrían señalarse otros elementos que suelen caracterizar a las manifestaciones, aunque no constituyan factores esenciales. Uno de ellos sería la utilización de la violencia o el intento por implicar de alguna manera a la fuerza pública. A diferencia de las manifestaciones en países más democráticos, donde a los manifestantes les puede convenir el provocar a la fuerza pública a fin de atraer la atención nacional, en El Salvador los grupos populares saben que de la fuerza pública sólo pueden esperar la muerte y, por tanto, no buscan una provocación deliberada. Más aún, las organizaciones populares suelen llevar sus propias fuerzas de seguridad a las manifestaciones a fin de minimizar los efectos de ataques sorpresivos.

Precisamente porque la manifestación supone la apropiación de un espacio público por parte de un grupo, cual-

quiera que sea la causa que expresa, la manifestación tiene un esencial carácter político. Por su propia naturaleza la manifestación constituye la exhibición de una fuerza que busca hacer progresar una causa, es decir, forzar o apoyar una determinada decisión que afecta a la sociedad. Al salir al espacio público no sólo se logra atraer la atención de la conciencia colectiva sobre la causa mantenida, sino que, mediante la exhibición de la fuerza del grupo, se presiona para su consideración o aceptación.

Toda manifestación ocasiona una molestia al funcionamiento de la vida social y una perturbación al orden urbano: se interrumpe el tráfico, se atemoriza al comercio, se altera cualquier actividad. Por supuesto, la perturbación es tanto mayor y tanto más peligrosa cuanto más violencia arrastre o precipite la manifestación. Sin embargo, el rechazo del poder establecido a una determinada manifestación no depende en modo alguno de la alteración al orden público que produzca esa manifestación, sino de la identidad de los manifestantes y de la causa promovida. El rechazo no es ^{contra} la manifestación como arma política, sino contra la manifestación de los sectores opositores, sobre todo populares.

No parece un dato casual que mientras las manifestaciones ^{pro-oligárquicas} han ocurrido con la connivencia clara cuando no el apoyo expreso de las fuerzas de seguridad pública, las manifestaciones populares han tenido que contar con la hostilidad y el entorpecimiento de sus acciones por parte de los cuerpos de seguridad, o más sencillamente con el deliberado hostigamiento, la provocación y hasta el ataque abierto. Todas las grandes manifestaciones públicas de las organizaciones populares en El Salvador en el período

1979-1980 han terminado en la violenta represión de los manifestantes por parte de los cuerpos policiales o fuerzas paramilitares, justificando así la necesidad de una nueva expresión de los grupos populares en defensa de su propia vida y en protesta contra la violencia del poder establecido.

Si a nivel social la manifestación constituye una acción esencialmente política, a nivel personal la manifestación tiene hondas repercusiones psicológicas. Participar en una manifestación constituye una fuerte experiencia emocional, que rara vez deja de tener un hondo impacto en la persona. La marcha en común, el formar parte de un todo cuya identidad se asume temporalmente, el sentirse portador de una causa y vocero público de unas demandas, el contacto hombro con hombro de quienes, así sea momentáneamente, parecen compartir el propio pensamiento y el propio sentir, todo ello configura una vivencia emocional muy fuerte. Sin duda, esta vivencia es todavía más profunda si el participar en una manifestación acarrea consecuencias físicas (lesión) o morales (por ejemplo, la pérdida del empleo).

En general, la vivencia emocional que se tiene al participar en una manifestación pública tiende a reforzar la actitud que lleva a cada manifestante a participar personalmente. Como han insistido todos los autores de las así llamadas teorías de la consistencia (ver Abelson y otros, 1968), el mismo hecho de comprometerse públicamente constituye una situación que exige la consistencia ideacional y afectiva respecto al propio comportamiento. Sin embargo, la vivencia emocional de una manifestación puede llevar a los individuos a conclusiones muy disímiles acerca del acto de manifestarse. Mientras un participante puede sentir la necesidad de insistir en las manifestaciones públicas, otro puede sentir

la inutilidad práctica de ese tipo de acciones. Y, ante el espectáculo o la experiencia en carne propia de la violencia represiva, un manifestante puede sentirse de tal manera atemorizado que decida no volver a participar en nuevas manifestaciones públicas, mientras que otro manifestante se siente fortalecido en su decisión de seguirse comprometiendo públicamente en tal tipo de acciones. Son varios los factores que determinan esta diversidad de conclusiones personales: el grado de conciencia política del individuo, su pertenencia o identificación con uno u otro grupo, sus circunstancias familiares, su evaluación de los acontecimientos y de las opciones de que dispone de cara al futuro, así como de otros factores más personales.

Psicosocialmente, el sentido de una manifestación está vinculado al sentido de la calle como estructura social. Toda manifestación supone en apariencia la negación del doble sentido de la calle: por un lado, la manifestación bloquea y perturba el tráfico y la comunicación normal; por otro, al manifestarse un grupo se apodera de la calle negándola como espacio público a otros grupos o personas. Sin embargo, a un nivel más profundo la misma manifestación constituye una afirmación del sentido de la calle. Si el grupo se lanza a la calle es para hacer pública una causa, reafirmando así la doble naturaleza de la calle como espacio político y como medio o lugar de intercambio.

Precisamente porque la manifestación es una patente reafirmación por parte de un grupo social de su derecho sobre el espacio público es por lo que las fuerzas de seguridad de El Salvador se enfrentan a las organizaciones populares cada vez que éstas se manifiestan mientras que apoyan a las fuerzas oligárquicas en cada oportunidad en que se han lanzado a la calle. La razón de esta diversa postura

estriba en que el dominio sobre la calle constituye la expresión primera y más clara del dominio político, es decir, de la capacidad para decidir el sentido y carácter de la "cosa pública". Así, mientras las manifestaciones de las fuerzas oligárquicas reafirman el carácter del actual orden establecido en El Salvador y, por tanto, confirman su dominio sobre el sector público, las manifestaciones de las organizaciones populares suponen un verdadero reto a ese orden público, cuya naturaleza clasista desenmascaran ante la conciencia colectiva. Por ello, la calle como lugar público del orden actual acoge a la manifestación oligárquica pero rechaza y mata a la manifestación popular.

3. EL RETEN.

El carácter y sentido de un retén puede cambiar drásticamente según el contexto en el que tiene lugar. Este cambio se ha podido verificar en poco tiempo en El Salvador. Hasta 1979 y con la excepción de algún momento políticamente crítico, los retenes solían consistir en una pareja de policías que, con mayor o menor eficiencia y cortesía, trataban de hacer respetar las leyes del tránsito público, o en una garita militar, que controlaba el paso cercano a algún lugar militar, política o económicamente estratégico. Sin embargo, desde 1979 los retenes se han ido convirtiendo paulatinamente en un verdadero despliegue de fuerza militar en los más diferentes lugares públicos (cruces urbanos, entradas o salidas a diversos centros poblacionales, accesos a vías importantes, cercanías de todo edificio estatal, etc.) que sistemáticamente somete a la población a registros indiscriminados, cacheos y detenciones más o menos arbitrarias.

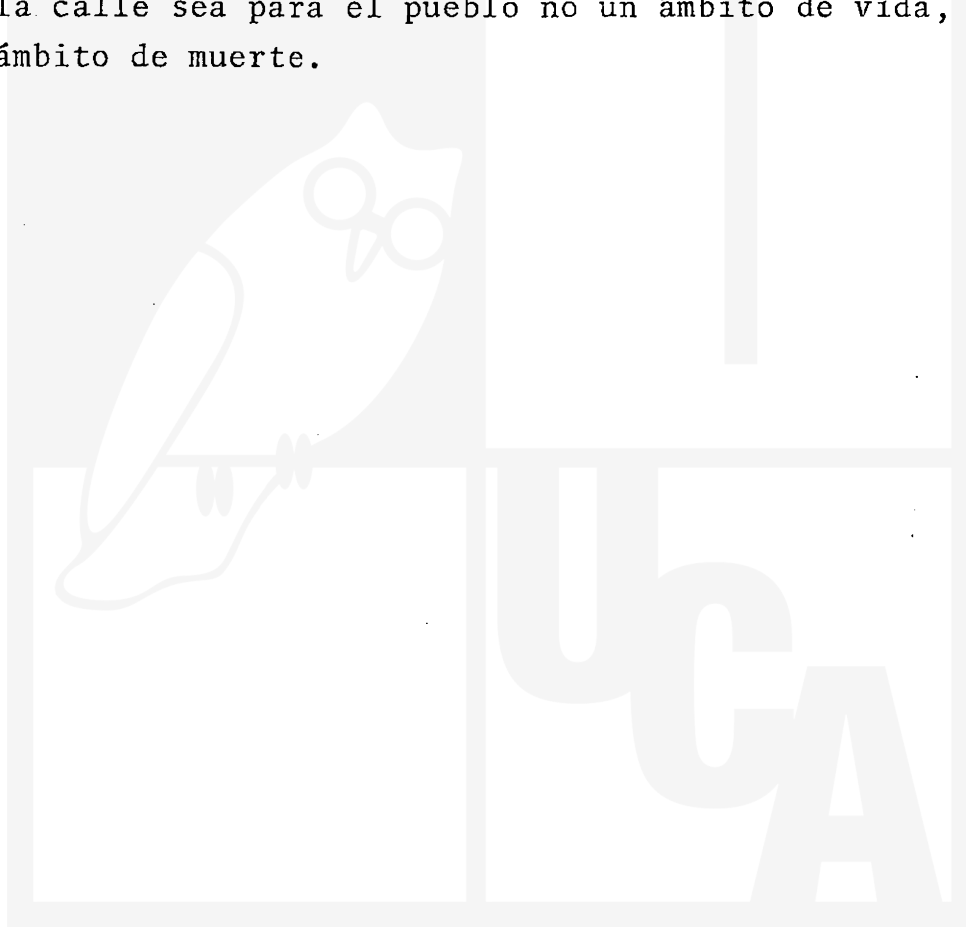
Lo significativo es que, si originalmente los retenes buscaban facilitar el tráfico, en la actualidad se han convertido en verdaderos obstáculos para la circulación. En lu

gar de garantizar la fluidez de la comunicación, los retenes alteran y hasta bloquean el libre tránsito. De hecho, la existencia de los retenes militarizados no sólo supone un continuo sometimiento al control arbitrario sobre los movimientos ciudadanos; supone sobre todo un verdadero ejercicio de amedrentamiento y una amenaza de violencia letal, que continuamente se traduce en conductores o pasajeros sorpresivamente baleados.

El sentido psicosocial de los retenes está también ligado al significado de la calle. Pero este sentido es radicalmente opuesto al de la manifestación. Mientras la manifestación aparentemente niega el carácter comunicativo y público de la calle, el retén pretende afirmarlo. Sin embargo, la manifestación constituye de hecho la afirmación de la calle como lugar político de intercambio y de expresión pública, mientras que el retén se constituye en la negación y bloqueo de la misma comunicación que pretende garantizar y en la eliminación del mismo espacio público cuya libertad pretende proteger. En la práctica las personas sienten que los retenes suponen el aprisionamiento de los espacios públicos, tanto en su carácter de vías de comunicación como en su carácter de lugares para la vida común. El poder establecido expresa su naturaleza opresiva restringiendo la comunicación y privatizando en su beneficio lo que supuestamente constituye espacio colectivo. Nadie puede circular por las calles sin someterse al control de los retenes, nadie puede permanecer en las calles "retenidas" sin exponer o doblar su vida ante las exigencias del orden establecido.

La militarización progresiva de San Salvador y aun de todo El Salvador en 1980 es la mejor expresión de que el orden establecido no puede afirmarse sino como la negación del espacio público en cuanto espacio de todos y espacio de li-

bertad ciudadana. Los retenes aprisionan la circulación y la vida colectiva, privando de espacio vital a la comunidad. La manifestación callejera ya no es posible porque la calle ha sido despojada de su carácter de espacio público. La calle ya no es lugar de comunicación y de intercambios; expresarse en la calle aboca a enfrentarse con el poder establecido. Así, la calle ha llegado a ser simplemente el lugar del sometimiento al poder establecido o de su confrontación violenta. La privatización del espacio público ha hecho que la calle sea para el pueblo no un ámbito de vida, sino un ámbito de muerte.



CAPITULO TERCEROEL LIDERAZGO DE MONSEÑOR ROMERO

"Estoy por todo aquello que pueda servir al pueblo."

Mons. Romero

Monseñor Romero, Arzobispo de San Salvador entre febrero de 1977 y marzo de 1980, es sin lugar a dudas la figura más significativa en la historia contemporánea de El Salvador. Tras su asesinato, mientras las instancias en el poder extendían un ominoso silencio sobre su persona, desmantelaban su obra, ponían sordina al eco de su voz y se apresuraban a enterrar su ejemplo, el pueblo mantenía viva la llama de su legado e incubaba las semillas de su llamado a una nueva sociedad. La palabra profética de Monseñor afirmó un día que si le mataban, resucitaría en el pueblo salvadoreño. Su profecía se ha hecho verdad: ciertamente, Monseñor sigue viviendo en su pueblo, en el rancho campesino o en el mesón urbano, entre las brisas del cafetal empinado o entre los sudores del algodonal costeño, y su ejemplo y su palabra están más vivos que nunca en el espíritu de muchos de aquellos que con más generosidad buscan hoy un nuevo horizonte para El Salvador.

Una de las razones por las que Monseñor Romero nunca morirá en el alma del pueblo salvadoreño es porque su liderazgo tocó los resortes últimos de su realidad histórica. Monseñor ayudó a su pueblo

a tomar conciencia de sí mismo y así lo llamó a emerger como pueblo a la historia contemporánea. Tras Monseñor, el pueblo de El Salvador nunca podrá ser el mismo porque, como se ha dicho en expresión teológica afortunada, con Monseñor Dios pasó por El Salvador.

No es casualidad que Monseñor fuera líder popular desde su doble vertiente de hombre religioso y autoridad eclesiástica. Como autoridad, pudo experimentar la contradicción del poder institucional tan alejado de aquellos a los que tiene que servir, convertidos en oportunidad para los honores y aun el medro personal. Como hombre de fe, pudo vivenciar la contradicción de una religión desfigurada hasta convertirse en justificación de situaciones inhumanas y dominios enajenantes. Desde el fondo de estas contradicciones, Monseñor puso su poder en el pueblo, en los pobres y oprimidos concretos donde acampa el Dios de los cristianos, y de allí sacó una fuerza que ni las armas ni el dinero fueron capaces de doblegar.

Es necesario examinar la figura de Monseñor Romero como líder del pueblo salvadoreño para comprender la peculiaridad de un pueblo que aspira a una liberación muchas veces intuita desde categorías religiosas y que lucha con una generosidad en buena medida hecha posible desde la entrega de fe. No se pretende con ello afirmar que todos aquellos que hoy luchan por un futuro de justicia y dignidad para El Salvador lo hagan desde el trampolín de la fe cristiana. Pero la comprensión de los dinamismos últimos de la vivencia cristiana, tal como la encarnó Monseñor Romero, constituye una

perspectiva privilegiada para entender el empuje indomable de un pueblo obstinadamente empeñado en lograr su libertad y en arrebatarse a la opresión las riendas de su historia.

1. EL LIDERAZGO.

Entre las leyendas y mitos más característicos de cualquier país están los mitos sobre los grandes héroes y líderes nacionales. La versión popular, frecuentemente consagrada a diversos niveles más o menos institucionales, atribuye a la personalidad del héroe la realización de alguna gran hazaña o logro social. Son las características propias del gran hombre, sus rasgos personales, los que, según la versión popular, explican los sucesos históricos más relevantes. En términos más actuales de psicología social, las personas tienden a atribuir la causa de las grandes hazañas a los factores de la personalidad (ver Jones y Davis, 1965). Así se ha llegado a la configuración magnificada de los rasgos que deben adornar a un líder a partir de los rasgos mitificados atribuidos a determinadas figuras históricas.

En buena medida esta visión mitificada del líder pasó a formar parte del acervo de conocimientos psicosociales sin mayor elaboración o análisis críticos. De hecho, aún se pueden encontrar bastantes ingredientes de la visión mitificada del

..

liderazgo en obras de supuesta divulgación psicológica que prometen el éxito en la gerencia o en las "relaciones p^ublicas" mediante recetas al alcance de todos. Sin embargo, esta visión fue fuertemente criticada tan pronto como se le sometió a un serio examen, teórico y empírico. Como señalan Cartwright y Zander (1971b, pág.334), "no ha resultado satisfactorio concebir a los líderes como gente que posee ciertos rasgos distintivos".

El estudio científico del liderazgo se ha encaminado cada vez más clara y conscientemente hacia un enfoque relativo o situacional, según el cual las características y funciones del líder están en relación con cada situación concreta. El carácter de un líder puede diferir abismalmente de una a otra situación y aquellos comportamientos necesarios para dirigir y orientar a un grupo en unas circunstancias pueden ser incluso contraproducentes en otras circunstancias distintas. Es clásico el planteamiento de Weber (1925¹⁹⁶⁴) quien señala el papel clave que puede desempeñar el líder carismático en un proceso de cambio social, pero también indica que el afianzamiento del nuevo orden social requiere la institucionalización del carisma y, por consiguiente, un tipo de autoridad y liderazgo diferentes. Frente a la irracionalidad o irregularidad del comportamiento carismático, gene-

..

..

rador de nuevas obligaciones, la racionalidad o regularidad del comportamiento institucional, que exige el cumplimiento de las obligaciones establecidas y sanciona su observancia.

Lamentablemente, no pocos estudios científicos sobre el liderazgo han incurrido en otra forma de visión mitificante, quizá incluso más engañosa que la visión popular del líder ya que viene avalada por los cánones de la ciencia. Consiste esta mitificación en la sutil deshistorización de los procesos sociales de los que el liderazgo es parte. El esfuerzo por aplicar una metodología rigurosa de acuerdo con los cánones más estrictos del empiricismo científico llevó a los investigadores a centrarse en aquellos fenómenos que pudieran ser no sólo adecuadamente observados, sino suficientemente controlados. De ahí que la fuente principal de datos acerca del liderazgo hayan sido pequeños grupos experimentales, las más de las veces situados en laboratorios frente a tareas intrascendentes cuando no ridículas. Por supuesto, éstas son situaciones reales, pero configuradas al margen de las fuerzas conflictivas que se plasman en la historia de las sociedades o, en el mejor de los casos, configuradas de acuerdo a los parámetros no explicitados del grupo social en el poder. Posiblemente el mejor ejemplo de este último caso lo constituyan los estudios clásicos de Lewin, Lippit y White (ver White y Lippit, 1971) sobre tres formas de liderazgo,

..

..

en que de antemano podían predecirse los resultados que se habrían de obtener en apoyo a un estilo "democrático" de liderazgo.

A pesar de su distorsión mitificadora, tanto la visión popular sobre el liderazgo como la visión experimentalista contienen una intuición seguramente válida: las personas pueden jugar un papel clave en la materialización de los movimientos sociales, en la dirección de un proceso histórico, en la resolución de un conflicto social. El éxito o fracaso de un movimiento, su definición y orientación concreta en un sentido y otro, puede depender en no pequeña medida de la función de liderazgo, sea esta función desarrollada por un individuo o sea desarrollada por un pequeño grupo (como acertadamente intuyó Lenin). En este sentido, el liderazgo constituye un factor clave para comprender los procesos de cambio social, cualquiera sea su naturaleza específica y cualesquiera sean las dimensiones de los grupos involucrados.

Recientemente, Burns (1978) ha propuesto una teoría sobre el liderazgo en la que toma en cuenta diversos aportes científicos y cuyo objetivo fundamental es dar cuenta del liderazgo político. Lo interesante de esta teoría es que Burns trata de validarla examinando una serie de figuras históricas (Wilson, Stalin, Hitler, Gandhi, Kennedy, etc.), sobre las

..

que existe una abundante documentación y hay consenso acerca de su liderazgo.

Según Burns, el liderazgo lo constituyen una serie de relaciones de poder por las que una determinada persona (el líder), con ciertos motivos e intenciones, y en conflicto o competencia con otras personas, moviliza determinados recursos a fin de activar o satisfacer los motivos de otras personas o grupos (sus seguidores). Dos son los elementos esenciales de esta concepción: el considerar que el lideraz^go es una forma de poder y el indicar que se produce en un contexto conflictivo.

En primer lugar, el liderazgo es una forma especial de poder y, como tal, un tipo de relación entre personas. De acuerdo con Burns (1978, pág.12), todo poder se caracteriza por dos elementos esenciales: los motivos y los recursos. Ambos elementos se encuentran relacionados y ambos son indispensables. El liderazgo pone en relación los motivos particulares del líder con los motivos de sus seguidores y esta relación moviliza determinados recursos. Por ello, el concepto de poder presupone una intención y objetivo, es decir, la producción de determinado efecto (el efecto pretendido), precisamente para lo cual es necesaria la posesión de determinados recursos (materiales o no).

..

En segundo lugar, el liderazgo brota en un contexto conflictivo, en el que la persona apela a sus seguidores en competencia con otras personas, cada una de ellas como concreción de determinados grupos o intereses sociales, más o menos contrapuestos. En este sentido, el liderazgo implica un cierto grado de libertad o posibilidad de opción por parte de los seguidores. "Por el contrario, el poder desnudo no admite competencia ni conflicto --no hay compromiso" (Burns, 1978, pág. 18).

Burns distingue dos tipos de liderazgo: el de intercambio y el transformador. En el liderazgo de intercambio, el líder simplemente ofrece a sus seguidores algo a cambio de algo: empleos a cambio de votos, privilegios a cambio de apoyo público, unos servicios a cambio de otros. En el liderazgo transformador, el líder reconoce las necesidades o demandas de sus seguidores a las que trata de satisfacer, pero trata sobre todo de llevar a sus seguidores a un nivel superior de necesidades y, por consiguiente, de comprometerles en un proceso de cambio.

A pesar de que Burns insiste en que el liderazgo resulta de la interacción de una serie compleja de procesos, pone un énfasis especial en los factores psicosociales, sobre todo en la medida en que el líder actúa en una red de motivos y valo

..

res. De ahí la importancia que Burns concede al liderazgo moral, que supone el compromiso recíproco de líderes y seguidores en el proceso de cambio a la búsqueda de una más adecuada satisfacción de las necesidades y valores de los seguidores.

El modelo de Burns sobre el liderazgo nos puede servir como un marco de referencia para examinar el liderazgo que Monseñor Romero ejerció en El Salvador durante los tres años de su arzobispado. Es imposible entender a Monseñor Romero fuera del contexto conflictivo que se vive en El Salvador a finales de la década de los setenta. El liderazgo de Monseñor Romero no fue algo que él buscara o pretendiera, al menos en un primer momento, sino que surgió como respuesta a la peculiar naturaleza y situación del pueblo salvadoreño. Un pueblo profundamente cristiano, aplastado por siglos de explotación deshumanizante, desgarrado por años de represión sangrienta, pero pujando con un increíble vigor por emerger a la historia y tomar en sus propias manos las riendas de su destino. Sólo frente a este pueblo salvadoreño, oprimido y luchador, cristiano y revolucionario, puede entenderse el liderazgo de Monseñor Romero. Ni los rasgos de su personalidad ni aún menos la naturaleza de su cargo eclesiástico permiten comprender el papel histórico desempeñado por Monseñor Romero en los tres últimos años de su vida; sólo la relación

..

..

dialéctica entre la vivencia personal de su cargo y las circunstancias del pueblo salvadoreño pueden explicar adecuadamente el poder real de orientación y dirección que Monseñor ejerció sobre ese pueblo.

2. DE MONSEÑOR ROMERO A MONSEÑOR.

Oscar Arnulfo Romero nació el 15 de Agosto de 1917 en Ciudad Barrios, un pequeño poblado al noreste de El Salvador. De cuerpo menudo, piel morena, y una personalidad tímida y recatada, Oscar fue educado según las normas tradicionales de la formación para el sacerdocio. Filosóficamente no recibió más doctrina que la escolástica y su teología, que estudió en la misma Roma, giraría alrededor del eje dogmático de los Concilios de Trento y Vaticano I. Incluso en su último período, la visión teológica de Monseñor Romero ofrecería una curiosa amalgama de elementos dogmáticos tradicionales e interpretaciones brotadas de una experiencia eclesial latinoamericana, totalmente nueva.

Tanto en su primer apostolado sacerdotal en San Miguel, como desde su consagración^{episcopal} en 1970, en su cargo de obispo auxiliar en San Salvador, primero, y de obispo titular en Santiago de María, después, nada o casi nada permitía predecir la labor del que luego sería Arzobispo de San Salvador. Cuando se le sacaba este tema, él solía decir con sencillez

..

que había surgido de una clase social humilde y que siempre había intentado mantener contacto con los sectores pobres del pueblo salvadoreño. Sin embargo, no eran ni sus orígenes ni sus contactos populares lo que caracterizaba la figura pública de Monseñor Romero antes de ser elegido Arzobispo. Por el contrario, era bien conocido por sus posturas doctrinalmente conservadoras, por sus contactos con la oligarquía salvadoreña y hasta por su identificación con el Opus Dei, un movimiento eclesiástico tradicionalista y políticamente ultraconservador. Más aún, como Obispo, Monseñor Romero se había visto enfrentado con los movimientos de avanzada eclesial, tanto religiosos como laicos.

Resulta difícil definir con precisión la personalidad de Monseñor Romero, sobre todo si se tienen en cuenta su proceso de conversión cristiana y la transformación que experimentaba como figura pública, especialmente cada vez que subía a su "cátedra" de la catedral capitalina. Sin embargo, ciertos rasgos aparecen como constantes a lo largo de toda su existencia. Podemos sintetizar estos rasgos en cuatro apartados: su constitución psicossomática, su funcionamiento intelectual, su vida emocional y sus esquemas de acción interpersonal. Psicossomáticamente, es bien sabido que Monseñor Romero poseía una débil salud y que en alguna ocasión recibió ayuda psicológica. Ya de Arzobispo la oligarquía intentó ha

..

cerle aparecer públicamente como un desequilibrado mental, aludiendo de una manera insidiosa a sus consultas en este área. Ciertamente, Monseñor había sufrido algunas crisis nerviosas y períodos de gran agotamiento psicosomático. Por ello resultó tanto más notable la inquebrantable salud de que gozó durante los tres años de su arzobispado y el sano equilibrio con que sobrellevó los ataques y presiones a que se le sometió durante ese período. Si sus enemigos acudieron a trastornos de tiempos pasados fue preciamente porque nada encontraban en su período como arzobispo que les diera base para sus acusaciones.

Monseñor Romero nunca fue un hombre que se sintiera totalmente seguro de su capacidad intelectual. Más bien, trataba de buscar apoyos que le permitieran mantener una postura firme. En sus primeros años, este apoyo lo logró aferrándose a la doctrina más tradicional y a las declaraciones de la jerarquía eclesiástica. De hecho, para Monseñor Romero siempre constituyó una verdadera necesidad intelectual el poder contar con el respaldo de citas o declaraciones que llevaran el sello de la autoridad constituida. Sin embargo, en sus años de arzobispado también buscó la luz entre técnicos y especialistas de cada área y, sobre todo, entre quienes sentía que trasmitían con sinceridad la voz y el sentir del

..

..

pueblo. En todo este proceder, Monseñor mostró una necesidad perentoria de la verdad, un auténtico anhelo por descubrir lo que fuera la realidad, sin adornos ni tapujos. No es que Monseñor fuera intelectualmente manipulable, como tanto le acusaron sus enemigos; es que buscaba infatigablemente la verdad, sin dejarse guiar por intereses creados ni fiarse de sus propias capacidades. De ahí que, poco antes de su muerte, pudiera proclamar públicamente que nadie podía acusar le de haber dicho una sola mentira a lo largo de su misión; y, de hecho, nadie pudo desmentirle.

Afectivamente, Monseñor Romero era un hombre con una gran capacidad para empatizar con los sentimientos ajenos. Gozaba tanto con la conversación chispeante como con el juego de los niños, y no era extraño verle en confianza haciendo observaciones socarronas. Por otro lado, sufría en carne propia las debilidades de su propio clero, las incomprensiones y bajezas de la oligarquía, de cuya amistad había creído gozar hasta antes de su arzobispado, pero, sobre todo, los ataques y desmanes continuos contra los pobres y humildes del pueblo salvadoreño. Todo ello le producía un verdadero sufrimiento que él trataba de asimilar en largas horas de silenciosa oración y que se convertía en fustigante cólera a la hora de la denuncia pública. Muy posiblemente esta capacidad de empatizar permitió a Monseñor Romero mantener esa última apertura hacia

..

..

las personas que alimentaba lo que algunos han llamado su "frescura ética", es decir, esa capacidad profunda de captar lo que de bueno hubiera en los acontecimientos más diversos y abrirse a ellos por encima de prejuicios e intereses.

En el círculo restringido de la amistad, Monseñor Romero se sentía libre para expresar con sencillez sus sentimientos, dando y recibiendo afecto. Sin embargo, Monseñor era más bien un hombre tímido para las relaciones interpersonales, y parecía mostrar una cierta cohibición en el trato. A lo largo de su vida trató de superar este grado de timidez apegándose a ciertos esquemas de comportamiento propios de su condición clerical, en los cuales encontraba apoyo para relacionarse a todos los niveles. Ahora bien, estas normas de comportamiento externo nunca llegaron a extremos de rigidez formal: Monseñor Romero fue siempre un hombre de formas sencillas y, para una mirada superficial, incluso de formas simples. Estas formas aumentaban la impresión de vulnerabilidad que ofrecía y que hacía que cualquier persona se sintiera como "autorizada" para dirigirse a él sin mayores protocolos.

En resumen, un breve análisis sobre los rasgos de la personalidad de Monseñor Romero nos manifiesta un hombre sencillo, inteligente aunque no brillante, relativamente tímido para el trato interpersonal, afable y cariñoso en círculos restrin

..

..

gidos, no muy seguro, pero abierto ante las demandas de la realidad, sobre todo respecto a su propia función sacerdotal. Estos rasgos de ninguna manera corresponden a la descripción más o menos implícita que de los grandes líderes se suele hacer y, sin duda ninguna, es una imagen difícil de compaginar con la imagen que se forma quien, sin haberlo conocido personalmente, supiera de su acción y predicación en los tres años de su arzobispado.

Es difícil entender el significado de la elección de Monseñor Romero como ARzobispo de San Salvador si no se aprecia, así sea someramente, el grave enfrentamiento existente en ese momento entre la iglesia arquidiocesana, por un lado, y el gobierno salvadoreño y la oligarquía, por otro. El conflicto tenía sus orígenes en el proceso de transformación de la iglesia católica desencadenado por el Concilio Vaticano II y concretizado para América Latina por la reunión del episcopado latinoamericano tenida en 1968, en la ciudad de Medellín, Colombia. Esta transformación puede sintetizarse en dos frases que señalan un cambio de orientación y un cambio de ubicación: el Vaticano II manifiesta que la Iglesia no es una institución para su propio servicio, sino para el servicio del "mundo"; Medellín concreta que este servicio ha de realizarse desde los pobres o en solidaridad con ellos (los pobres reales sociológicamente), por quienes la Iglesia ha de optar en preferencia.

..

..

El esfuerzo sincero propiciado por el predecesor de Monseñor Romero, Monseñor Chávez y González, para poner en práctica estas líneas directrices en la Arquidiócesis de San Salvador, produce un efecto social auténticamente subversivo. La religión y la religiosidad promovidas dejan de servir de sustento al sistema social establecido, que aparece en su pecaminosa naturaleza opresiva respecto al pobre. Al tomar partido por el oprimido, el clero empieza a desenmascarar todo el aparato ideológico que se ha servido de la religión para justificar situaciones vergonzantes de explotación humana. Esto lleva a un creciente conflicto que enfrenta a la oligarquía y sus servidores (el estado y todo su aparato institucional) con el pueblo y la comunidad cristianas.

A medida que avanza la década de los setenta, el conflicto entre iglesia católica y el orden social se va agravando. Cuanto más se extiende la aplicación práctica de las nuevas orientaciones eclesiales, más clara aparece la incompatibilidad entre la fe cristiana y el mantenimiento del sistema social opresivo imperante en El Salvador. El que el servicio de la Iglesia deba ser al mundo y no a sí misma, representa la superación de la dualidad tradicional entre el ámbito de lo secular y el ámbito de lo religioso. Como lo expresa la llamada teología de la liberación, la historia de salvación cristiana pasa por la salvación de la única historia que viven los se-

..

..

res humanos. Por ello, todo fenómeno histórico, político, social, adquiere significación a la luz de la fe. No existe, por tanto, un ámbito secular que escape a los ojos de la crítica cristiana. En nombre de Dios, la Iglesia denuncia la idolatría de las estructuras sociales salvadoreñas, que subordinan los derechos fundamentales de la población a los intereses particulares de unos pocos, así sea al abrigo de la ley civil. La fe cristiana deja de ser un asunto de sacristía para convertirse en un asunto vital, con implicaciones en todos los órdenes de la existencia.

El conflicto empieza a adquirir virulencia en el gobierno del entonces Coronel Molina. Por primera vez en la reciente historia de El Salvador, la Iglesia pasa de ser un pilar del sistema a convertirse en un molesto opositor institucional y, finalmente, en un abierto enemigo al que se acosa y persigue. La persecución contra la Iglesia empieza a tomar cuerpo, primero en ataques ideológicos a través de los medios de comunicación, luego con abiertas campañas de difamación, y finalmente con la aplicación de la violencia física: el amedrentamiento, la expulsión, la tortura, el asesinato. Comunidades e instituciones vinculadas con la Iglesia comienzan a sentir el peso de la agresión oligárquica a través del aprisionamiento y maltrato a personas, las calumnias en los medios de comunicación, o sencillamente los atentados dinamiteros contra las

..

..

instalaciones físicas. El mismo Monseñor Chávez no escapa al conflicto, y es acusado de permitir y aun promover las "prédicas comunistas" y de estimular la violencia de las organizaciones campesinas.

Más allá de casos particulares o individuales, el enfrentamiento entre el sistema opresor y la comunidad cristiana, entre la oligarquía y el pueblo salvadoreño, entre el gobierno y las emergentes organizaciones populares, muestra la incompatibilidad de la organización social imperante en El Salvador con las exigencias últimas de la fe cristiana. De ahí que la Iglesia católica viva una perenne contradicción entre la fe que promueve, que lleva a los creyentes a combatir contra toda injusticia e idolatría, y los intereses de la institución eclesiástica, que lleva a sus dignatarios y representantes oficiales a buscar componendas con los poderes establecidos. Esta contradicción se hizo más patente que nunca tan pronto empezó la persecución en El Salvador; mientras las comunidades cristianas de base se sentían más y más obligadas por su fe a denunciar y combatir la opresión y la represión, las autoridades religiosas tendían a calmar los ánimos y a restablecer la "armonía" con el poder político y económico. Se entiende así la importancia y significación que adquirió en este contexto la designación de un nuevo Arzobispo para San Salvador, cabeza indiscutible de la iglesia salvadoreña.

..

El candidato obvio y normalmente automático era el entonces Obispo auxiliar de San Salvador, Mons. Arturo Rivera y Damas, quien desde 1960 había trabajado junto a Mons. Chávez y conocía perfectamente la situación, problemas y objetivos de la arquidiócesis. Sin embargo, Mons. Rivera, intelectual y recatado en todas sus actuaciones, era considerado como un partidario de la línea demócrata cristiana, ubicada en aquel entonces en la oposición política, y calificada por la oligarquía más vociferante como "criptocomunismo". Descartados sin ninguna vacilación otros posibles obispos candidatos, tanto por razones psicológicas como por razones pastorales, no quedaba otra alternativa que la de Mons. Romero, obispo entonces de Santiago de María. Mons. Romero, que también había sido con anterioridad obispo auxiliar de San Salvador, era el candidato "natural" del poder establecido, tanto de la oligarquía como del gobierno de turno del Coronel Molina.

Mientras desde las esferas del poder se presionaba al Nuncio papal y a Roma para que nombraran a Mons. Romero, la casi totalidad del clero arquidiocesano se pronunciaba abiertamente por Mons. Rivera. Había una patente oposición a la candidatura de Mons. Romero, quien se había mostrado hostil a los movimientos generados con el Vaticano II y Medellín. Así, cuando desde Roma llegó la notificación de que la elección había recaído en él, un fuerte desánimo cundió entre el clero y comunidades

..

..

más "progresistas", precisamente el sector de la iglesia que había recibido más fuertemente el embate de la represión y de la persecución. La designación de Romero parecía expresar un rechazo o, al menos, un no apoyo de Roma a la línea pastoral seguida por la arquidiócesis, un alinearse casi explícitamente con los poderosos y, por consiguiente, una solapada justificación a la persecución contra la iglesia de los pobres. Todo esto era grave y marcaba a Mons. Romero con el es tigma de la imposición antipopular.

Mons. Romero cayó desde un comienzo en la cuenta del signifi cado de su elección y de la hostilidad hacia él de la gran ma yoría del clero arquidiocesano. Tratando de salvar esta distan cia, el 21 de febrero de 1977, un día antes de su instalación como Arzobispo y un día después de la elección fraudulenta del General Romero como presidente del país, escribe una carta a todos los sacerdotes de la arquidiócesis. En la carta, notoria por su estilo sencillo y directo, Mons. Romero se pone in condicionalmente a las órdenes de todos los sacerdotes e indi ca su disposición de estar abierto al diálogo con ellos siempre y en todo momento. Aunque la carta fue recibida con cier to escepticismo, era un buen signo formal. De alguna manera ese signo empezó a recibir espíritu al día siguiente, cuando Mons. Romero decidió tener el acto de instalación con una cere ...

..

monia sencilla y sin representantes del poder civil.

Unos días después, el 28 de febrero, las fuerzas del orden público penetran violentamente en una plaza de San Salvador, donde partidarios de la oposición política estaban pacíficamente reunidos, en protesta continua por el reciente fraude electoral. La matanza realizada en ese momento y a lo largo de todo el día por las fuerzas militares fue de grandes dimensiones. Cálculos conservadores elevan la cifra de muertos al medio centenar. En cualquier caso, era una muestra evidente de la decisión del poder establecido de no aceptar ningún tipo de protesta o movimiento popular. Pero constituía también un hecho ante el que la iglesia tenía que adoptar una postura, ya que resultaba imposible ignorarlo. Así, el 5 de marzo, la Conferencia Episcopal de El Salvador emitió un pronunciamiento en el que los obispos salvadoreños denunciaban los recientes hechos de violencia pero, sobre todo, denunciaban las causas estructurales que propiciaban cada vez más este tipo de sucesos. Como una triste confirmación de la denuncia episcopal, el 12 de marzo, apenas una semana después, fuerzas mercenarias asesinaban al P. Rutilio Grande, S.J., y a dos acompañantes campesinos cuando se dirigían a celebrar misa en el pueblito del Paisnal, en la zona cañera de Aguilares.

El asesinato del P. Grande, hombre de gran moderación y profundo espíritu religioso, identificado con los sufrimientos del

..

campesino aunque siempre abierto al diálogo con todos, y amigo personal de Mons. Romero, fue sin duda el hecho crucial que desencadenó su transformación, la conversión religiosa que haría de Monseñor Romero un líder de su pueblo. Desde el momento de su nombramiento como Arzobispo, hechos a cual más grave se habían sucedido en El Salvador, tanto desde el punto de vista político como desde la perspectiva religiosa. Sin embargo, ninguno de ellos afectó tan profundamente a Monseñor Romero como el asesinato de Grande. El mismo reconocería a menudo que fue la sangre del P. Rutilio la que induciría en su espíritu una profunda crisis que resolvería a través de su creciente identificación con el Dios de Jesús, vivo en los pobres de El Salvador.

No existe un acuerdo entre los psicólogos sobre el fenómeno de la conversión religiosa. En sus famosas conferencias de Gifford en 1901-1902, William James (1902, ^{/1958,} pág. 157) definía la conversión como "el proceso, gradual o repentino, por el que una persona hasta entonces dividida interiormente y conscientemente equivocada, inferior y desdichada, logra su unidad y se vuelve conscientemente acertada, superior y feliz mediante un dominio más firme de las realidades religiosas". Se discute si la conversión debe limitarse al cambio repentino o también la transformación gradual puede llamarse adecuadamente conversión; se discute, por otra parte, el papel de la voluntad, es decir, en

..

..

qué medida la conversión puede ser intencionalmente buscada o es más bien el fruto de factores inconscientes y ajenos a la voluntad consciente del individuo. Sin por ello pretender tomar partido en la discusión, parece claro que la conversión de Monseñor Romero fue un caso en el que el proceso de transformación fue relativamente rápido y en el que, al menos en un principio, no hubo por su parte una búsqueda intencional del cambio.

Existe más coincidencia entre los autores con respecto al proceso mismo de la conversión religiosa. Se suelen distinguir en él tres etapas o períodos, así como una fase ulterior de asentamiento (ver Clark, 1958, págs. 193ss.). En el primer período, el convertido pasaría por una fase de inquietud y cuestionamiento conflictivo. En el segundo período, la persona enfrentaría la crisis de conversión, por lo general experimentada como una gran iluminación repentina así como un sentimiento de claridad respecto a los problemas y dudas. La tercera etapa se caracterizaría por un sentimiento interno de paz y armonía. En el período ulterior de asentamiento, el convertido desarrollaría una actividad concorde con su nueva visión religiosa, fortaleciendo (o no) los nuevos esquemas.

No pretendemos reconstruir aquí todos los aspectos de la conversión religiosa de Monseñor Romero -tarea que requiere un análisis muy profundo y detallado/ ^{(ver Monseñor, 1980).} Sin embargo, una primera

..

aproximación parece confirmar que Monseñor Romero pasó por estas etapas. Independientemente de aquellos factores que predispusieran a Monseñor Romero a una transformación, podemos ubicar la etapa de su conflicto interior en el período alrededor de su nombramiento como Arzobispo de San Salvador. El rechazo del clero arquidiocesano, más que a su persona misma, a su postura religiosa y política, tuvo que hacer impacto en su espíritu. No menos le había de impactar el espectáculo de la persecución a la Iglesia, precisamente por aquellas fuerzas sociales y políticas que propiciaron su candidatura al arzobispado. En última instancia, la creciente violencia de los poderes establecidos contra el pueblo humilde, principalmente contra el campesinado, era un elemento que hubo de cuestionar muy a fondo sus principios religiosos, sobre todo en la medida en que esos principios parecían justificar esa persecución y agresión represiva. Las dudas y conflicto interior empiezan a aparecer en las primeras actuaciones de Monseñor Romero como Arzobispo, y surgen todavía con mayor fuerza a propósito del documento episcopal del 5 de marzo, documento hacia el que Monseñor experimenta una gran ambivalencia: tan pronto siente que es necesario como que es contraproducente, que es oportuno como que es inoportuno, que es una exigencia de la función pastoral como que representa un salirse de la tarea propiamente religiosa.

..

..

El asesinato del P. Grande supuso para Monseñor Romero el desencadenamiento de la etapa de crisis. No parece que esta crisis fuera un proceso repentino, en el sentido de producirse en un lapso muy corto de tiempo. Pero no cabe duda --y el mismo Monseñor Romero lo solía confirmar-- que el proceso de conversión encontró su eje crítico en este lamentable acontecimiento. Monseñor Romero conocía bien al P. Grande, con quien le unía una lejana amistad. Sabía, por un lado, que era un hombre profundamente religioso e identificado con la iglesia, ante la que siempre mostraba una incondicional obediencia; sin embargo, sabía también que Rutilio llevaba adelante uno de los planes pastorales más consecuentes con la nueva dirección marcada por Medellín y que tanto estos planes como los planteamientos teológicos en que se apoyaban diferían notablemente de los suyos propios.

El asesinato del P. Grande representaba una verdadera bomba en el espíritu ya agitado de Monseñor. Había varias cosas que este asesinato ponía en evidencia. Ante todo, no cabía duda alguna sobre el carácter profundamente cristiano y sacerdotal del P. Rutilio y, por consiguiente, sobre la naturaleza martirial de su asesinato. Este punto es importante, ya que cerraba de antemano la visión ideológica de que Rutilio muriera por razones ajenas a su apostolado --como calumniosamente sus asesinos trataron de insinuar. En ningún momento podía

..

..

Monseñor dudar sobre lo que hacía Rutilio, a quien tan íntimamente conocía. En segundo lugar, era claro quiénes lo habían asesinado: aquella misma oligarquía con la que tan estrechamente Monseñor había alternado hasta entonces y que se decía amiga suya. Pero, en tercer lugar, aparecía muy claro por qué lo habían matado. Desde la perspectiva de Monseñor, el P. Rutilio había sido asesinado por haber desarrollado una actividad consecuente con las exigencias eclesiales manifestadas en Medellín optando por los pobres. Finalmente, aparecía también clara la justificación religiosa tras la que se amparaban los asesinos, que era la misma tras la que se amparaba toda la persecución contra la iglesia y contra el pueblo salvadoreño en general: una religión espiritualista y de sacristía, doctrinaria y desencarnada, precisamente la misma visión religiosa que hasta entonces él había mantenido con tanta convicción.

Todos estos elementos produjeron una verdadera crisis en el espíritu de Monseñor, tanto más profunda cuanto que afectaba los principios básicos en que se asentaba toda su vida. Pero estos elementos aportaban también una respuesta clara a las dudas y confusión en que le habían sumido los últimos acontecimientos. La respuesta representaba un desenmascaramiento de la verdadera naturaleza de cierta concepción religiosa, tras la que se ocultaba la acción pecadora de estructuras opresivas y, en última instancia, la idolatría

..

..

del dinero y la propiedad privada. El desenmascaramiento era tanto más completo cuanto que Monseñor pudo experimentar sin ningún lugar a dudas la falsedad de las instancias oficiales, que prometían investigar a los asesinos de Rutilio, pero ocultaban a los culpables, afirmaban la voluntad de la justicia, pero seguían agrediendo a todo aquel que siguiera la ruta del P. Grande o simplemente manifestara su identificación religiosa con él.

No podemos afirmar si, tras la agitación crítica de este período, Monseñor experimentó esa sensación de paz que indican los psicólogos como tercera etapa de la conversión. Y no lo podemos afirmar porque^a la muerte de Rutilio siguió un ininterrumpido rosario de agresiones al pueblo y a la comunidad cristiana que no dieron descanso alguno a Monseñor. Sin embargo, hay indicios claros de que así fue. Uno de ellos es la firmeza^y tanquilidad con que sobrellevó Monseñor el conflicto que le enfrentó al Nuncio del Papa como consecuencia de alguna de las decisiones adoptadas a partir del asesinato de Rutilio. La importancia de este conflicto sólo se entiende si se cae en la cuenta de la devoción y sumisión que Monseñor experimentaba hacia la jerarquía eclesiástica y expresamente hacia el Papa. El otro indicio es el hecho, ya anteriormente aludido, de que Monseñor, hasta entonces considerado un hombre con una débil salud corporal y cierta vulnerabilidad psíquica, nunca

..

..

más en el resto de su vida mostró el más leve indicio de agitación mental, desequilibrio emocional e incluso de seria enfermedad corporal.

Las decisiones adoptadas como consecuencia de la muerte de Rutilio con el apoyo mayoritario y deliberante del clero arquidiocesano fueron posiblemente claves para afirmar la conversión de Monseñor, tanto por lo que representaban en sí mismas de toma de postura pública como porque tuvo que defenderlas contra fuertísimas presiones de todos los poderes establecidos: económicos (sus anteriores amigos), políticos (el gobierno que había promovido su candidatura) y religiosos (los otros obispos más el representante papal, quien había sido clave para su nombramiento como arzobispo). Dos fueron principalmente las decisiones: una, cerrar todas las escuelas católicas durante tres días; otra, el no celebrar el domingo más que una sola misa en la arquidiócesis, como signo visible de unidad y protesta contra la persecución a la iglesia. Pero, además, estas decisiones dieron la oportunidad a Monseñor de interactuar con el conjunto del clero arquidiocesano que, de ahí en adelante, sentirá que Monseñor abrió el camino a una dirección dialogal y honestamente corresponsable del trabajo pastoral. Este mismo proceso se produciría a otro nivel con los grupos de seculares cristianos, cuyo consejo y opinión Mon-

..

..

señor empezó desde entonces a tener muy en cuenta. Así, el proceso de conversión de Monseñor Romero se solidificaba en la medida en que generaba una estructura social coherente, flexible y responsable, que fortalecía y propiciaba tanto la claridad en las ideas teológicas como la firmeza en las acciones pastorales.

Se perdería de vista el motor principal de la conversión de Monseñor si no se mencionara al pueblo salvadoreño mismo. No se trata aquí de un recurso retórico para magnificar su figura. Tampoco se pretende contradecir el que fuera el asesinato del P. Grande el desencadenante de su crisis de conversión. Pero parece evidente que fue el continuo contacto de Monseñor con el mismo pueblo lo que afianzó más su conversión y le llevó a profundizar cada vez más su nueva vivencia de fe y su actuar en consecuencia. Bien fuera a través de su continua movilización por barrios, pueblitos, cantones y caseríos, o en su política de puertas abiertas en su oficina del Arzobispado, el hecho es que desde entonces Monseñor inicia una etapa, ya nunca interrumpida hasta su muerte, de continuo contacto con el pueblo. Lo que el pueblo aporta a Monseñor es la denuncia irrefutable de sus sufrimientos, de la opresión y represión que se ejerce contra él desde el poder, pero también de su fe sincera, de su ánimo comunitario, de su voluntad de dar la vida en testimonio cristiano. El

..

..

pueblo supondrá así un continuo refuerzo a la acción de Monseñor, quien se sentirá alimentado y respaldado por una cada vez más numerosa comunidad popular cristiana. Desde entonces, por encima de fronteras diocesanas, Monseñor Romero empezará a ser para el pueblo cristiano y aun para todo el pueblo salvadoreño "Monseñor", sin más especificación. En otras palabras, empezará a ser su líder.

3. EL LIDERAZGO DE MONSEÑOR.

Hemos señalado con anterioridad que el liderazgo sólo se puede entender referido a una situación e historia concretas. El liderazgo de Monseñor fue un liderazgo respecto al pueblo salvadoreño, que encontró en él al hombre que asumió sus necesidades pero que le orientó hacia su superación. En la terminología de Burns, un liderazgo transformador. En este sentido, podemos entender el liderazgo de Monseñor bajo la perspectiva de tres necesidades esenciales del pueblo salvadoreño: su carencia de voz, su desunión y su angustiosa situación de opresión.

Ante todo, su carencia de voz. El pueblo salvadoreño no tenía forma de hacerse oír, no ya en la toma de decisiones respecto al futuro del sistema social salvadoreño, pero ni siquiera a través de los diversos medios de comunicación, to-

..

..

talmente en manos de los intereses dominantes. Para este pueblo no mudo, sino silenciado, Monseñor supuso una voz propia, veraz y poderosa. Monseñor fue voz de los sin voz y, simultáneamente, profeta del Dios cristiano.

En segundo lugar, el pueblo salvadoreño se encontraba desunido. La misma ley prohíbe la asociación de la mayoría del pueblo salvadoreño, que es el pueblo campesino. Pero incluso los conatos de organización popular más moderados, como los movimientos cooperativistas, y más todavía cualquier tipo de movimiento sindicalista, por limitado que fuera, enfrentaban la persecución sistemática, concretada en el despido laboral, el hostigamiento y aun el mismo asesinato. La figura de Monseñor sirve para propiciar la unidad de los sectores más diversos del pueblo salvadoreño. No es sólo que las comunidades cristianas sirvan frecuentemente de trampolín para la agrupación sociopolítica -fenómeno que ya empezaba a tener lugar con anterioridad al período arzobispal de Monseñor. Es que Monseñor atrae hacia la unidad comunitaria a los individuos más dispersos y, al atraer a las comunidades hacia sí, hace posible un vínculo intercomunitario, global. En este sentido, Monseñor fue líder como auténtico unificador social.

Finalmente, la situación del pueblo salvadoreño es una situación de increíble explotación y opresión social. Frente a

..

..

ella, Monseñor orienta y dirige hacia el cambio profundo que, ^{un cambio} para ser en verdad cristiano, tiene que ser histórico, es decir, real; tiene que ser un cambio que realmente tenga lugar en las estructuras económicas y sociales del país, aunque también en los espíritus de las personas y grupos. En este sentido, Monseñor será un verdadero símbolo para la revolución en El Salvador.

3.1. Monseñor como profeta social.

Los principales medios de comunicación social salvadoreños constituyen uno de los instrumentos más serviles que posee la oligarquía. Al amparo de una interesada libertad de expresión, no sólo criban y seleccionan aquella información que beneficia inmediatamente los intereses dominantes, sino que incluso deforman, falsean y hasta calumnian impunemente a todo grupo o acción que contradiga esos intereses. Así, el pueblo ni encuentra en ellos un canal para sus problemas y aspiraciones, ni tampoco una fuente de información objetiva sobre la realidad.

Monseñor Romero era plenamente consciente de esta parcialización: "la corrupción de la prensa forma parte de nuestra triste realidad, revela la complicidad con la oligarquía" / (Sobrino y otros, 1980, pág. 443), diría en una entrevista con Prensa Latina. Por ello promovió con tanta fuerza los medios de comunicación de la arquidióce-

..

..

sis, la emisora YSAX y el semanario "Orientación". Pero en parte también por ello (fundamentalmente por razones teológicas más profundas) incluyó en su homilía dominical una detallada información sobre los hechos más relevantes del país, precisamente aquellos hechos que los medios de comunicación celosamente ocultaban o desfiguraban. De esta manera, la homilía de Monseñor se va convirtiendo paulatinamente en el canal por el que se expresan los sufrimientos y alegrías del pueblo salvadoreño, su dolor y su esperanza, su fe y su protesta. Incluso la prensa internacional reconoce implícitamente que las homilías de Monseñor constituyen la mejor, cuando no la única fuente veraz y fidedigna de información sobre lo que realmente ocurre en el país.

Junto a la información, siempre ponderada a la luz de la historia y de la fe, Monseñor eleva su voz de denuncia contra los responsables del mal. Al hacerlo así, Monseñor no se queda en el señalamiento del síntoma, sino que apunta a sus causas. Y las causas del mal en El Salvador, que Monseñor interpreta teológicamente como pecado, son causas estructurales, fundamentalmente la desigualdad social y la injusticia económica, mantenidas incluso con la violencia de las armas. Con insobornable libertad y gran valentía, Monseñor va nombrando uno tras otro a los responsables del mal que impera en El Salvador / (ver Sobrino, 19) Ante todo, a la oligarquía del dinero, responsable última de

..

la estructura de injusticia y de la negativa al más mínimo cambio, así como al ejército y a los cuerpos de seguridad, principales mediadores del egoísmo e intransigencia oligárquicas, y responsables inmediatos de las formas represivas más inhumanas. Monseñor levanta también su voz contra los poderes político y judicial, al menos en lo que toca a su autonomía, que no es mucha, y no duda en apuntar su dedo contra el mismo imperialismo norteamericano, corresponsable tan importante, y más en los últimos períodos, de los males que aquejan a El Salvador. Finalmente, Monseñor no teme levantar su voz acusadora contra la misma religión, en la medida en que ha servido para amparar y justificar en nombre de Dios la injusticia y la opresión.

No es que Monseñor ignore los errores que, desde su perspectiva, también cometen las organizaciones populares. No sólo no los ignora, sino que con frecuencia los señala y critica en sus homilías. Pero sabe que esos errores se sitúan a un nivel radicalmente distinto que las injusticias de los poderosos, con las que en ningún momento se pueden equiparar. Una de las oportunidades en que esta distinción aparece más clara es en la homilía que Monseñor dedica a comentar las ocupaciones de templos por parte de las organizaciones populares (el domingo, 2 de septiembre de 1979). Tras reprochar a las organizaciones por su irrespeto al sentimiento religioso del pue-

..

..

blo creyente, indica que peores son las ocupaciones de las autoridades militares, que han profanado diversos templos, y remite la culpa última de todos estos hechos a las autoridades políticas que han cerrado los espacios naturales para la acción política popular, así como acusa también a los medios de comunicación, que cierran sus canales a la expresión del pueblo y sus organizaciones. Y sobre todo Monseñor, siguiendo el ejemplo de Jesús, condena el irrespeto del templo vivo de Dios que, para el creyente cristiano, son las mismas personas.

Esta actividad de Monseñor hace de él un verdadero profeta, algo de lo que él mismo se va volviendo paulatinamente consciente. Monseñor asume esta conciencia no como una característica individualmente distintiva, sino como expresión verbal de la conciencia crítica que se va formando en el pueblo. "Nunca me he sentido profeta en el sentido de único en el pueblo, porque sé que ustedes y yo, el pueblo de Dios, formamos el pueblo profético" (homilía del 8 de julio de 1979). Más allá del sentido teológico que tiene el carácter profético de la palabra de Monseñor, ser portador de la palabra de un pueblo tiene una esencial dimensión psicosocial: la de constituirse en conciencia y, en cuanto tal, en expresión de la identidad de un pueblo. Monseñor, a través de sus homilías, se convierte en conciencia del pueblo, reflejo crítico de su

..

..

identidad, de lo que ese pueblo hace y sufre, de sus esperanzas y sufrimientos, de sus dolores y progresos. En este sentido, Monseñor lidenó al pueblo salvadoreño sirviéndole de conciencia, voz que reflejó su ser y lo llamó hacia lo que debía llegar a ser.

3.2. Monseñor como unificador social.

Todo proceso de cambio social requiere determinados niveles de unión y organización. El sistema de opresión secularmente vigente en El Salvador se ha apoyado precisamente en una explotación de clase que ha mantenido a los sectores dominados aislados y desunidos. Tanto a nivel legal, con prohibiciones y limitaciones expresas a la organización de los grupos campesinos y proletarios, como a nivel factual, mediante el despido laboral, el acoso policial y aun el uso de la violencia física en todos sus grados, la clase dominante no ha permitido que la clase dominada, el pueblo salvadoreño, pudiera lograr formas de organización capaces de defender sus intereses de clase. Es más, el favoritismo individualista, el espejismo del ascenso a través de la competencia individual y, en definitiva, todos los mecanismos ideológicos de promoción particular y privada terminaron de cerrar el ámbito ^{psicosocial} que podría permitir que la clase dominada salvadoreña pasara, según la terminología clásica, de ser una clase en sí a ser una clase para sí.

..

En varias oportunidades el pueblo salvadoreño ha tratado de emerger a la historia como sujeto de su propio destino. Sin duda, la oportunidad más conocida fue el famoso intento de 1932, que terminó con la matanza de por lo menos siete mil personas (Anderson, 1971) y, más probablemente, de treinta mil personas (Montes, 1979a), en su mayoría campesinos indígenas, así como con la destrucción sistemática de cualquier organización popular. El fantasma del 32 ha bloqueado psicológicamente muchos anhelos individuales de organizarse, incluso la conciencia apremiante de su necesidad, así como ha servido a los dominadores de justificación para cortar desde sus raíces cualquier conato de unión popular. Con todo, la década de los setenta ha visto un resurgir incontenible de los grupos populares tanto en el campo como en la ciudad y, lo que es más sorprendente, no sólo a nivel del proletariado sino incluso en ciertos sectores que bien pueden calificarse como lumpenproletariado.

No menos desunida que el pueblo en general se encontraba la comunidad cristiana de El Salvador. Había desunión en casi todos los órdenes y a casi todos los niveles, ya que los actos de culto apenas representaban un pasajero juntarse más o menos periódicamente, y las organizaciones religiosas, asociaciones de caridad o cofradías no representaban más que núcleos de actividad secundarios cuando no positivamente enajenantes. Por ello, la renovación de la vida comunitaria propiciada

..

por el Vaticano II y Medellín, el surgimiento y multiplicación de las comunidades de base, tanto en los sectores urbanos como en pueblos y cantones rurales, supone un movimiento inusitado de organización popular con sentido cristiano que ha de tener una honda repercusión en todos los ámbitos de la vida social, incluso el económico y político. Es un hecho que muchos de los primeros y aun de los mejores cuadros que han ido promoviendo y vitalizando las organizaciones populares han surgido de las comunidades cristianas de base u otros movimientos eclesiales.

Frente a esta emergente tendencia unificadora del pueblo salvadoreño, Monseñor Romero desempeñó un verdadero liderazgo sirviendo de aglutinador tanto a nivel cristiano como a nivel sociopolítico. Ya desde el comienzo de su arzobispado, durante el período de su conversión, Monseñor acude en busca de diálogo, consejo y apoyo al clero arquidiocesano, a los sectores laicos más cercanos y comprometidos, a todos aquellos especialistas, cristianos o no, cuya ciencia o experiencia le puedan servir para tomar decisiones más racionales y constructivas o enfrentar los problemas con mejores probabilidades de éxito. Poco a poco se va formando alrededor de Monseñor una serie de círculos concéntricos donde la cercanía viene determinada por la función y capacidad de cada uno, así como por

..

..

diversos grados de identificación cristiana. Esto no quiere decir que el círculo más cercano lo constituyeran dignatarios eclesiásticos o que los círculos menos cercanos no tuvieran acceso a Monseñor. Quiere decir que Monseñor unificaba a todos consigo respetando a cada uno en su puesto, en su papel cristiano, en su labor social. Era frecuente ver en el círculo más próximo de Monseñor tanto a un abogado como a un dirigente campesino, a un sacerdote como a una secretaria, a una religiosa o a un profesor. Y no era raro ver a Monseñor interrumpir la reunión más importante a fin de saludar a un campesino que le venía a obsequiar unas piñas o a atender a una mujer que venía a denunciar la captura o el asesinato de su esposo por los cuerpos de seguridad.

Es importante subrayar que esta unificación cristiana alrededor de Monseñor no se limita a la comunidad arquidiocesana; clero y fieles de toda la república empiezan a aproximarse a él (materialmente o por escrito) y a reconocerle como la verdadera cabeza de la iglesia salvadoreña. La incapacidad intelectual y pastoral de la mayoría del episcopado salvadoreño hace que los cristianos de todo El Salvador busquen en Monseñor a su verdadero guía y pastor, por encima de divisiones eclesiásticas. La homilía dominical de Monseñor es escuchada en toda la república (y aun en Honduras y Guatemala, primero, y, durante un tiempo, en otros muchos países latinoamericanos

..

..

que la sintonizan a través de onda corta) y el pueblo cristiano reconoce en esa palabra veraz una auténtica palabra de Dios.

En un momento determinado, la oligarquía salvadoreña pretende fabricarse un "profeta" a su medida para contraponerle a Monseñor. Así, a través de un gran despliegue publicitario, empieza a promover las homilías dominicales de otro obispo y trata de vender la imagen del "obispo sencillo y fiel" frente al "obispo descarriado y comunista". Quizá nunca en la historia de El Salvador ha aparecido con tanta claridad la vergonzante manipulación que el dinero puede ejercer sobre un dignatario eclesiástico. Las homilías y las declaraciones del "obispo bueno" no sólo reflejaban una profunda pobreza intelectual, teológica y pastoral, sino que (lo que es peor todavía) suponían la pretendida consagración eclesial de las calumnias y difamaciones que contra la iglesia misma la oligarquía salvadoreña difundía en sus campañas millonarias. Esta campaña de pseudocompetencia episcopal produjo efectos contrarios a los que deseaban sus promotores; los cristianos se volvieron más y más a Monseñor Romero. El contraste sólo sirvió para resaltar la veracidad y calidad cristiana de su palabra, frente a la doblez y pobreza de aquel a quien pretendieron erigir en su contrincante. Así, la campaña oligárquica sir-

..

..

vió para que Monseñor reafirmara más que nunca su liderazgo cristiano.

Ahora bien, el liderazgo de Monseñor empieza a desbordar, poco a poco, las fronteras confesionales. Precisamente porque Monseñor desempeña una labor no para la iglesia, entendida reductivamente, sino para todo el pueblo, el pueblo empieza a volverse hacia él. La voz de Monseñor no es una voz simplemente eclesiástica; es, más bien, la voz del pueblo que resuena a través de un hombre de iglesia. Las homilias de Monseñor no constituyen un mirarse a sí misma de la iglesia, sino un mirar de la iglesia hacia el mundo, a fin de recoger sus pecados y necesidades, sus sufrimientos y esperanzas. Monseñor llama, no sólo a los cristianos, sino al pueblo entero a su conversión; la palabra de Monseñor tiene la virtud de convocar a todos los hombres salvadoreños, por encima de la fe y de las prácticas religiosas. Así, poco a poco al principio, masivamente después, el pueblo oye la convocatoria de Monseñor, escucha su palabra, y empieza a poner en él sus ojos como fuente de inspiración y modelo de acción. En otras palabras, se empieza a producir ese fenómeno tantas veces analizados por el psicoanálisis de la identificación entre un líder y sus seguidores (Freud, 1921/1972).

Monseñor no sólo se constituye en el aglutinador de la comunidad cristiana, sino también en el polo unificador del pueblo

..

salvadoreño en general, sobre todo del pueblo oprimido. En buena medida esta unificación tiene lugar como resultado de la conciencia popular que Monseñor hace posible a través de su voz y su palabra, de su información y de su reflexión, de sus reprimendas y de su ánimo. Pero, primero y fundamentalmente, Monseñor se convierte en fuente de unión, cristiana y popular, mediante la proposición de un horizonte y de una tarea: el horizonte utópico es la construcción del Reino de Dios en esta tierra; la tarea es encontrar en cada momento las mediaciones históricas, las formas concretas para ir avanzando en ese camino de la construcción utópica. A Monseñor nunca le bastaba con denunciar los males, el pecado, la persecución, la represión, la injusticia; Monseñor anunciaba la conversión, la transformación, las tareas que había que ir arremetiendo. Monseñor pedía cambios, pedía acciones, señalaba caminos, indicaba formas. Sin sentirse científico social o político, nunca dudó en señalar aquellas acciones o políticas que considerara como más necesarias en un momento determinado a fin de propiciar una sociedad más justa, tanto en los aspectos importantes como en los pequeños detalles.

Más en concreto, la tarea propuesta por Monseñor se apoyaba en el respeto incondicional a los derechos humanos fundamentales, que son primero y sobre todo los derechos del pueblo. Al tomar estos derechos colectivos como la piedra angular de

..

..

su denuncia y de su anuncio, Monseñor propicia la conscientización del pueblo salvadoreño sobre su propia situación, sobre su presente y su futuro, sobre lo que es y lo que debería ser. En este sentido, Monseñor es fuente y estímulo para la concientización popular e, incluso, para la concientización de muchos miembros del ejército y de los cuerpos de seguridad, que se sentían profundamente cuestionados y juzgados por la palabra de Dios oída a través de Monseñor. La concientización popular aboca connaturalmente a la organización para la acción que permita superar aquello que se rechaza como inaceptable e injusto. Más aún, el mismo Monseñor estimuló expresamente la unidad popular, defendió hasta las últimas consecuencias el derecho inalienable del pueblo salvadoreño, obrero y campesino, a constituir sus propias organizaciones, e incluso incitó a una progresiva unidad entre las diversas fuerzas y agrupaciones populares, tanto revolucionarias como democráticas. Por ello vió con tanta ilusión la aparición de la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), auténtica federación de organizaciones populares, así como las alianzas y vínculos de la CRM con otros grupos políticos (por ejemplo, con el partido social demócrata, el Movimiento Nacional Revolucionario) o con otros grupos de los sectores medios (por ejemplo, el Movimiento Independiente de Profesionales y Técnicos de El Salvador, MIPTES).

Esta profunda labor aglutinadora de Monseñor, su innegable es-

..

..

tímulo a la unificación de las diversas fuerzas populares, su promoción de la conciencia del pueblo respecto a sus propios derechos, es decir, respecto a su propia identidad, nos permiten entender este aspecto del liderazgo de Monseñor como una tarea fundadora del pueblo salvadoreño en cuanto tal. La afirmación puede parecer un tanto presuntuosa, pero no lo es. En realidad, la afirmación de que la identidad de un pueblo la dan unas fronteras geográficas o una supuesta cultura común constituye una ingenuidad o una afirmación ideológicamente engañosa. Ni las fronteras tienen esa capacidad configuradora (sin negar su indudable influencia) ni existe algo así como una cultura homogénea, común a todos los sectores y miembros de una sociedad --y menos en una sociedad tan radicalmente dividida como la salvadoreña.

La palabra y la acción de Monseñor, precisamente porque potencian la conciencia del pueblo salvadoreño sobre sí mismo, sobre su identidad sufriente, sobre su derecho inaliabable, no sólo a la vida, la salud y la educación, sino a determinar su futuro como sujeto de su propia historia, son sin duda uno de los fundamentos más concretos en que se apoya de hecho la unidad popular de los diversos sectores del pueblo salvadoreño, es decir, uno de los pilares de su emergencia a la historia como pueblo en sí y para sí. Con esto no se pretende afirmar ni que toda la unidad lograda por el pueblo salvadoreño se deba a

..

..

Monseñor, ni que su creciente realidad de pueblo consciente y activo haya brotado de sólo su palabra. Pero es indudable que, en buena medida, la figura y la obra de Monseñor han constituido uno de los aportes claves para estos logros y, en este sentido, tanto o más que nadie puede reivindicar el título de fundamento del pueblo salvadoreño. El que la sola mención de su nombre desate profunda emoción y entusiasmo entre los grupos populares más diversos es simplemente una confirmación de lo arraigada que su imagen ha quedado en la conciencia colectiva del pueblo organizado.

3.3. Monseñor como símbolo revolucionario.

La tercera y más importante característica que hemos señalado en el pueblo salvadoreño es su situación estructural de opresión además de la creciente represión a la que se ha visto sometido desde 1932 y, muy especialmente, en la década de los setenta. Frente a esta situación, Monseñor se constituye en símbolo y promotor activo del cambio radical, es decir, del cambio desde las raíces estructurales de la organización social. Con ello, Monseñor asume ^{una} función muy característica en los mejores líderes: la de orientar, animar y dirigir a sus seguidores, en este caso al pueblo salvadoreño, en un proceso de cambio histórico que, por ser radical, ha de ser por necesidad revolucionario.

..

..

El liderazgo de Monseñor como símbolo revolucionario puede ser sintetizado en seis notas:

(1) Monseñor va adquiriendo una creciente conciencia de que su persona y acción representan y deben representar el sentimiento y la opción del pueblo salvadoreño. Por consiguiente, guía todas sus acciones por el criterio fundamental de lo que siente que Dios le exige a través de la voz del pueblo. Cuando acepta los diversos doctorados honorarios que famosas universidades le van ofreciendo, cuando recibe la ~~nomi~~ nominación como candidato para el Premio Nóbel de Paz, cuando acude en su calidad de arzobispo a la reunión episcopal de Puebla, cada vez que tiene que ir a Roma a visitar al Papa y, sobre todo, cuando aquí, en El Salvador, desarrolla su tarea de visitas pastorales o reuniones de estudio y trabajo, de celebraciones litúrgicas, atención a los perseguidos o esfuerzos por liberar presos o salvar torturados, Monseñor guía sus pasos y acciones como un simple instrumento de Dios, lo que cada vez significa para él con más claridad, un instrumento de su pueblo. Diríamos que esta conciencia es el otro rostro de la creciente identificación del pueblo salvadoreño con él.

(2) Como ya hemos indicado anteriormente, Monseñor realiza una verdadera tarea de desideologización del sistema dominante. Desenmascara la injusticia y sus caretas, la opresión y sus justificaciones, así sean estas justificaciones de orden religio-

..

..

so. Más aún, no sólo desenmascara al pecado, sino también al pecador. Nombra a los verdaderos causantes de la injusticia y de la opresión, de la violencia y de la explotación. En ningún momento transige con las presiones de la oligarquía, a la que echa en cara su deshumanización y su brutal egoísmo. "Derecha significa cabalmente la injusticia social, y no es justo estar mateniendo nunca una línea de derecha" (Sobrino y otros, 1980, /pág. 435).

Desenmascara, también, el discurso gubernamental, insistiendo desde el principio que no son las palabras las que dicen la verdad sobre su quehacer político, sino sus hechos. Por eso insiste en que el conflicto entre el gobierno y la iglesia lo es primero y fundamentalmente, no porque la iglesia "esté conspirando" contra el gobierno, o porque se haya dejado "infiltrar de comunistas", como falazmente se afirma; el conflicto y la consiguiente persecución del gobierno contra la iglesia se origina en el esfuerzo eclesial por identificarse con las angustias y aspiraciones de los pobres, del pueblo oprimido. En la medida en que es perseguido el pueblo, la iglesia será también perseguida. En la medida en que la iglesia es una institución de y para el pueblo, habrá de participar de la persecución y represión que al pueblo aflige. El conflicto, insistirá Monseñor, no es entre iglesia y gobierno, sino entre pueblo salvadoreño y gobierno. Esta postura firme de Monseñor supuso un desenmascaramiento y condena del poder establecido,

..

..

que llevó a muchos a la conclusión sobre la justicia de una revolución del pueblo contra sus opresores.

(3) Uno de los aspectos más importantes como Monseñor se constituye en símbolo revolucionario consiste en que, con sus palabras y sus acciones, resuelve tanto teórica como prácticamente la duda de si es posible ser al mismo tiempo cristiano y revolucionario. Normalmente este problema se ha planteado desde niveles de abstracción puramente doctrinal, en los que de alguna manera la conclusión se ha tomado ya de antemano. Monseñor Romero nunca fue un "teólogo de la revolución" ni na da semejante. Sin embargo, no eludió ninguno de los problemas cruciales que agobian al pueblo salvadoreño. Y uno de los problemas claves era el de la vinculación en la práctica entre fe cristiana y praxis revolucionaria, problema vinculado a su vez con el de la utilización de la violencia como medio de liberación, pero que alcanza otros niveles más profundos, como es la aceptación o rechazo de Dios y la mediación cristiana de la salvación.

La necesidad de que el Reino de Dios vaya siendo históricamente, exige de hecho la eliminación del pecado del mundo. Monseñor vió cada vez con más claridad cuál era ese fundamental en El Salvador y la necesidad de eliminarlo. Por ello, en un momento tiene que aceptar lo que las ciencias so-

..

..

ciales indican: que sólo una transformación radical de las estructuras sociales hará posible un tipo diferente de relaciones sociales donde reine la justicia y el amor y, por consiguiente, donde puedan satisfacerse los derechos de todos los hombres (hijos de un mismo Dios). Que esta tarea revolucionaria (cambio radical de las estructuras sociales) fuera una tarea claramente cristiana, lo indicó en continuas oportunidades Monseñor. Con ello, rompía la dicotomía eclesiástica tradicional, que ampara la existencia de situaciones inhumanas de explotación al abrigo de que la religión debe permanecer recluida en el ámbito de lo puramente "espiritual" -en la "sacristía de la historia", que es lo mismo que decir en la sacristía del poder establecido.

No es que Monseñor apoyara expresa y totalmente alguna solución específica. Consideraba que ésa no era su misión. Sin embargo, animó y estimuló todos los intentos honestos por buscar una solución desde la perspectiva del pueblo, y ayudó con su reflexión a superar posibles deficiencias y obstáculos. Además, su postura y su acción práctica fueron el mejor testimonio de que se podía ser cristiano y apoyar la acción revolucionaria; más aún, de que era difícil ser cristiano auténtico en la presente circunstancia de El Salvador sin tomar clara opción por los intereses del oprimido y del pobre.

..

..

(4) La opción de Monseñor por los cambios radicales y por la necesidad de encontrar mediaciones históricas a la salvación cristiana, es decir, al Reino de Dios anunciado por Jesús, le llevaron a exigir la subordinación total de las instituciones concretas al ser humano. En la práctica, esto significó que Monseñor juzgó la bondad o maldad de las instituciones existentes por su servicio real al pueblo salvadoreño. En la medida en que las diversas instituciones sociales --políticas, militares, culturales y aun religiosas-- favorecieran y sirvieran al pueblo, encontraban en él apoyo y estímulo. En la medida en que fueran instituciones corruptas, al servicio de sí mismas, que en lugar de servir al pueblo lo maltrataran y aun explotaran, encontraban en Monseñor a un crítico acerbo y un fustigador insobornable. En ello, Monseñor muestra la falacia del orden social establecido, la aberración de una ley contraria al bien común y, una vez más, la necesidad y justicia de una revolución radical.

(5) Un rasgo esencial de Monseñor, que avala su calidad de líder y símbolo revolucionario, lo constituye su profunda libertad de espíritu. Monseñor se sentía libre frente a cualquier instancia personal y social y, porque se sabía representante de los intereses del pueblo, no tenía miedo de enfrentarse o criticar a cualquier instancia social, así fuera a aquellas instancias que, con mayor o menor razón, se arrogaban

..

..

la representación del pueblo. En otras palabras, su libertad nacía de su profunda identificación con el pueblo, lo que le llevaba a no aceptar entre él y el pueblo mediaciones que coartaran su labor o que le exigieran transigir con el error. Como decía a un periodista venezolano, "sé que las reivindicaciones del pueblo, que se expresan en las organizaciones, son justas y hay que apoyarlas. También tengo la suficiente libertad para denunciar el abuso de esa fuerza de organización cuando se desvía por caminos de violencia innecesarios" / 435). Precisamente la inmanipulabilidad de Monseñor, una persona que con anterioridad a su arzobispado parecía haber sido dúctil a las seducciones de los poderosos, fue algo que la oligarquía nunca le perdonó y que le hizo experimentar hacia Monseñor una especial saña e inquina. Pero fue algo también que propició el sentido crítico del pueblo, la importancia de formarse una opinión propia de los hechos, de tener unos criterios claros para la acción, todo lo que, en definitiva, constituye una poderosa semilla revolucionaria.

(6) Finalmente, Monseñor padeció el destino de todo verdadero revolucionario: la persecución y, más aún, la ofrenda de la propia vida. Como revolucionario, intuyó que la causa que él representaba, la salvación cristiana de la que él fue un instrumento privilegiado, era un proceso que lo desbordaba a él como persona. Por eso, poco antes de ser asesinado, comenta-

..

..

ba en una homilía con toda sencillez: "He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño" (Sobrino y otros, 1980, pág. 461).

En síntesis, Monseñor Romero fue líder para el pueblo salvadoreño al constituirse en su conciencia pública, tanto en el sentido de que el pueblo oyera una palabra que le permitiera saberse a sí mismo, saber su situación, su sufrimiento y sus esperanzas, sus derrotas y sus triunfos, como en el sentido de que oyera una palabra de orientación y ánimo, una palabra que lo estimulara a superar sus errores y lanzarse a la conquista de su futuro, a su liberación histórica.

Monseñor Romero fue líder también en cuanto promotor de la unidad, tanto de la comunidad cristiana como del pueblo mismo salvadoreño, por encima de creencias y vínculos religiosos. Su liderazgo hizo posible el aglutinamiento de todos los que creen en Dios en una gran comunidad de fe, pero también la unión y progresiva integración de las cada vez más abundantes y extensas organizaciones populares. Si Monseñor Romero propioció la unión de los cristianos primero, de todo el pueblo salvadoreño después, fue porque a unos y otros les puso por delante una tarea, tarea que partía del reconocimiento de los derechos humanos fundamentales y buscaba el horizonte de una sociedad más justa que patentizara la utopía cristiana.

..

Finalmente, Monseñor Romero fue líder en cuanto, con su palabra y con su acción, exigió y mostró el camino hacia el cambio radical de la sociedad salvadoreña. Mostró que la fe cristiana no sólo es compatible, sino que puede exigir en un momento dado la opción por la revolución, sin por ello especificar ^{se} cómo _^ haya de realizar. Desenmascaró la falsedad de los poderes e instituciones existentes y propició con su ejemplo la búsqueda de instituciones nuevas al servicio de los intereses del pueblo. Así, sin quererse político ni afiliarse a ningún grupo concreto, Monseñor realizó una profunda tarea de liderazgo revolucionario. Si se mostró inmanipulable y libre frente a toda instancia, fue en la medida en que tan sólo reconoció la absolutez de Dios, cuya voz él escuchaba en el pueblo de los pobres y oprimidos.

El poder del liderazgo de Monseñor no surgió de su personalidad, poco brillante en sí, ni mucho menos de su función episcopal, función que suele ser una rémora para cualquier tarea de liberación social. Ciertamente, su cargo como Arzobispo de San Salvador daba a toda su actuación la posibilidad de una gran resonancia pública. Pero si la resonancia de Monseñor desbordó las fronteras religiosas y las fronteras nacionales, y adquirió fuerza de arrastre popular, se debió a la forma y al contenido particular que dió a todo su proceder. La particularidad estuvo en que su actuación respondió a las nece

..

sidades del pueblo salvadoreño, pueblo al que comprendió adecuadamente, con el que se solidarizó eficazmente y al que en todo momento retó a abrirse a horizontes históricos más amplios.

Todo esto fue posible por su conversión religiosa, que lo puso en un contexto humano iluminador y en un contexto cristiano estimulante. Desde la perspectiva teológica, el liderazgo de Monseñor Romero tendrá que ser explicado como la acción histórica de Dios a través de su persona. Pero, desde la perspectiva psicosocial, su liderazgo sólo se explica por la forma como en él --su persona, su mente, su acción-- confluyeron unas fuerzas sociales, que él supo captar, con las que supo empatizar, y por las que se dejó impregnar. Desde uno y otro lado se llega a lo mismo; porque, como el mismo Monseñor declaraba continuamente, la voz del pueblo era la voz de Dios. En otras palabras, lo que hace la teología cristiana es descubrir en las fuerzas y procesos históricos -los procesos de la historia humana- la acción del Dios de Jesús.

4. ASESINATO Y ENTIERRO DE MONSEÑOR.

Tan pronto como Monseñor Romero empezó a asumir una postura crítica frente al poder establecido, a defender los derechos conculcados del pueblo salvadoreño, a denunciar los abusos y atropellos de la oligarquía, una virulenta campaña de calumnias y amenazas se desató en contra suya. Se diría que la cam

..

..

pañá llevaba tanta más saña cuanto que Monseñor hacía frente a quienes le habían apoyado para el arzobispado de San Salvador. Pronto Monseñor empezó a recibir notas y llamadas anónimas amenazándole de muerte. Hubo un momento en que las amenazas adquirieron tal volumen, que el General Romero, entonces Presidente de El Salvador, ofreció a Monseñor una protección personal especial. La respuesta de Monseñor fue característica de toda su postura: "Antes de mi seguridad personal yo quisiera seguridad y tranquilidad para ciento ocho familias y desaparecidos... (aplausos), para todos los que sufren. Un bienestar personal, una seguridad de mi vida, no me interesa, mientras mire en mi pueblo un sistema económico, social y político que tiende cada vez más a abrir diferencias sociales" (Sobrino y otros, 1980, pág. 460).

Todavía pocos días antes de su asesinato, reflexionaba Monseñor sobre el sentido cristiano de su posible muerte: "Como pastor, estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquéllos que vayan a asesinarme.... Si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad" (Sobrino y otros, 1980, pág. 461). En esa misma oportunidad, Monseñor subraya proféticamente: "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño".

El 24 de marzo de 1980, cuando celebraba misa en la capilla del Hospital La Divina Providencia, una especie de asilo para anciana

..

nos leprosos donde Monseñor había fijado su residencia, una bala profesional acabó con su vida. No es difícil encontrar simbolismos en esta muerte ante el altar. Monseñor moría como vivió: sacerdotalmente, es decir, ofreciendo su vida como prolongación del sacrificio de Jesús. Ciertamente, no escogió ni determinó él el momento y la forma de su muerte, aunque difícilmente habría podido desear una muerte distinta. Sin embargo, sí es posible que quienes determinaron y ejecutaron su asesinato pensaran en el significado de su muerte ante el altar. Se trataba de asesinar a la iglesia y de asesinarla en cuanto tal, es decir, en cuanto portadora de una palabra y una fuerza salvíficas. Se trataba de mostrar inequívocamente que no había compatibilidad alguna entre quienes regían los destinos de El Salvador y la misión de la iglesia católica. Se trataba, en definitiva, de indicar el destino que esperaba a quienes osaran, como Monseñor Romero, asumir en plenitud la opción preferencial por los pobres y la lucha por la liberación del pueblo salvadoreño.

Monseñor fue asesinado la tarde de un lunes. El día anterior, en su homilía dominical, Monseñor había hecho un patético llamamiento a la tropa militar y a los cuerpos de seguridad: "Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos; y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice: ¡no matar!... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamen-

..

tos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!" (Sobrino y otros, 1980, pág. 291).

Es difícil saber si estas palabras, que tuvieron una increíble acogida popular y un inmenso eco mundial, fueron el detonante último que precipitó el asesinato de Monseñor. Que su muerte había sido decretada hacía tiempo, no cabía duda alguna -y prueba de ello eran, por ejemplo, dos previos atentados fallidos, uno de ellos mientras celebraba la misa en otra iglesia capitalina. En cualquier caso, la proximidad temporal entre este llamado en nombre de Dios y el asesinato de Monseñor sirvieron para dejar claro en la mente popular dónde estaban los asesinos y de dónde venía la bala criminal. La Embajada norteamericana se apresuró a correr la especie de que un grupo anticastrista habría estado implicado en la acción asesina; sin embargo, a nadie le parecía que hubiera que ir tan lejos para encontrar hábiles mercenarios de la muerte. Y, lo que es más importante, independientemente de quién hubiera materializado el acto criminal mismo, era obvio qué fuerzas estaban interesadas en apagar la voz de Monseñor, qué intereses anhelaban poner fin a su acción, qué grupos buscaban detener su liderazgo popular y borrar su simbolismo revolucionario.

El 30 de marzo, Domingo de Ramos en el calendario litúrgico ca-

..

..

tólico, tuvieron lugar las exequias y entierro de Monseñor. Los acontecimientos de esa jornada sellaron significativamente lo que había sido su vida y obra como líder de un pueblo oprimido. El entierro había de tener lugar en la catedral de San Salvador, cátedra de profecías y dolores, cátedra donde el pueblo había escuchado su voz, protegido sus vidas contra balas criminales y llorado uno tras otro a sacerdotes y laicos asesinados. Las ceremonias fúnebres se iban a celebrar en la plaza delante de catedral a fin de acoger a los miles de gentes que se esperaban.

Al empezar la ceremonia, resultaban tan significativas la presencias como las ausencias. Presentes se encontraban, en primer lugar, el clero arquidiocesano (sacerdotes, religiosos y religiosas) y una gran cantidad de dignatarios eclesiásticos, católicos y protestantes, venidos del mundo entero. En segundo lugar, presente se encontraba el pueblo sencillo, los mismos pobres y oprimidos que habían encontrado en Monseñor a su defensor, pastor y líder. Según algunos cálculos, la multitud presente se acercaría a las cien mil personas. Finalmente, a la ceremonia se presentó también una grandísima representación de los movimientos populares organizados, la Coordinadora Revolucionaria de Masas, que desfilaron en manifestación silenciosa y que, al entrar en la plaza donde se celebraban las exequias, levantaron

..

..

su puño izquierdo en absoluto silencio y depositaron una corona de flores ante el féretro de Monseñor. El pueblo congregado los recibió con vítores entusiastas.

Ausentes estuvieron, ante todo, los otros miembros del episcopado salvadoreño, con la excepción de Mons. Rivera. Lo que había sido una continua división y discrepancia en los tres últimos años, quedó sellado con la visible ausencia de los prelados salvadoreños al funeral de Monseñor. Ausente y notoriamente ausente estuvo la oligarquía salvadoreña y, en general, los sectores pudientes. Quienes por convicción personal quisieron asistir a las exequias, tuvieron que "vestirse de pueblo" y mezclarse con las demás gentes, sin los privilegios ni lugares reservados a los que están acostumbrados. Finalmente, ausente estuvo el gobierno salvadoreño y cualquier representación oficial u oficiosa. Su ausencia (más allá de voluntades individuales) claramente ponía de manifiesto su alineación social de clase. Porque, en última instancia, ausencias y presencias al funeral definieron las líneas divisorias entre las fuerzas enfrentadas en la guerra que se precipitaba en El Salvador.

A pesar de tratarse de un funeral, la ceremonia tenía un cierto aire de fiesta popular. La multitud colorida expresaba abiertamente toda una gama de emociones, desde el llanto ante el fére-

..

tro hasta la esperanza y el entusiasmo ante las filas ordenadas de los manifestantes de la CRM. Los vítores y los aplausos se mezclaban con las plegarias y los cantos religiosos. En medio de este ambiente de claroscuro emocional, estalló la tragedia. De improviso, cuando el oficiante principal de la ceremonia, un enviado especial del Papa, pronunciaba su homilía, varias bombas fueron lanzadas alrededor de la multitud. Los estallidos, realmente atronadores, produjeron una especie de escalofrío que recorrió a los miles de personas que se agolpaban en la plaza. Todavía la gente contuvo su temor, mirando a uno y otro lado, mientras por todas partes se oían gritos pidiendo calma, tranquilidad y no moverse. Sin embargo, dos nuevos estallidos tuvieron lugar en otros puntos y, simultáneamente, ráfagas de tiros empezaron a proceder del edificio del Palacio Nacional, también situado en la misma plaza. El temor contenido hasta entonces se desató como pánico desbordado ante los tiros. Las gentes corrieron desafortadamente lejos del Palacio Nacional, buscando salir de aquella trampa mortal. Miles de ellos buscaron refugio en el edificio de catedral, donde se apiñaron hasta ponerse en peligro colectivo por falta de espacio para respirar.

En medio de este caos dantesco, el féretro de Monseñor Romero fue apresuradamente introducido en catedral. Rodeado de gentes llorosas y atemorizadas, de gritos y sangre, de personas asfi-

..

xiadas y clérigos atónitos, Monseñor Romero fue enterrado en una sencilla cripta. Las paredes de catedral una vez más temblaban ante los estallidos de bombas y disparos. Columnas de humo surgían por algunas partes de la plaza, sembrada ahora de zapatos, prendas y objetos perdidos en la huida, de las palmas y papeles con los cantos religiosos, pero, sobre todo, sembrada aquí y allá con los cadáveres de quienes habían sido arrollados por la estampida multitudinaria o habían recibido alguna bala.

En aquella jornada, más de treinta personas del pueblo, en su mayoría mujeres ya de edad avanzada, acompañaron con sus vidas a Monseñor. El número de heridos y lesionados es incalculable, ya que ni los hospitales suministraron datos completos, ni se supo de muchos heridos que prefirieron curarse en sus propias casas. El mismo contexto de violencia prepotente que Monseñor había combatido marcaba su despedida mortal. Sin embargo, en el espíritu de la gente empezaba ya desde entonces a hacerse verdad la frase de Monseñor: "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño" (Sobrino y otros, 1980, pág. 461). Por encima del estruendo de bombas y disparos, por encima de angustias personales y heridas colectivas, un grito se elevó en catedral en el momento en que enterraban a Monseñor, un grito coreado por miles de gargantas: "¡El pueblo unido jamás será vencido! ¡El pueblo unido jamás será vencido!"

CAPITULO CUARTOEL REINO DEL TERROR

Parecía un pequeño hombre desde sus apenas diez años. Moreno, algo espigado, con grandes ojeras y un ademán profundamente triste. Se le veía como absorto o ausente en medio del refugio, lleno de mujeres, ancianos y otros niños. Me le acerqué y, con el fin de entablar conversación, le pregunté:

- ¿Dónde está tu mamá?
- Se la comieron los perros -me respondió.

Ante mi cara no sé si de sorpresa, incredulidad o estupor, el muchachito continuó:

- Sí, señor. A mi madre la mató la guardia junto con otras personas del cantón X. Luego las arrojaron al barranco y se quedaron cuidando alrededor para que nadie se acercara a recogerlas. Entonces vinieron unos perros hambrientos y se las comieron.

Desgraciadamente esta horripilante historia no es fruto de la imaginación infantil. Hechos como el narrado se fueron volviendo comunes en El Salvador a medida que avanzaba el año 1980. El gobierno militar demócrata-cristiano perdía una tras otra las últimas apariencias de legitimidad y apoyo social y tenía que recurrir a la violencia directa e indirecta para mantenerse en el poder, recuperando aceleradamente las peores prácticas represivas justificadas por la doctrina de la seguridad nacional.

Al principio y tras el golpe militar del 15 de octubre de 1979, los gobernantes salvadoreños habían podido apelar a una cierta expectativa de la población, mitad esperanza mitad escepticismo, lo que les abrió un pequeño margen para la

acción política. Sin embargo, el proyecto político de los militares reformistas nacía ya herido de muerte, tanto por su incapacidad de incorporar a él a las organizaciones representativas del pueblo salvadoreño como por su impotencia para eliminar la profunda corrupción existente en la Fuerza Armada y que señoreaba a los cuerpos de seguridad. Tras la deserción masiva de los integrantes civiles más valiosos del primer grupo de gobierno, en enero de 1980, las fuerzas militares derechistas, aparentemente guiadas por los coroneles Gutiérrez, García y Carranza, vuelven a tomar el timón real del gobierno y del proceso salvadoreño. El pacto con el ala derechista de la Democracia Cristiana, partido al que las ambiciones personales de Napoleón Duarte pronto reduciría a su mínima expresión, sirve para dar fachada a la reinstauración de los principios de la seguridad nacional. La imposibilidad de impulsar más allá de la formalidad y las apariencias un programa socio-político obliga a la instauración del estado de sitio, con el que se ampara legalmente la represión creciente y generalizada que culmina en un verdadero reino del terror. Así, 1980 se iría convirtiendo para el pueblo salvadoreño en un año preñado de violencia aterrorizante, único soporte de un orden social podrido y descompuesto.

1. REPRESION Y MIEDO SOCIAL.

El mantenimiento de cualquier orden social implica una dosis de coerción y violencia, tanto menor cuanto más capaz resulte un determinado régimen de satisfacer o conciliar los intereses encontrados de la población. En la medida en que todo estado representa el control del poder político por parte de una clase social, es evidente que utilizará cierta dosis de violencia social precisamente para mantenerse en el poder e impedir que la clase antagónica frustré el logro de

sus objetivos. Así, cabe esperar que todo régimen político haga uso de la represión.

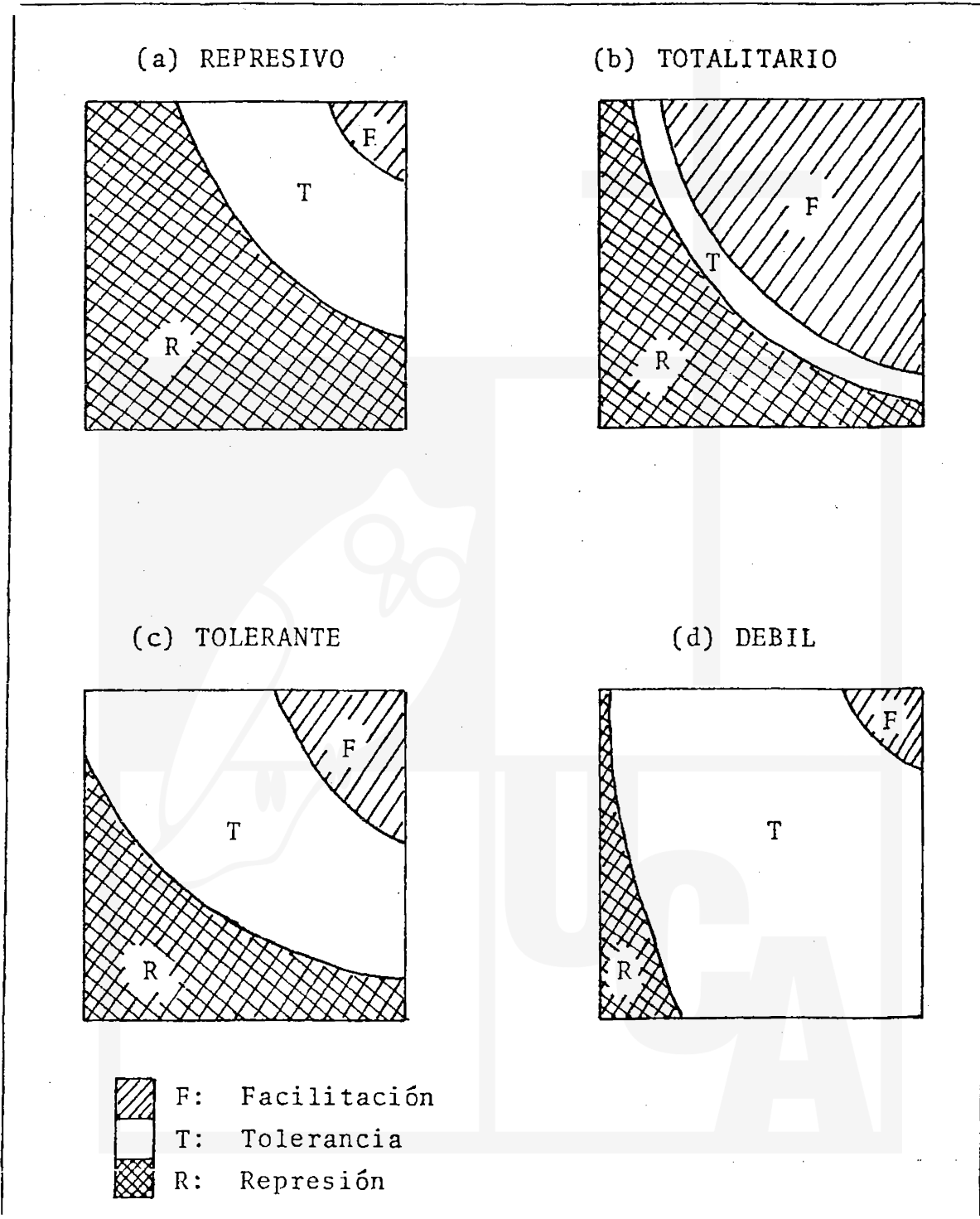
Según Tilly (1978, págs. 100ss.), la represión consiste en aquel tipo de acciones que elevan los costos de la acción colectiva del contendiente. La represión es aditiva, ya que pueden ser muchos los grupos que se opongan a la acción colectiva de un determinado contendiente político así como pueden ser muchas las acciones mediante las cuales se trate de aumentar el costo de esa acción colectiva. Por ejemplo, una huelga sindical en El Salvador ha tenido que contar tradicionalmente con las represalias de la patronal, las sanciones legales del sistema judicial y la violencia inmediata de los cuerpos de seguridad.

Todo gobierno es selectivo en la aplicación de la represión, de tal manera que sus acciones tienden a elevar únicamente los costos de la actividad de ciertos grupos o de determinadas acciones. En este sentido, el mismo Tilly señala que la represión política contra ciertos grupos y acciones colectivas va siempre ligada con la tolerancia y aun la facilitación en favor de otros grupos y de otras acciones colectivas --obviamente, las acciones de los grupos en el poder. Teniendo en cuenta estas dos variables (aceptabilidad de la acción colectiva y aceptabilidad del grupo), Tilly (1978, pág. 109-112) distingue cuatro tipos ideales de gobiernos: represivo, totalitario, tolerante y débil (ver Figura 3).

INSERTAR FIGURA 3 AQUI

FIGURA 3

CUATRO TIPOS IDEALES DE REGIMENES



Adaptado de Tilly, 1978, pág. 111.

De acuerdo con este esquema, un gobierno represivo es aquel que eleva los costos de muchas acciones y de muchos grupos, se muestra tolerante hacia un número menor de acciones y grupos, y facilita o estimula a muy pocos grupos y acciones. Ciertamente, El Salvador de 1980 corresponde a este esquema represivo con dos importantes precisiones. Por un lado, el margen de acción tolerado a los grupos pro-oligárquicos enquistados en el poder es mucho mayor que el señalado en el esquema ideal de Tilly. De hecho, la oligarquía y sus aliados han podido realizar casi en todo momento cualquier tipo de acción, por violenta o antisocial que fuera, sin temor a incurrir en represión alguna por parte del gobierno. Por otro lado, el margen de acciones toleradas fue disminuyendo sensiblemente según progresaba 1980, hasta llegar a una virtual ley marcial (que se declarararía en los primeros días de 1981), bajo el control omnipresente exigido por la seguridad nacional.

1.1. Seguridad nacional y represión.

Dado el carácter progresista del movimiento del 15 de octubre de 1979 y su innegable arrastre entre la juventud militar salvadoreña, resulta aparentemente difícil comprender la renuencia o incapacidad de los jóvenes militares para detener la maquinaria represiva primero, y su anuencia o complicidad después en el funcionamiento fuera de todo límite de esa misma maquinaria mortal. Estructuralmente esto parece indicar que la actual Fuerza Armada salvadoreña depende

esencialmente de un sistema social que le da vida bajo ciertas condiciones. En este sentido y más allá de casos individuales, la corrupción del ejército constituye muy probablemente un elemento connatural a su existencia, lo que explicaría en parte el esfuerzo deliberado del Alto Mando y de los oficiales veteranos por implicar en las acciones represivas a todos los oficiales y a todos los cuerpos militares. Más aún, es claro que la Fuerza Armada de El Salvador ha asimilado los principios doctrinales de la seguridad nacional, cuyo discurso reaparece casi mecánicamente tanto en sus declaraciones oficiales como en las manifestaciones privadas de los militares salvadoreños. Sólo en el contexto de la seguridad nacional puede entenderse adecuadamente la salvaje y sistemática matanza acometida por el gobierno y la Fuerza Armada salvadoreña a lo largo de 1980.

La llamada "doctrina de la seguridad nacional" (ver Comblin, 1977) surge tras la Segunda Guerra Mundial, principalmente durante el período de la "guerra fría", y representa la consagración ideológica de los intereses del gran capitalismo norteamericano. La doctrina de la seguridad nacional puede sintetizarse en un presupuesto y dos principios fundamentales. El presupuesto es que el mundo está radical e irreconciliablemente dividido entre el oeste y el este: por un lado los Estados Unidos y sus aliados, por otro lado la Unión Soviética y sus satélites. Los Estados Unidos son los abanderados del "mundo libre", de la "civilización occidental y cristiana", mientras que la Unión Soviética capitanea al "totalitarismo estatal", al "comunismo ateo". Entre el mundo libre y el comunismo hay una guerra total que desgarrará a la humanidad entera y frente a la que no cabe neutralidad alguna: o se está con el mundo libre o se está con el comunismo. Esta guerra, por tanto, abarca a todas las naciones, a todos los hombres, a todas las actividades, a todos

..

los tiempos: o se es amigo o se es enemigo, sin que quepa apelar a treguas o posturas intermedias.

El primer principio de la doctrina de la seguridad nacional consiste en la afirmación del objetivo de una nación: permanecer en el ámbito del mundo libre, salvar el sistema y los valores de los Estados Unidos, preservar los principios de la libre empresa y de la propiedad privada, fundamento de la democracia occidental y cristiana. La supervivencia de la nación es identificada con la supervivencia del sistema social capitalista, y esta supervivencia se constituye en el objetivo básico de la seguridad nacional.

El segundo principio lo constituye la misma seguridad nacional. La seguridad nacional, entendida como la preservación del sistema social capitalista en la lucha contra el comunismo, representa el valor último e incondicional, la norma definitiva y absoluta de todo el quehacer nacional: todo debe subordinarse al mantenimiento del gran objetivo nacional. Y puesto que la guerra contra el comunismo es total, nadie ni nada puede escapar a esta continua confrontación. Desaparecen así distinciones, matices y grados: tan enemigo del régimen es el guerrillero como el terrorista, el opositor político como el simple crítico, intelectual, religioso o simplemente humanitario. No hay distinción entre enemigos externos y enemigos internos, ya que el enemigo externo está infiltrado en la medida en que cualquier grupo o persona sea, actúe o simplemente piense en una forma que pueda ser considerada antagónica al sistema capitalista imperante. En otros términos, la definición del enemigo es negativa, por simple exclusión: quien no está abiertamente con el sistema es, por principio, un enemigo del régimen.

Frente al imperativo absoluto de la seguridad nacional, todos los medios son necesarios y no hay medios malos. El fin absoluto de la seguridad nacional justifica cualquier medio, violento o no violento: la presión o la represión, el

soborno o la tortura, el secuestro o el asesinato, todo es bueno si con ello se consigue eliminar el peligro del comunismo ateo. La economía, la vida política, el ámbito cultural y, por supuesto, la organización militar, todos los sectores de la sociedad deben encauzarse hacia el objetivo supremo de la lucha contra el comunismo y el mantenimiento de la seguridad nacional.

Esta formulación muestra a las claras cómo un país regido por la doctrina de la seguridad nacional tiene que tender aceleradamente hacia su militarización total y hacia un control fascista de todas las instancias sociales. Este ha sido el caso de Guatemala, Brasil, Uruguay o Chile, este es el caso más reciente de El Salvador, y éste parece ser tristemente el caso al que aceleradamente se está abocando Costa Rica.

De hecho, la doctrina de la seguridad nacional constituye una formulación dogmática y sacralizante, una verdadera religión, cuyo dios es el capitalismo, cuyo mandamiento fundamental es el culto a la propiedad privada y cuyo sumo sacerdote es el presidente de los Estados Unidos. A la seguridad nacional deben subordinarse todos los derechos humanos, públicos o privados. Resulta entonces perfectamente coherente la formulación de la política fundamental del gobierno del señor Reagan, quien nada más asumir la presidencia de los Estados Unidos a finales de 1980 declaró que "la lucha contra el terrorismo" constituiría la versión que su gobierno daría de la lucha en favor de los derechos humanos promovida por su antecesor. Desde la perspectiva de la seguridad nacional, los derechos humanos son defendidos en la medida en que se combate al terrorismo mundial, es decir, al comunismo soviético-cubano.

En El Salvador, los efectos de la doctrina de la seguridad nacional empezaron a sentirse hacia finales de la década de los sesenta, sobre todo cuando la guerra con Honduras

puso descarnadamente al descubierto el fracaso del reformismo al estilo de la "Alianza para el progreso" así como del Mercado Común Centroamericano mientras se mantuvieran las obsoletas estructuras políticas existentes. En esos mismos años, un jefe de la Guardia Nacional, el General Medrano, ^{bien conocido por su} militarismo primitivo y maniqueo, funda con asesoría y ayuda norteamericana la Organización Democrática Nacionalista, ORDEN, estructura paramilitar que se convertiría en protagonista muy principal de los dictámenes de la seguridad nacional. Desde entonces la represión, que se había mantenido en un nivel relativamente moderado durante la década de los sesenta, entra en una espiral de crecimiento cuantitativo y cualitativo, hasta culminar en el régimen del General Romero, que constituye la perfecta expresión de un gobierno delineado según los principios de la seguridad nacional, y en el régimen de la Junta militar democristiana, que representa la descomposición final, espantosamente sangrienta, de ese mismo proyecto político.

1.2. La represión en la ciudad y en el campo.

Entendida la represión como los costos impuestos a una acción colectiva, es indudable que no es algo privativo de algún grupo ideológico. Sin duda, todo grupo que pretenda hacer valer sus intereses en el campo político intenta, por lo mismo, facilitar ciertas acciones y dificultar o impedir otras. Sin embargo, puede resultar ambiguo el amparar bajo el mismo nombre procesos históricos que sólo en la abstracción pueden reducirse a características comunes. De hecho, los costos impuestos por la clase dominante en El Salvador a cualquier acción colectiva de la clase dominada no son en ninguna manera equiparables a los costos que la clase dominada haya podido imponer a la acción colectiva de la clase dominante. La represión promovida por la burguesía salvadoreña ha sido continua, generalizada y no se ha detenido ante

nada, mientras que sólo muy circunstancialmente y ya con claridad desde 1978, el pueblo salvadoreño ha sido capaz de imponer costos significativos a la política burguesa. Cuando, hacia la mitad de 1980 se estaba llegando a un relativo equilibrio de fuerzas en la confrontación entre los sectores pro-oligárquicos y las organizaciones populares, ni cuantitativa ni cualitativamente podía equipararse la violencia de ^{la} represión efectuada por el gobierno y la Fuerza Armada con la eventual violencia ejercida por las fuerzas populares. La violencia de la represión oficial no sólo era incalculablemente más amplia e intensa, sino que adoptaba formas de una crueldad inaudita y tendía a golpear a la población civil e indefensa más que a los mismos grupos populares organizados.

El juicio ético que equipara toda forma de violencia, a la que condena "venga de donde venga", constituye una argucia ideológica y una auténtica falacia política. La violencia, como todo proceso humano, tiene una historia, e ignorar esa historia es ubicarse de hecho en la perspectiva de quien detenta el poder en una determinada sociedad. El pueblo salvadoreño ha estado secularmente sometido a un estado calificado acertadamente como de opresión estructural, que lo ha mantenido en una situación inhumana de supervivencia. Cuantas veces el pueblo ha intentado superar esta situación, la violencia implícita en el estado de opresión y que mataba lentamente por hambre y miseria, se ha explicitado en violencia abierta, matando con la espada o el fusil. La opresión estructural ha podido mantenerse así a causa de una dosis adicional de represión violenta, represión agudizada en las últimas décadas. Sin duda, no se entendería el carácter de la actual violencia represiva ejercida por los gobiernos de la "seguridad nacional" y concretamente por el gobierno salvadoreño si no se toma en cuenta la creciente violencia mediante la cual los sectores populares tratan de romper su secular

encadenamiento. Pero históricamente una es la violencia originaria y otra la violencia liberadora, así como unas han sido las formas de la violencia represiva, montada sobre el caballo de la opresión, y otras las formas de la violencia revolucionaria, pujando por encontrar un espacio vital en la justicia y en la libertad.

Precisamente porque la represión ha estado vinculada en El Salvador a las formas existentes de opresión, la represión se ha aplicado tradicionalmente con distintos criterios en el campo que en la ciudad. En general, los grupos urbanos, principalmente de la ciudad capital, San Salvador, han gozado de un margen para la acción colectiva pequeño, sí, pero del que por sistema se ha privado a los grupos rurales. La misma ley resulta burdamente discriminatoria, prohibiendo, por ejemplo, la sindicalización campesina, lo que supone la consagración jurídica de la violencia opresiva y la justificación anticipada de la violencia represiva. Con todo, la represión en el campo salvadoreño se ha ejercido principalmente mediante la violencia directa puesta en práctica por la Guardia Nacional.

La Guardia Nacional salvadoreña fue concebida según el modelo español de la Guardia Civil y fue fundada para controlar en forma expresa al sector rural. De hecho, tras la revolución de 1932, la Guardia Nacional ha sido la encargada de abortar cualquier conato de organización campesina que tuviera algún tinte reivindicativo, por moderado que fuera. Diseminados por todo el campo salvadoreño, más que nada en los sectores donde hay fincas que requieren abundante mano de obra, los guardias han afirmado desde entonces su autoridad mediante el recurso sistemático a la violencia amedrentadora. "Autoridad" ha pasado así a significar para el campesino salvadoreño un poder violento, absoluto e incuestionable. La verticalidad de ese poder se ha legitimado por el simple ejercicio de la

fuerza. Se es autoridad porque se posee la fuerza, con independencia de cualquier norma de sentido o razón, aunque se trate en última instancia de una fuerza delegada y dependiente del poder económico y, con frecuencia, dependiente incluso de los finqueros y patronos locales. La "autoridad" tiene que "hacerse respetar", lo que supone la aplicación más o menos arbitraria de la violencia a aquellos que deben acatarla. Para el campesino salvadoreño, la pareja de guardias ha pasado así a constituirse en la representación viviente de la opresión al desnudo, la encarnación inmediata de la violencia estructural, la personificación de la arbitrariedad social y la negación de los derechos humanos (ver Argueta, 1980).

En la última década y a medida que los sectores campesinos empezaban a concientizarse y organizarse en asociaciones independientes como la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS) o la Unión de Trabajadores del Campo (UTC), el ya reducido espacio político de que disponía el campesinado fue aceleradamente cerrado y la represión oficial se incrementó en forma notoria. Por un lado, la Guardia intensificó su quehacer represivo directo en connivencia con finqueros y hacendados; por otro lado, se valió de ORDEN para establecer una verdadera red de poder mediante la cual controlar y aplastar cualquier brote de "subversión" hasta en los últimos rincones del país. Así, el campesino incorporado a ORDEN se convirtió en una especie de pseudópodo de la Guardia al que se alimentaba con las migajas del poder violento; con él la violencia represiva penetraba en cantones, caseríos y familias; él "ponía el dedo" (delataba) a los sospechosos, dirigía a los guardias hacia los posibles refugios de los "subversivos" e incluso ejecutaba las tareas sucias de eliminar a quines no se sometieran a "la autoridad".

En el campo salvadoreño, existe una larga tradición de colaboración represiva entre terratenientes y fuerzas de seguridad hasta el punto de que, en no pocas ocasiones, son los propios patrones o finqueros los que ordenan directamente a los guardias a quién apresar, castigar o eliminar. Frente a la creciente organización de los campesinos y la consiguiente combatividad reivindicativa, terratenientes y comandantes empiezan a acudir al recurso de las "listas negras" que circulan entre mandadores y que condenan a los listados al desempleo permanente. Cualquier muestra de simpatías o acercamiento a las organizaciones campesinas convierte al individuo en candidato a la lista negra. Poco a poco, se pasa del plano laboral al plano de la vida, y empieza una eliminación sistemática de líderes campesinos y aun de cualquiera de quien se sospeche que está "organizado".

Eventualmente, fuerzas militares realizan acciones "ejemplares" en aquellas zonas que consideran más "contaminadas" por las organizaciones "subversivas". En estas acciones, fuertes contingentes de la Guardia Nacional e incluso cuerpos militares combinados cercan una zona o poblado, realizan un verdadero saqueo y destrucción de las viviendas consideradas sospechosas y ejecutan a los individuos y aun familias enteras tenidas por más significativas. Desde 1978, estas acciones comenzarían a ser tan comunes, que se volvieron parte de la rutina militar. Sin embargo, los nombres de las primeras poblaciones así reprimidas quedó bien grabado en la historia negra de El Salvador: Cayetana, Tres Calles, San Pedro Perulapán, Aguilares.

En 1980, estas acciones perdieron su carácter particular y limitado convirtiéndose prácticamente en operativos militares de un ejército en estado de guerra.

→ Al guardia se une el soldado, a la acción de las fuer-

zas de infantería se añade la acción desde el aire, con aviones o helicópteros que rastrean los lugares e incluso bombardean núcleos poblacionales claves. La Fuerza Armada salvadoreña -soldados y guardias, policías y patrulleros locales- emplean la misma técnica empleada por sudvietnamitas y norteamericanos en Vietnam: primero se desaloja de una zona a individuos y familias "amigas" y después se "peina" esa zona, tratando de arrasar toda vida existente en ella. De este modo, tanto el tipo y la frecuencia de las acciones realizadas contra la población campesina como la vivencia subjetiva de esta población obligan a caracterizar a la Fuerza Armada salvadoreña como un ejército de ocupación.

Las técnicas represivas empleadas en la ciudad, sobre todo en San Salvador, fueron sensiblemente distintas desde el comienzo. El margen abierto a la acción colectiva en San Salvador aunque pequeño, era bastante más grande que el permitido en el campo, fuera de que en la capital se trataba de mantener una apariencia de legalidad que nunca preocupó en el área rural. Por ello, la tarea represiva en San Salvador hace un uso intensivo de la legalidad como arma sociopolítica. Se afinan ciertos mecanismos de legislación laboral, que permiten la expulsión de cualquier obrero que resulte incómodo al patrón. Sucesivos decretos van cerrando los cada vez más limitados derechos políticos del ciudadano salvadoreño, hasta que la declaración desde marzo de 1980 del estado de sitio clausura el espacio político en el país y ofrece el contexto legal necesario para amparar una ola de represión generalizada.

De hecho, junto a la represión legal existe una amplia gama de acciones que pudiéramos llamar "paralegales" y que generan ese clima de lucha total y absoluta propia de un país en régimen de "seguridad nacional". Al tradicional y reforzado sistema de delatores u "orejas" se une una vergonzosa campaña propagandística orientada a hacer de cada salvadoreño un dela

tor. Con ello, nadie puede estar seguro de nadie, ya que los delatores ni siquiera tienen que identificarse para que se acusación sea tomada en serio (ver Figura 4). Así, la desconfianza en vecinos o compañeros de trabajo refuerza la vivencia de impotencia que ante el aparato represivo del estado empieza a experimentar el ciudadano medio. En última instancia, nadie puede asegurar que el cateo a una vivienda o el aprisionamiento de un individuo no haya sido causado por la delación de un amigo o de un enemigo. Por supuesto, la represión se ceba principalmente en líderes sindicales u obreros, quienes se ven sometidos a un continuo hostigamiento sin que en ningún lugar puedan sentirse seguros.

INSERTAR FIGURA 4 AQUI

A medida que avanza 1980, la Fuerza Armada va intensificando el uso de dos formas de represión urbana, en principio legales, pero crecientemente realizadas sin miramiento alguno a los requisitos de la ley: los retenes callejeros y los cateos a casas y aun a zonas enteras de la ciudad. Ya mencionamos los retenes (ver Capítulo 2), como parte de la lucha por el espacio urbano. En los retenes se detiene a los vehículos, cuyos ocupantes son obligados a identificarse y frecuentemente cacheados. Cuando en los vehículos se conducen varios jóvenes o personas con aspecto obrero o campesino, los retenes les obligan a bajar del vehículo, a ponerse en fila con las manos tras la cabeza y les registran cuidadosamente. El trato dado a las personas suele ser función de su aspecto exterior, del cuerpo militar encargado del retén y del grado de excitación circunstancial de los miembros del retén. Así, cuanto más humilde la apariencia de las personas y más excitados estén los miembros del retén, sobre todo si se trata de cuerpos de seguridad (guardia o policía), más rudo y desconsiderado será el trato dado a las personas. No es raro que junto al cacheo se produzca algún que otro golpe ("para mostrar la autoridad y mantener el respeto") entre

SALVADOREÑO: DENUNCIA LA VIOLENCIA

ESTA ES LA OPORTUNIDAD
PARA QUE DEFENDAMOS
NUESTRO SAGRADO
DERECHO DE VIVIR EN PAZ.
EN NOMBRE DE NUESTRA
PATRIA, DENUNCIA TODA
SITUACION ANORMAL O
SOSPECHOSA QUE PUEDA
GENERAR VIOLENCIA.
SU INFORMACION PUEDE
DARLA A LA FUERZA
ARMADA AL TELEFONO:

26-8484

(NO TIENE QUE
IDENTIFICARSE, SOLO
DENUNCIE)

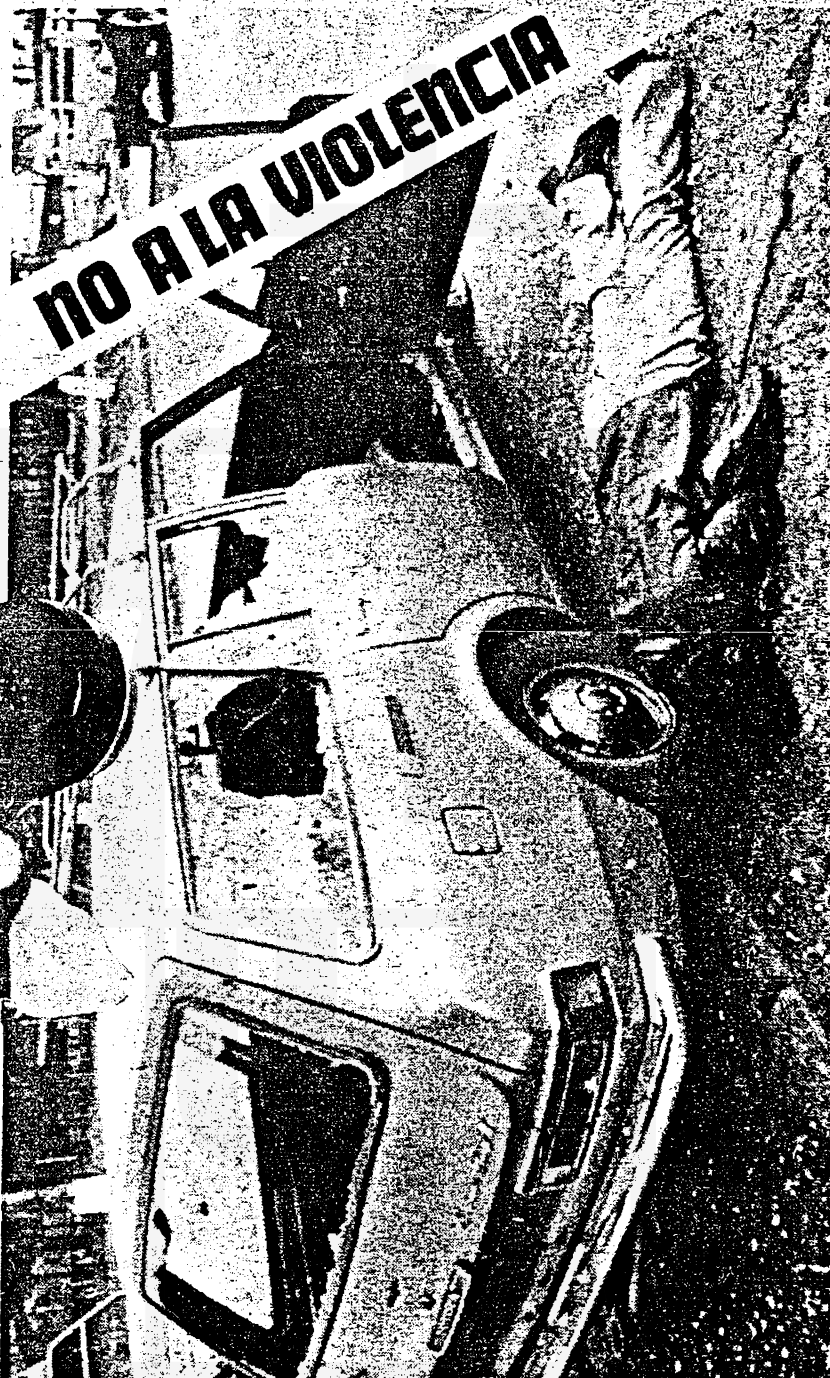


**TODOS
QUEREMOS
VIVIR EN PAZ**

ESTA ES TU OPORTUNIDAD.

LA FUERZA ARMADA TE RESPALDA

el salvador es tu patria. defendamosla



frases insultantes y soecés. Cuando alguna persona no logra identificarse de alguna manera satisfactoria ante el retén, es inmediatamente detenida lo que, en El Salvador de 1980, equivale a ser secuestrado por la fuerza militar.

Los cateos pueden ir desde el registro repentino y superficial de una casa hasta el rastrillaje detenido de toda una zona habitacional. En cualquiera de los dos casos, el cateo supone un despliegue aparatoso de soldados o policías en plan de ataque, por lo general acompañado de vehículos blindados e incluso de cobertura aérea por medio de un helicóptero. En las casas cateadas, las personas son tratadas rudamente tanto más cuanto más humilde sea su apariencia y la de la vivienda. Contra la norma más elemental de justicia, se presupone de alguna manera su culpabilidad mientras no demuestren lo contrario, y rara vez tiene lugar un cateo en San Salvador sin que "desaparezcan" objetos o dinero y "aparezcan" luego armas o literatura "subversiva".

La amenaza de los retenes callejeros o del cateo en el propio hogar reduce el espacio vital de las personas, que no pueden sentirse ya seguras ni tranquilas en ninguna parte. El clima de "orejismo" y de estímulo oficial a la delación así como la práctica generalizada de retenes y cateos realza la significación de los actos represivos más particularizados: los atentados con bombas, el ametrallamiento de grupos, vehículos o locales, y, como remate de las prácticas represivas, el secuestro y el asesinato.

Contra lo que pudiera parecer, la mayor parte de los ametrallamientos o de las bombas estalladas fuera del contexto claramente bélico no perseguía la eliminación física de las personas, sino el perjuicio económico, la destrucción de recursos necesarios y el desencadenamiento del terror. Claro que el ametrallamiento de las manifestaciones populares más gigantescas que ha conocido la historia de El Salvador (por

ejemplo, la manifestación del 22 de enero de 1980) produjo un número abundante de víctimas. Sin embargo, fueron muchísimos más los ametrallamientos que no dejaron más huella que el rastro de las balas en las paredes de la casa, en la carrocería de los vehículos y, por supuesto, en el ánimo de las personas.

Los atentados con bombas se fueron haciendo tan comunes en 1980, que se volvió un tópico el que la primera pregunta del día de los habitantes de San Salvador fuera: ¿dónde estallaron las bombas de anoche? En buena parte, esta frecuencia se debió a que las bombas fueron uno de los instrumentos principales de las organizaciones político-militares en su lucha de sabotaje contra las estructuras del poder dominante. Algunos negocios e instituciones se volvieron blanco privilegiado para las bombas de uno u otro grupo, cuya identidad podía deducirse por la hora de su explosión: si la bomba estallaba a últimas horas de la tarde (entre ocho y diez de la noche) o a primeras horas de la mañana (entre las cinco y siete de la madrugada), con toda probabilidad la bomba había sido puesta por los grupos populares pero si la bomba estallaba en las horas de medianoche (entre doce de la noche y cuatro de la madrugada), la bomba podía ser atribuida sin duda alguna a fuerzas paramilitares pro-oligárquicas. La razón obvia para ello era que el patrullaje de los cuerpos de seguridad en la ciudad vacía dificultaba los movimientos nocturnos de los grupos guerrilleros, pero permitía y protegía los movimientos de sus propios grupos paramilitares.

Si las bombas y ametrallamientos constituían la forma más visible de represión paramilitar, el secuestro y el simple asesinato eran sin duda las formas últimas y más temibles. Porque, obviamente, lo que no se pretendía con las unas, se perseguía con las otras: la eliminación material de las personas y grupos. Aunque las bombas "oficiales" dejaron sin lo-

cal a prácticamente todos los sindicatos salvadoreños no vinculados al gobierno, más costoso le resultó a la clase obrera la continua sangría de líderes y dirigentes, que fueron pasando en número creciente a la lista de secuestrados, desaparecidos o simplemente asesinados. La persecución sistemática por parte del gobierno de los líderes obreros resultó tanto más horrible cuanto que en algunos casos sus fuerzas paramilitares penetraron en clínicas y hospitales (incluso estando vigilados por los cuerpos de seguridad) para rematar a quienes habían logrado escapar malheridos del atentado asesino.

1.3. Los efectos de la represión.

Los efectos de la represión son muchos y de muy diversa naturaleza, aunque no todos ellos corresponden necesariamente a la intención de quien la aplica. Podemos clasificar estos efectos en dos tipos: los efectos objetivos y los efectos subjetivos.

Si la represión consiste, según la concepción aquí aceptada, en aumentar los costos de una acción colectiva, el principal efecto objetivo es el de reducir la probabilidad e incluso la posibilidad de que ocurra esa acción. Se reduce la probabilidad, ya que los grupos tendrán que disponer de más recursos o estar dispuestos a sacrificar más recursos a fin de avanzar la acción objeto de la represión; pero se reduce también la posibilidad misma en la medida en que cada acción requiere un determinado espacio y unos determinados medios, y la represión va cerrando esos espacios o destruyendo esos medios. Así, el efecto objetivo último de la represión consiste en hacer imposible una determinada acción colectiva, sin que esta imposibilidad pueda ser superada por la disponibilidad de un grupo a asumir cualquier costo (como es el caso, por ejemplo, de las "brigadas suicidas").

Los efectos subjetivos de la represión son mucho más

complejos, aunque resulta esencial su análisis si pretende tenerse una comprensión adecuada de los efectos globales de la acción represiva. Ciertamente, el grupo represor experimentará satisfacción en la medida en que la represión sea efectiva y le ocasione a su vez menos perjuicios, es decir, en la medida en que realizarla represión tenga menos costos que beneficios.

Una serie de estudios experimentales en psicología social parecen indicar que, en determinadas circunstancias, el ejercicio de la violencia represiva puede originar cierto malestar moral al que curiosamente se ha dado en llamar "disonancia cognoscitiva" (ver Martín-Baró, 1975). Consiste la disonancia cognoscitiva en el malestar experimentado por la persona o el grupo al contrastar la propia imagen con sus acciones violentas y las más de las veces inmorales (según los valores públicamente reconocidos). Este malestar suele conducir a racionalizaciones más o menos verosímiles ("la patria está en peligro"; "estamos defendiéndonos contra una conspiración mundial") y a una sistemática devaluación de la víctima ("se trata de alimañas humanas"; "son grupos de bandoleros y asesinos degenerados"; "el único comunista bueno es un comunista muerto"). Es interesante observar que, todo a lo largo de 1980, la prensa cotidiana salvadoreña, sobre todo en su página editorial y en los titulares con que encabeza las noticias, que es donde mejor muestra un periódico su propio sentir, está plagada tanto de racionalizaciones patriotas como de calificativos devaluadores de quienes han caído como víctimas de la represión gubernamental. Así mismo, un análisis de contenido de las notas de prensa de la Fuerza Armada muestra que la racionalización patriota junto a la devaluación de la víctima y el ensalzamiento de las propias virtudes constituyen los ingredientes inevitables que articulan la información de sus acciones militares represivas.

Con todo, la experiencia histórica muestra la gran capacidad de las personas para vivir con incongruencias morales y, en el peor de los casos, la infinidad de recursos existentes para abortar o ahogar en ciernes las protestas de la conciencia. A este respecto, la doctrina de la seguridad nacional ofrece un inmejorable aparato ideológico para realizar los actos represivos más inhumanos, no sólo con la conciencia tranquila, sino incluso con la conciencia de estar realizando un verdadero servicio a la humanidad. Claro que estos procesos psicosociales requieren esquemas cognoscitivos muy rígidos o, como ha sugerido Poirier (1970), una conciencia nebulosa en el borde entre la realidad y la ficción, donde los interesados, a fuerza de repetir sus mentiras, acaban por creerse las ellos mismos. El pueblo salvadoreño pudo así contemplar,

a lo largo de 1980, cómo aquellos mismos que dirigían y ejecutaban una auténtica masacre represiva se presentaban públicamente como predicadores evangélicos de la paz, el perdón y la comprensión entre hermanos.

La represión, sobre todo la represión mediante la violencia física, puede producir dos tipos de efecto subjetivo en la persona o grupo reprimidos: el miedo y la indignación. Estas dos emociones no son incompatibles y frecuentemente el sujeto reprimido las experimenta simultáneamente, aunque su ulterior reacción dependerá en buena medida de cuál de las dos emociones predomine.

La indignación es una forma de enojo moral ante la presencia de un acto injusto. Como todo enojo, la indignación genera una profunda tensión en el individuo y potencia acciones enérgicas mediante la movilización inmediata de todos los recursos corporales. Ahora bien, al estar vinculada a los principios morales del sujeto, la indignación suele tener una mayor estabilidad que otras formas de enojo, haciendo posible que el individuo reaccione con acciones a más largo plazo ten

dientes a castigar o a buscar la reparación de la injusticia cometida o incluso a eliminar las raíces de esa injusticia.

En lo fundamental, el miedo constituye un sentimiento de inquietud que la persona experimenta ante un peligro real o imaginario y que le impulsa a evitar o huir del objeto o situación que lo desencadena (ver Gray, 1971; Lewis y Rosenblum, 1974; Rachman, 1974; Izard, 1977). La vivencia del miedo estrecha el campo perceptivo, "congela" el pensamiento y reduce notoriamente la gama de acciones que el individuo capta como posibles en un momento determinado.

No cabe duda que las técnicas represivas cuentan con el efecto subjetivo del miedo que intentan producir de muchas maneras a fin de desencadenar la reacción de evitación o huida. En unos casos, se trata de atemorizar para promover ciertas actitudes (por ejemplo, de rechazo al "comunismo") o propiciar ciertos comportamientos (delatar cualquier situación "sospechosa" a la Fuerza Armada); en otros casos, simplemente se buscará que las persona o los grupos abandonen el terreno de la confrontación y aun de la disidencia política por miedo a las consecuencias que su comportamiento les pueda acarrear, y eso sin que el grupo represor tenga que acudir realmente a la ejecución de acciones represivas más graves.

Existen numerosos estudios sobre el papel del miedo en el cambio de opiniones o actitudes. La consecuencia más comúnmente aceptada de esos estudios es que la producción de un temor moderado junto con la indicación de que un determinado comportamiento permitirá eludir el peligro causante del temor puede ayudar al cambio de opinión o de actitud y, por tanto, puede constituir un instrumento relativamente útil en una campaña propagandística. Sin embargo, si a las personas se les causa un miedo excesivo o un miedo fundado en un peligro para el que no se ofrece salida alguna, el proceso puede

resultar inútil y hasta contraproducente para el cambio, afianzando más la actitud previa de la persona e incluso desencadenando una tendencia agresiva.

Sería ingenuo aplicar estas conclusiones de psicología social experimental al miedo producido mediante la represión. Y lo sería, fundamentalmente, porque este miedo no se basa en argumentos más o menos convincentes, sino porque se basa ante todo en la experiencia vivida de los hechos represivos. Quien ha sido arrestado y maltratado por la policía, quien ha pasado la experiencia de que una bomba estalle en su hogar u oficina, quien ha visto su casa o su carro ametrallado, no sólo sufre los efectos materiales, objetivos, de esas acciones, sino que vivencia el miedo como una amenaza real e inminente contra su propia vida y la de su familia.

Puede ser interesante, a este respecto, recoger aquí la vivencia que se experimenta ante el estallido de una bomba en el propio hogar. En el momento de la explosión, por lo general nocturna, se emerge violentamente del sueño sintiendo una fuerza que lo levanta a uno materialmente, mientras techos y paredes saltan hechos pedazos y caen en lluvia hiriente sobre el propio cuerpo. El primer sonido es como de un rayo seco, al que sigue el ruido sordo del resquebrajamiento de materiales sólidos y finalmente el repiqueteo titileante de miles de vidrios rotos. De inmediato se experimenta una impresión de ahogo debida al fuerte olor a pólvora o clorato (según la bomba) más el polvo producido por la destrucción. Tras la bomba, aflora un sentimiento de desamparo e impotencia, mientras la suciedad y el desorden en que queda sumido el propio entorno magnifican la impresión de destrozo producido.

Más allá del daño material producido en el hogar particular (acción típica de las fuerzas ^{pro-oligárquicas} paraoficiales, no de los grupos populares) y que tiende a desalentar al

afectado, la experiencia de una bomba suele dejar una fuerte huella psicológica, tanto mayor cuanto más cercana y personal haya sido la vivencia de la explosión. El efecto más normal consiste en un período de inquietud, cuando no de simple e intenso miedo, y la hipersensibilidad a los ruidos abruptos; es frecuente también que el sueño normal se vea alterado y que las impresiones experimentadas (sobre todo acústicas y olfativas) vuelvan a vivenciarse reiteradas veces, como una película que volviera a pasar ante el individuo en milésimas de segundo con una fuerte tonalidad emocional. Con el transcurso del tiempo, normalmente tienden a desaparecer esos trazos, pero el impacto de la vivencia puede volver a sentirse eventualmente, desencadenando la reacción de miedo intenso.

Aunque buena parte de los efectos de la represión no dependen de los individuos afectados, la vivencia subjetiva y las formas de reacción están intrínsecamente ligadas a la conciencia política que la persona tiene de los procesos y su significación. Prescindiendo de otros rasgos de la personalidad, no reacciona lo mismo ante una bomba en su hogar quien sabe que está en medio de una verdadera guerra, que quien no sabe por qué le ponen una bomba "a él, que no se mete en política". El propio convencimiento ideológico, la claridad sobre lo que está en juego y la ubicación realista del propio papel al interior del conflicto son elementos que permiten a la persona asumir la brutal irracionalidad de la violencia represiva y encauzar sus reacciones de manera incluso contraria a los designios del represor.

Cuando el miedo producido por la represión es más fuerte que la indignación, la tendencia de los sujetos suele ser hacia alguna forma de huida. La forma más elemental de "huida" es la desidentificación con el grupo o con la acción colectiva reprimidas, es decir, la sumisión a los deseos del poder represor. Sin embargo, la forma quizá más espontánea y común de reacción ante la represión es la huida material hacia otros lugares del país o

del extranjero. En el caso del campesinado salvadoreño, la huida física era realmente la única opción que objetivamente le quedaba abierta, independientemente del miedo que sintiera hacia las fuerzas opresoras: sus ranchos eran quemados, sus propiedades saqueadas y las mismas personas eran continuamente sometidas al maltrato cuando no al asesinato por parte de "la autoridad". Así, a lo largo de 1980, hubo que empezar a establecer refugios por todo El Salvador para atender a quienes huían de la violencia desencadenada. En algunos casos, estos refugios eran preparados con antelación por las fuerzas del ejército gubernamental a fin de sacar a sus partidarios de aquellas zonas que pensaban "peinar" militarmente, en operativos "al estilo Vietnam", cuyo objetivo era el exterminio sistemático de todo ser viviente encontrado en la zona.

Mientras el campesinado huía desvalidamente hacia refugios de beneficencia en el interior del país o en la zona fronteriza de Honduras, la burguesía y ciertos sectores de la pequeña burguesía salvadoreñas salían huyendo hacia el extranjero. En el caso de los campesinos, la huida era realmente la única alternativa que les quedaba abierta ante la violencia de la represión ejercida sobre ellos; pero en el caso de la burguesía y de la pequeña burguesía, fueron mucho más determinantes los factores subjetivos de miedo, sin que la mayoría de las veces la represión oficial o las acciones de los grupos populares les hubieran alcanzado todavía directamente. El lugar buscado como destino por estos sectores definía generalmente su afiliación política: la oligarquía y sus grupos afines marchaban hacia Miami y Guatemala, mientras que la pequeña burguesía opositora marchaba más frecuentemente hacia México y Costa Rica. El Cuadro 4 presenta un cálculo aproximado de los principales grupos de refugiados salvadoreños, tanto en el extranjero como en el interior de la república, en marzo de 1981.

INSERTAR CUADRO 4 AQUI

C U A D R O 4

NUMERO DE REFUGIADOS ANTE EL CONFLICTO SALVADOREÑO

(Marzo 1981)

<u>Refugiados en otros países*</u>	
Belice	10,000
Costa Rica	20,000
Honduras	60,000
México	70,000
Nicaragua	10,000
Panamá	15,000
SUB-TOTAL	185,000
<u>Refugiados en El Salvador</u>	
Evacuados por la FA	79,000
Huyendo de la FA	100,000
SUB-TOTAL	179,000
T O T A L	364,000

* La fuente no ofrece datos sobre los refugiados en países como Guatemala o Estados Unidos, gran parte de los cuales pertenecen a los sectores más adinerados del país.

Fuente: Socorro Jurídico del Arzobispado de San Salvador, Sobre los refugiados salvadoreños. San Salvador, marzo de 1981. (Mimeo).

Los efectos de los diversos actos represivos resultaban acumulativos. De este modo, según avanzaba 1980 empezó a volverse normal en El Salvador el espectáculo de una persona o familia que se había mantenido firme a través de graves sucesos de hostigamiento y que repentinamente se derrumbaba psíquicamente ante una nueva amenaza o peligro a ^{alguna}ante, nimia adversidad, y salía huyendo hacia el exterior. En la medida en que esto ocurría, el miedo subjetivo desencadenado por la represión lograba, al menos a corto plazo, su propósito político.

Ahora bien, en muchos casos la indignación personal superaba con creces al miedo desencadenado por la represión, sobre todo cuando existía una clara conciencia política sobre lo que estaba sucediendo. En estos casos, la reacción de las personas podía consistir en una radicalización de su opción política y en una disponibilidad mayor a la lucha contra las fuerzas opresoras y represivas. Por supuesto, este tipo de respuesta no queda simplemente explicado por el factor subjetivo ni las razones en juego eran las mismas para todos los individuos o grupos. En numerosos sectores del campesinado, la represión no hizo sino acelerar un proceso de toma de conciencia de clase ya incipiente. Pero en otros casos la decisión de incorporarse a los grupos guerrilleros fue un efecto directo de la represión material, que no dejó más alternativas a cientos de campesinos que o unirse a las fuerzas represivas o incorporarse a las fuerzas populares insurgentes. En general, la opción fue clara: mientras ancianos, mujeres y niños campesinos acudían a los refugios, los jóvenes y adultos se incorporaban masivamente a la guerrilla.

El caso de los sectores urbanos, sobre todo pequeño burgueses, era más complejo, en la medida en que las condiciones objetivas producidas por la represión no los acorralaban tan salvajemente como a los sectores campesinos, y la

misma realidad urbana (sobre todo en San Salvador) permitía alternativas diferentes. Con todo, miles de jóvenes fueron progresivamente incorporándose a los diversos niveles de las fuerzas populares. En buena medida les movía ^a esta decisión / cierto idealismo juvenil que no podía transigir con la corrupción y explotación del poder opresor; pero fueron no pocos también los profesionales o empleados de todo tipo que, aceptando su dosis de peligro y el consiguiente miedo personal, optaron por colaborar activamente en la lucha contra la dictadura.

La represión generalizada a todos los niveles fue paulatinamente creando un clima de peligrosidad pública y de amedrentamiento, más notorio en aquellos sectores que se consideraban más vulnerables o que juzgaban que tenían más que perder. Así, la represión no sólo impulsó a la huida de amplios sectores de la población, sino que fue modificando profundamente ciertas formas de vida tradicionales, sobre todo entre los sectores más acomodados de la pequeña burguesía capitalina. La vida nocturna se fue acortando paulatinamente hasta casi desaparecer por completo. Los cines se vieron obligados primero a suprimir su sesión nocturna (a las once de la noche) y luego fueron anticipando cada vez más su última sesión vespertina. Las escuelas nocturnas acortaron o modificaron sus horarios y los restaurantes tuvieron que cambiar su orientación, eliminando muchos de ellos el servicio nocturno. Una actividad de tanto arraigo en San Salvador como la serenata nocturna prácticamente desapareció, y fueron no pocos los músicos y mariachis que tuvieron que buscar otra forma de ganarse la vida. San Salvador se fue volviendo una ciudad desértica tras las ocho de la noche.

Simultáneamente, los establecimientos comerciales empezaron a protegerse contra posibles atentados: poco a poco, primero, aceleradamente después las vitrinas

comerciales y, en general, las estructuras de vidrio fueron substituidas por sólidas paredes de ladrillo o cemento. En las colonias residenciales lujosas, desaparecieron de la vista los jardines circundantes, prestamente rodeados por altísimos muros. Muchas viviendas adquirieron el aspecto de auténticas fortalezas, y en algunos casos lo eran realmente, ya que más de un oligarca o adinerado pequeño burgués protegió su vivienda con un verdadero ejército de guardianes fuertemente armados. Los vehículos, pequeñas casas móviles, fueron también cambiando la estética por la seguridad, proliferando entre las familias oligárquicas las furgonetas blindadas.

Casas y comercios amurallados, vehículos blindados, supresión de fiestas o reuniones nocturnas fueron materializando así los efectos progresivos de la represión en San Salvador, convertida cada vez más en una ciudad militarizada. En este clima de peligrosidad objetiva y miedo subjetivo generalizados, a las personas no les quedaba otro refugio que su aislamiento progresivo y el círculo cada vez más restringido de aquellos en quienes realmente sabían que podían confiar. Más aún, una persistente campaña oficial invitando a todos los salvadoreños a delatar a la Fuerza Armada cualquier cosa "sospechosa" que observaran en la calle, en su trabajo o en su vecindario, y ésto sin necesidad de identificarse, contribuyó muy eficazmente tanto a aumentar la irracionalidad imprevisible de los actos represivos (sobre todo de los cateos a casas o zonas) como el clima de inseguridad y desconfianza colectivas. Ni los propios familiares ni el propio hogar constituían ya un refugio seguro contra el peligro.

Todos estos cambios afectaron mucho más sensiblemente a los sectores económicamente "pudientes" que al sector trabajador o marginal, y no porque la violencia represiva recayera más en ellos, sino porque nunca hasta entonces había experimentado algún tipo de violencia en su vida o posesiones. Lo

que resultaba más doloroso a los sectores oligárquicos era comprender que la violencia originariamente desatada por ellos mismos, y llevada a niveles de crueldad inauditos en la represión de las fuerzas militares o paramilitares, se volvía ya también en su contra, expresando los dolores de un parto histórico que habría de acabar con un sistema social del que habían sido (y seguían siendo todavía) únicos beneficiarios.

A medida que se prolongaba la confrontación social, las prácticas represivas ejercidas por la ^{oligarquía} bien a través de los cuerpos de seguridad estatales, bien a través de escuadrones paramilitares (por lo general, vinculados también a los mismos cuerpos de seguridad), se fueron volviendo cada vez más claramente verdaderos recursos de la desesperación, auténticas patadas de ahogado, mientras la organización popular se afianzaba política y militarmente. De esta manera, los sectores pro-oligárquicos fueron incrementando, cuantitativa y cualitativamente, sus técnicas represivas, reduciendo al mínimo el área de la tolerancia política. Por otro lado, esas acciones represivas fueron caracterizándose cada vez más por el rasgo de crueldad, obviamente enfocado a desencadenar el terror en la población. Por su parte, las fuerzas populares conseguían afianzarse más y más como una unidad disciplinada y ética, dispuesta a constituir la verdadera alternativa política en El Salvador y a tomar las riendas del poder incluso a través de una victoria militar.

2 . REPRESION Y TERROR.

El secuestro, la tortura y el simple asesinato han sido prácticas relativamente comunes en El Salvador. Existen narraciones bien conocidas sobre casos particulares de secuestro y tortura (Martínez, 1978; Carpio, 1979), así como innumerables testimonios, tanto particulares como de organizaciones y organismos internacionales, que testifican estas prácticas.

Precisamente el informe de uno de estos organismos (la Comisión de Derechos Humanos de la OEA) precipitó el golpe de estado de octubre de 1979.

Sería ingenuo, sin embargo, pensar que estas prácticas corresponden a debilidades particulares de algunos funcionarios, a la corrupción de determinados organismos estatales o a circunstancias accidentales de un período histórico. Por el contrario, se trata de prácticas connaturales a un determinado régimen político que necesita la represión sistemática para conservar un control mínimo sobre la población, y más todavía a un régimen que se ha encuadrado claramente en el marco de la seguridad nacional. La represión violenta es así un elemento estructural de este sistema social, y sólo la intensidad o la calidad de las formas represivas utilizadas en cada momento variará de acuerdo a las exigencias de la situación desde la perspectiva de la seguridad, y de acuerdo también a la particular visión, determinación y estilo de los funcionarios de turno. Que se trata de un problema estructural y no de una práctica accidental, lo probó una vez más en El Salvador la incapacidad real de los primeros y más sinceros dirigentes del movimiento del 15 de octubre para disminuir sensiblemente y mucho menos detener incluso las peores formas de represión violenta. Más allá de intenciones aparentemente buenas y de palabras esperanzadoras, el aparato represivo del estado salvadoreño continuó ejerciendo sus funciones, en consonancia con el sistema social existente, lo que muestra también que la supeditación a la seguridad nacional desborda incluso a los gobiernos de turno (La represión, 1980).

Con la renuncia masiva de funcionarios a comienzos de 1980 y el pacto de gobierno entre la Fuerza Armada y el Partido Demócrata Cristiano, la represión gubernamental entró en una fase de aceleración cuantitativa y cualitativa comparable a los períodos más sórdidos en la historia de la humanidad. Ciertamente, las estadísticas conocidas permiten con

razón hablar si no de un genocidio, sí de exterminio sistemático (ver González, 1980). El Cuadro 5 presenta una síntesis de los asesinatos políticos de carácter represivo realizados en El Salvador durante 1980 por fuerzas militares o paramilitares. Téngase en cuenta que estos datos corresponden a un país con una población de apenas cinco millones de habitantes y que se trata de cifras verificadas, más bien conservadoras, que tampoco incluyen aquellos individuos muertos en enfrentamientos militares propiamente dichos o en cierta violencia delincencial incrementada al abrigo de la ola represiva generalizada.

INSERTAR CUADRO 5 AQUI

CUADRO 5

EL SALVADOR: ASESINADOS POR MOTIVOS POLITICOS POR LOS CUERPOS DE SEGURIDAD EN 1980

OCUPACION	ENERO	FEBR.	MZO.	ABR.	MAYO	JUNIO	JULIO	AGOST.	SEPT.	OCT.	NOV.	DIC.	TOTAL
Campesino	129	126	203	198	200	393	524	236	378	200	207	212	3006
Obrero/Empleado	10	9	32	30	53	87	52	55	104	110	107	47	696
Estudiante	4	22	47	61	14	98	52	77	59	151	120	88	793
Maestro	8	6	3	12	21	9	7	4	9	13	14	8	114
Profesional	2	4	7	-	17	11	8	6	-	2	3	5	65
Religioso	-	-	1	-	-	1	1	-	-	1	2	7	13
Desconocida	115	69	195	179	306	429	403	327	275	561	509	320	3688
T O T A L	268	236	488	480	611	1028	1047	705	825	1038	962	687	8375

FUENTE: De Enero a Mayo, Socorro Jurídico del Arzobispado de San Salvador, Asesinatos por motivos políticos desde el 1o. de Enero hasta el 24 de Octubre de 1980.

(Mimeo).

De Junio a Diciembre, CUDI, Balance Estadístico, varios números.

La generalización del asesinato político constituye sin duda la práctica represiva más radical y, por tanto, la amenaza más fuerte que se puede esgrimir en la confrontación social. Así, por ejemplo, ciento catorce maestros fueron sistemáticamente asesinados a lo largo y ancho de El Salvador en 1980. Fue ésta una campaña dirigida a reprimir a uno de los gremios más comprometidos políticamente, de mayor influjo y agresividad social. La represión buscaba no sólo debilitar objetivamente al gremio, eliminando a sus líderes más connotados y valiosos, sino también desmoralizarlo mediante el atemorizamiento sistemático hasta al último de sus miembros. Cientos de maestros se vieron forzados a adoptar especiales medidas de seguridad o simplemente a esconderse, hasta el punto de que el año escolar 1980 tuvo que darse por terminado con dos meses de antelación, en buena medida porque muchas escuelas carecían de maestro, que había sido asesinado o se había escondido.

El Cuadro 5 muestra dos saltos cuantitativos de la represión mediante el asesinato en los meses de marzo y junio. En su conjunto, estos datos son todavía más significativos si se comparan con los datos equivalentes de los asesinados por las fuerzas de seguridad durante el gobierno del General Romero, cuyo régimen fue públicamente reconocido como inaceptablemente represivo. Las personas asesinadas en todo el año de 1978 fueron 147, es decir, menos que en cualquier mes de 1980; las asesinadas en los primeros meses de 1979 (hasta el golpe militar) fueron 580, es decir, menos que en cualquier mes de mayo a diciembre de 1980; y las personas asesinadas a lo largo de todo 1979, incluyendo los meses de la primera Junta, fueron 1030, es decir, menos que en el mes de julio o en el mes de octubre de 1980.

Lo que el Cuadro 5 no puede mostrar es que, junto al

crecimiento cuantitativo del asesinato represivo, se dió también un desarrollo cualitativo. Personalidades connotadas, como Monseñor Romero, Arzobispo de San Salvador, o el Ingeniero Félix Ulloa, Rector de la Universidad de El Salvador, e incluso grupos significativos, como seis altos dirigentes del Frente Democrático Revolucionario, cayeron víctimas de la represión. A tal punto se cerró el espacio político salvadoreño en 1980, que incluso la disidencia y aun la simple discrepancia al interior del régimen resultaba intolerable. La intransigencia represiva va cobrando sus víctimas entre las propias filas de los sectores adictos al gobierno: así, por ejemplo, dos connotados miembros de la Democracia Cristiana, Mario Zamora y Melvin Orellana, son asesinados por fuerzas represivas, al parecer por haber intentado sanear ciertos organismos estatales; de manera semejante, periódicamente se producen atentados contra militares progresistas, e incluso el propio Coronel Majano, miembro de la Junta y representante de los oficiales políticamente más abiertos, sale ileso de un salvaje atentado que cobra la vida de varias personas.

La nota de crueldad en el asesinato fue progresivamente caracterizando la acción represiva en 1980. Los cadáveres de los asesinados empezaron a aparecer por todos los rincones de la república con claras señales de haber sido torturados. Lo significativo fue que no sólo no se ocultaban las huellas dejadas por la tortura en los cuerpos, sino que incluso se trataba de resaltarlas. Empezaron así a encontrarse cadáveres estrangulados, mutilados, destrozados; cadáveres con el cuerpo por un lado y la cabeza por otro; cadáveres macabramente colgados de muros o puentes, con letreros alusivos a la organización que los había asesinado. La violación masiva de las mujeres antes de su ejecución era una práctica que se ejecutaba casi por principio. La situación llegó a tal punto, que muchas personas dejaron de temerle a la muerte,

que, a fin de cuentas, constituía una posibilidad humana con la que había que contar en todo momento; lo que se temía era "caer en manos de ellos".

Se conocieron testimonios de algunos casos particularmente sádicos, como la matanza realizada por fuerzas militares combinadas en la frontera con Honduras, junto a un pequeño río, el río Sumpul. En esa ocasión y según relatos fidedignos, algunos guardias llegaron a hacer puntería con sus armas automáticas arrojando al aire los cuerpecitos de niños de pecho. En otra ocasión, se supo de una joven campesina embarazada, de cuyo vientre miembros del "Escuadrón de la muerte" sacaron a la criatura antes de dar muerte a una y otra. Así mismo, en una zona costera, la población atribuía la enfermedad de sus hijos a la contaminación producida por los cadáveres arrojados al mar en un acantilado cercano y, en unos poblados contiguos a un embalse, sus habitantes dejaron de pescar ante el pensamiento de que los pescados se estuvieran alimentando con los cadáveres humanos allí lanzados. No era raro encontrar cadáveres en los basureros y se daba el caso de que los camiones de la basura tuvieran que cargar cuerpos humanos o pedazos de cuerpos humanos. La realidad de un sistema se volvía símbolo de su sentir hacia las personas, convertidas realmente en basura.

Sin duda, algunos de estos macabros casos representaban "abusos de subordinados", probablemente no queridos por sus superiores. Como solían decir los oficiales militares en sus círculos de amistad, "a los muchachos se les fue la mano". Sucesos como el del río Sumpul supusieron un notorio embarazo para la Junta salvadoreña, que ni siquiera en los "slogans" de la seguridad nacional encontraba asidero para justificar internacionalmente tamaña monstruosidad. La única posibilidad en estos casos era la negación frente a toda evidencia, y obviamente ése fue el recurso constantemente empleado. Con todo, en ningún momento cupo a nadie duda alguna sobre quiénes eran los autores de tales asesinatos, aunque se parapetaran tras nombres como el de "Escuadrón de la muerte", "Ejército Salvadoreño Anticomunista",

"Escuadrón Maximiliano Martínez" u otros. Tanto por la identidad de las víctimas --siempre personas identificadas con organizaciones populares o de oposición a la Junta-- cuanto por las formas de operar o la impunidad absoluta de todas y cada una de esas acciones, era evidente que esos grupos representaban brazos paramilitares de las fuerzas de seguridad salvadoreñas, cuando no simples nombres para operar al margen de la ley. En ningún caso se supo que las fuerzas populares hubieran recurrido a la tortura y mucho menos al sadismo macabro y publicitario, aun cuando la maquinaria propagandística oficial pretendiera responsabilizarlos de sus propias acciones de represión inhumana y así justificar nuevos actos y operativos.

El carácter absoluto del imperativo de seguridad nacional justifica de antemano cualquier acción represiva, por inhumana que sea. Ahora bien, además del salto cuantitativo, en cuanto al número de asesinados, y del salto cualitativo, en cuanto a la identidad de los asesinados, el proceso represivo salvadoreño empezó a utilizar en 1980 un elemento distinto: el poder simbólico de la crueldad. Este elemento, que ya había sido usado por otros regímenes de la seguridad nacional, como Brasil y Guatemala, no aparece en El Salvador casualmente. Si las fuerzas represivas oficiales incorporaron en sus tareas la técnica del terro, incluso con los riesgos de condena pública, tanto nacional como internacional, que este nuevo elemento arrastra consigo, fue como consecuencia de una necesidad sentida y, por consiguiente, como expresión de una intencionalidad política. La necesidad sentida consistía en detener cuanto antes un proceso que se les iba aceleradamente de las manos a los grupos en el poder y para lo cual ya no bastaba ni siquiera con el nivel de represión violenta desatado por todo El Salvador. En consecuencia, ya no era suficiente el asesinato; había que hacerlo "ejemplar". Ya no bastaba con inducir miedo; había que aterrorizar. La tradicional arbitrariedad de la "autoridad" salvadoreña mostraba así sin pudor su verdadera naturaleza: la irracionalidad y la necrofilia, mientras el proyecto polí-

tico por ella mantenido se descomponía mortalmente dejando tras sí una horrible secuela de miseria, corrupción y muerte.

3. EL RESQUEBRAJAMIENTO DEL ORDEN SOCIAL.

Todo orden social, en cuanto concreción de unos determinados intereses de clase, tiende a perpetuarse. El funcionalismo acertó al subrayar la importancia de esta tendencia, aunque falló al suponer que respondía a la totalidad social. Como ha insistido Janowitz (1978), el concepto de "control social" no se refiere simplemente a la imposición de un orden por parte del poder establecido y la correspondiente sujeción por parte de los súbditos; fundamentalmente el concepto de control social alude a la capacidad de una sociedad (de un orden social) de regularse a sí misma de acuerdo con una serie de principios y de valores. El control social persigue reducir al mínimo la coerción social (aun cuando reconoce su necesidad en cualquier sistema legitimado de autoridad), eliminar la miseria humana (aun cuando acepta la persistencia de la desigualdad social) y encauzar los objetivos de la sociedad cada vez más racionalmente (Janowitz, 1978, págs. 29-30). Pero ello supone precisamente que la racionalidad de un determinado orden social sea interiorizada por todos sus miembros y que lo que es requisito de subsistencia para el orden social se convierta en necesidad para el individuo; en otras palabras, que el individuo llegue a desear personalmente lo que es una exigencia objetiva para el mantenimiento del orden social, aunque ese orden corresponda a los intereses de una clase social que no es la propia.

El control social como mecanismo de autorregulación de un determinado sistema tiene vigencia en la medida en que el sistema social funciona, es decir, logra mantener el equilibrio de las fuerzas sociales que le da origen. Ahora bien, en la medida en que, a través de la confrontación de clases, se rompe el equilibrio de fuerzas, por lo mismo des

parece la "racionalidad" del orden establecido y el control social pierde sus mecanismos de funcionamiento "normal". Los valores y principios que, más o menos conscientemente, los individuos habían interiorizado como universales a través del proceso de socialización, aparecen en su descarnado carácter clasista y pierden su fuerza motivadora. La colectividad social se dinamita en multiplicidad de conciencias grupales, cada una de ellas desde la especificidad de sus intereses de clase más o menos asumidos. La supuesta "identidad nacional" pierde su cobertura unificadora, y las diferencias grupales aparecen tanto más hirientemente cuanto que son promovidas por la estructura de poder al abrigo de unas necesidades supuestamente naturales y universales.

A medida que el equilibrio social se rompe y el sistema y sus normas muestran su naturaleza clasista, el mantenimiento del orden social va requiriendo una progresiva exteriorización del control. Puesto que los grupos no se sienten ya identificados con los objetivos promovidos por el orden social ni con sus valores, se hace progresivamente necesario incrementar el grado de coerción extrínseca para encauzar su conducta de acuerdo a los requerimientos del sistema. Poco a poco, el orden normativo cede paso al orden de la violencia, el atractivo de los valores al constreñimiento de la fuerza bruta, el deseo de los objetivos al miedo al castigo y la represión. Finalmente, sólo queda la violencia descarnada de unos intereses clasistas que se imponen mediante el imperio del terror.

Al aceptar los principios de la seguridad nacional, un régimen político está reconociendo de hecho el carácter clasista así como la precariedad opresiva del orden social que impone, al que debe subordinarse cualquier otra necesidad colectiva. Se sabe bien que el "control social", en cuanto capacidad de autorregulación social, es un espejismo ideo

lógico en una sociedad radicalmente escindida por la lucha de clases y donde una burguesía minoritaria oprime secularmente a la mayoría popular. En este sentido, la seguridad nacional constituye la racionalización del esfuerzo histórico realizado por el capitalismo norteamericano para contener las demandas de liberación de los pueblos oprimidos. El carácter transnacional de la seguridad nacional confirma, por otro lado, que se trata de un verdadero imperialismo, y que a países como El Salvador no se les concede libremente la oportunidad de optar por él o de rechazarlo.

Ciertamente, la historia de El Salvador no queda adecuadamente representada cuando se reduce a una confrontación de fuerzas que produce un orden capaz o no de autorregularse. Pero sí parece claro que el ordenamiento social surgido tras la revolución de 1932 ha sido capaz de perpetuarse durante medio siglo mediante un control sólo parcialmente apoyado en la coerción externa, al abrigo del paraguas imperial norteamericano. Sin embargo, la lucha de clases de los últimos años ha desembocado en un desenmascaramiento de la naturaleza clasista de ese orden, y por consiguiente, en el desmoronamiento de aquellos principios y valores que supuestamente debían orientar la actividad de todos los grupos e individuos salvadoreños. En la medida en que esto ha ido ocurriendo, el régimen se ha visto obligado a incrementar su naturaleza represiva; la sumisión interiorizada en ideologías alienadas se ha tenido que exteriorizar en mecanismos de coerción, cada vez más violentos y brutales, sólo justificados por una mecánica apelación a supuestas conspiraciones internacionales y a la necesidad absoluta de seguridad nacional. Lo que antes aparecía como arbitrariedad connatural a la "autoridad", que "tenía que hacerse respetar", ahora aparece en su verdadera naturaleza de racionalidad explotadora, clasista y dependiente. Finalmente, el orden social salvadoreño

apenas sobrevive como reflejo ideológico de un reino del terror, en el que ni siquiera la violencia más cruel es capaz de someter al pueblo a sus objetivos de explotación deshumanizadora.



CAPITULO QUINTO
EL PUEBLO EN ARMAS

"El hombre colonizado se libera en y por la violencia... Sólo la violencia ejercida por el pueblo, violencia organizada y aclarada por la dirección, permite a las masas describir la realidad social."

Frantz Fanon

1. ZONAS LIBERADAS.

Dado el control que el capital oligárquico ejerce sobre los principales y más poderosos medios de comunicación, a los salvadoreños les resulta realmente difícil mantenerse informados sobre lo que ocurre en su propio país. En 1980, la periódica destrucción de la emisora YSAX y la dificultad objetiva para conseguir "El Independiente" (finalmente también destruido por fuerzas represivas), prácticamente los dos únicos medios de comunicación con valentía y libertad para transmitir noticias desagradables al poder establecido, dejaban al pueblo salvadoreño sin posibilidades de información verídica, situación apenas subsanada de tiempo en tiempo por los boletines publicados o transmitidos por las organizaciones populares. Por otro lado, la sistemática desinformación, distorsión y engaño transmitidos por los medios de comunicación sometían a las personas y grupos a un bombardeo psicológico ante el cual la confianza en las posibilidades del pueblo organizado se convertía casi en un acto de fe.

Ya desde comienzos de 1980 se hablaba de diversas "zonas liberadas" o a punto de serlo en varias partes de El Salvador. Se mencionaban, en particular, diversos sectores del norte del país, en los Departamentos de Chalatenango y Morazán, así como de San Vicente. Por zonas liberadas se entendía aquellas donde el ejército popular habría conseguido ya un control y dirección funcional de la vida ciudadana, sin que las fuerzas gubernamentales pudieran restablecer su dominio sobre ellas aunque eventualmente pudieran hacer una u otra incursión mediante un despliegue militar gigantesco.

A pesar del silencio o encubrimiento informativo y las continuadas negativas oficiales, la verdad sobre la existencia de estas zonas se fue imponiendo a la conciencia colectiva salvadoreña en 1980. El extracto de una carta, sorprendentemente filtrada el 21 de octubre de 1980 en las noticias de "El Diario de Hoy", uno de los medios de comunicación más pro-oligárquicos del país, sirvió para confirmar este hecho. En esa carta, varios propietarios de haciendas y fincas situadas en la zona norte del país suplicaban al periódico que les dijera la verdad sobre lo que pasaba en esa zona. Según el extracto periodístico de la carta, los propietarios indicaban que por todas partes se les afirmaba que la zona estaba en paz, que había normalidad, que no tenían que preocuparse, pero que ellos no habían podido ingresar ni acercarse a sus propiedades por más de seis meses.

Esta carta sirvió de antesala a la información, cuidadosamente filtrada por instancias militares, sobre la "batalla de Morazán", en la que un gran contingente de soldados y guardias (más de tres mil, según diversos informes), con el máximo de armamento y apoyados por la fuerza aérea, había tratado sin éxito de acorralar y aniquilar a un grupo de combatientes populares, acantonado en aquella zona al noreste del país. La batalla de Morazán terminó con el agotamiento del ejército gubernamental al que las fuerzas populares primero contuvieron eficazmente y del que, en un momento determinado, se escabulleron burlando el cerco que se les había tendido. Una vez más, la batalla de Morazán, de la que nunca se quiso informar con claridad y que culminó con una vergonzante matanza entre la población civil, sobre todo de mujeres, niños y ancianos, confirmaba la existencia de las zonas liberadas.

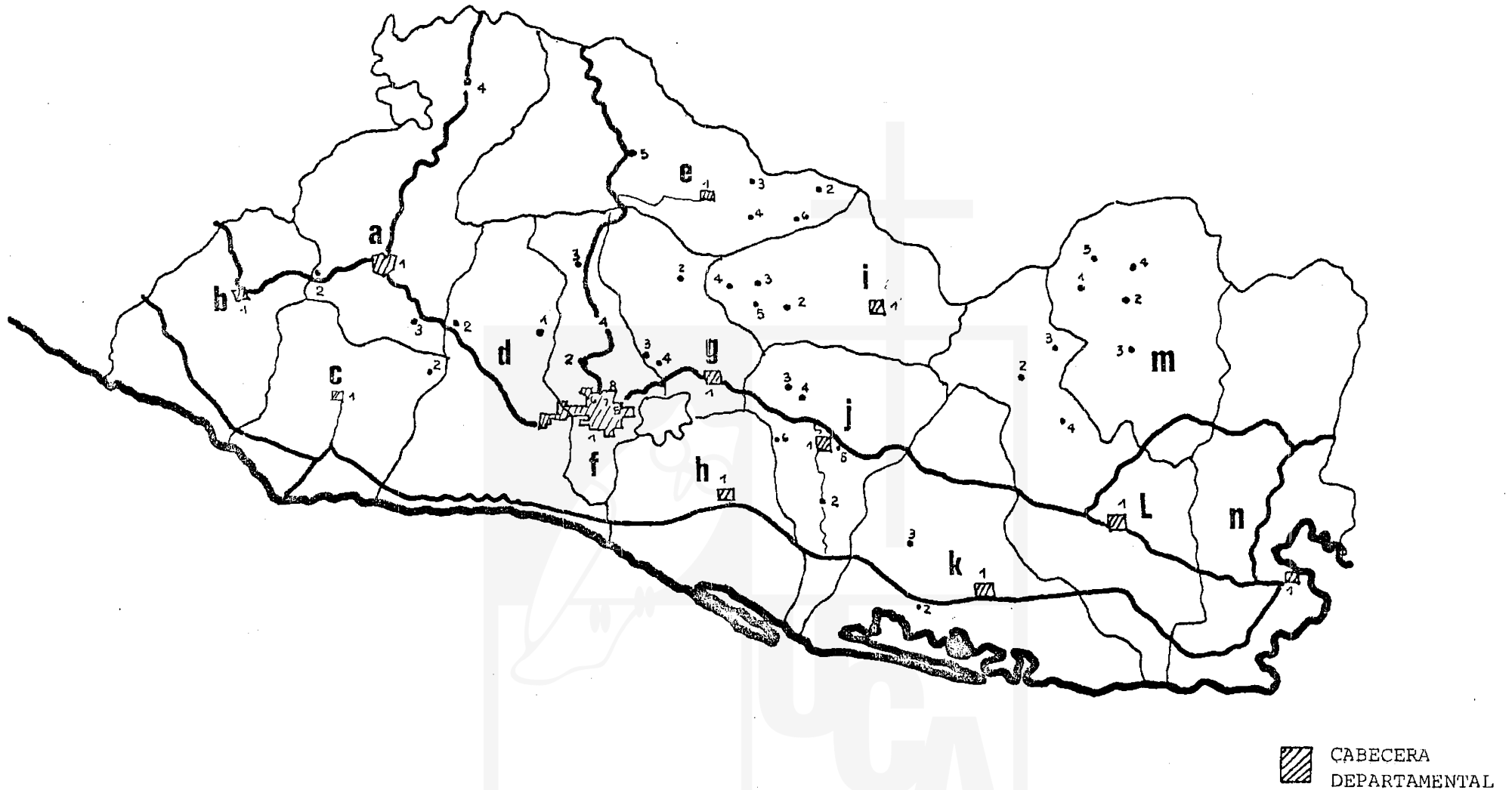
De este modo, desde finales de 1980 la existencia de zonas liberadas pasó a ser un secreto a voces para la conciencia pública salvadoreña. La Figura 5 muestra en un mapa de El Salvador aquellas zonas que ya por ese tiempo podían considerarse "liberadas" y que se extienden a lo largo de la zona norte y paracentral del país. Poco a poco estas zonas de control insurgente se irían extendiendo hasta dividir al país en dos mitades, norte y sur, bajo control insurgente o gubernamental respectivamente. Con todo, es importante subrayar la ambigüedad del término "zona liberada" y más a la altura de 1980. En rigor,

el gobierno seguía manteniendo un poder real, aunque parcial, sobre esas zonas, ya que en ellas seguían funcionando oficinas estatales, instalaciones gubernamentales y aun puestos militares o de guardia. Por lo general y salvo muy contadas excepciones, los grupos insurgentes no pretendían afianzarse en posiciones fijas, sino que se conformaban con un control funcional que les permitía actuar libremente por una zona, desarrollarse y preparar las bases de su futuro poder, militar y político. Por consiguiente, las zonas liberadas eran zonas sólo en parte bajo control insurgente, periódicamente sometidas a los embates de las fuerzas gubernamentales.

INSERTAR FIGURA 5 AQUI

Que la situación de las zonas liberadas no era la misma que la de cualquier otra parte del país como la propaganda oficial insistía en afirmar, se comprobaba en el hecho de que no era fácil para un observador entrar en alguna de esas zonas. Por un lado, la vigilancia más o menos sistemática ejercida por las fuerzas gubernamentales en los accesos a esas zonas representaba un verdadero peligro para la propia vida, ya que esas fuerzas consideraban como "subversiva" a cualquier persona a quien vieran por allí y, según expresión común, "primero disparan y luego preguntan". Por otro lado, nadie podía penetrar en las zonas bajo control insurgente sin el visto bueno de las organizaciones populares allí establecidas. Con todo, el acceso era posible ya que existía un claro deseo por parte del pueblo organizado

FIGURA 5



PRINCIPALES ACCIONES POLITICO-MILITARES
DEL FMLN, POR DEPARTAMENTO Y MUNICIPIO.

SEPTIEMBRE - DICIEMBRE DE 1980

a.	SANTA ANA	192	g.	CUSCATLAN	95
	1. Santa Ana	128		1. Cojutepeque	15
	2. Chalchuapa	11		2. Suchitoto	44
	3. Coatepeque	11		3. San Bartolomé	11
	5. Metapán	15		4. San Pedro	11
	Otros lugares	27		Otros lugares	14
b.	AHUACHAPAN	12	h.	LA PAZ	125
	1. Ahuachapán	7		1. Zacatecoluca	71
	Otros lugares	5		Otros lugares	54
c.	SONSONATE	38	i.	CABAÑAS	71
	1. Sonsonate	17		1. Sensuntepeque	17
	2. Armenia	11		2. Ilobasco	16
	Otros lugares	10		3. Jutiapa	12
d.	LA LIBERTAD	62		4. Cinquera	8
	1. Quezaltepeque	11		5. Tejutepeque	7
	2. Ciudad Arce	11		Otros lugares	11
	Otros lugares	40	j.	SAN VICENTE	225
e.	CHALATENANGO	146		1. San Vicente	73
	1. Chalatenango	8		2. Tecoluca	51
	2. Arcatao	25		3. San Sebastián	13
	3. Las Vueltas	16		4. San Esteban Cat.	16
	4. San Antonio	8		5. Apastepeque	11
	5. Tejutla	14		6. Volcán San Vic.	10
	6. San Antonio La Cruz	13		Otros lugares	62
	Otros lugares	62	k.	USulután	58
f.	SAN SALVADOR	750		1. Usulután	11
	1. San Salvador	494		2. Jiquilisco	9
	2. Apopa	27		3. San Agustín	7
	3. Aguilares	35		Otros lugares	31
	4. Troncal del norte	24	l.	SAN MIGUEL	113
	5. Soyapango	59		1. San Miguel	78
	6. Mejicanos	44		2. Sesori	14
	7. Ciudad Delgado	41		3. Ciudad Barrios	7
	8. Cuscatancingo	26		4. Chapelitque	6
				Otros lugares	8
			m.	MORAZAN	94
				1. Torola	16
				2. Jocoaitique	23
				3. Oscicala	15
				4. Perquín	10
				5. San Fernando	7
				Otros lugares	11
			n.	LA UNION	27
				1. La Unión	12
				Otros lugares	15

de que se conociera la verdad de la situación, de que se estudiaran y analizaran con honradez los procesos de lucha popular y de que se juzgara con objetividad científica la alternativa social por ellos planteada. Así fue como el autor de estas líneas pudo visitar una de esas zonas a mediados de 1980.

Tras una compleja cadena de contactos, la mayoría de cuyos eslabones resulta inidentificable e imperceptible para el observador que es transportado a ciegas, se llega por fin a la zona liberada. De ahí en adelante hay que caminar, aun cuando los guías de turno (dos jóvenes campesinas) comprenden la dificultad del observador que no puede moverse con su misma habilidad y rapidez, sobre todo en las partes más agrestes, escarpadas o resbaladizas del terreno.

La zona liberada a la que ha sido llevado este observador es una bella zona montañosa, donde la naturaleza recorre toda la gama de verdes en una auténtica sinfonía de colores. Está lloviendo, y el goteo resulta como un suave sello para la inmensa paz campesina que se percibe alrededor. Poco a poco, la altura permite perspectivas que recrean la vista. Sólo aquí y allá se observan algunos ranchos campesinos, de aspecto bastante miserable. Se ven campos agrestes, muchos de ellos sin cultivar, y alguna que otra milpa bien nutrida.

Lo primero que llama la atención es la presencia ostensible por todas partes de gente fuertemente armada. Las personas

portan armas muy diversas, desde la pistola más sencilla hasta el fusil más avanzado. En un primer momento, el tenerse que mover entre gente armada produce a quien no está acostumbrado a ello una impresión de inquietud. Sin embargo, este sentimiento se va transformando pronto en una sensación de seguridad, al comprobarse que todo ese aparato armado está allí para proteger a la población frente a cualquier ataque enemigo, así como al experimentar la cordialidad y camaradería de las personas armadas. Con el tiempo, las armas pasan a ser como un presupuesto obvio en la vida cotidiana de la zona, el sustituto temporal del machete campesino.

Una segunda característica que pronto llama la atención del visitante es la extremada miseria de la población, miseria tanto más insultante cuanto que se observa el potencial económico de muchos de los campos circundantes. Esa miseria patentiza el fruto último de un sistema social explotador, cuyos beneficios se despilfarran en bienes suntuarios para el goce exclusivo de una minoría. En la zona, escasea el alimento más básico y es difícil lograr el debido aprovisionamiento colectivo ya que las fuerzas gubernamentales destruyen cosechas e impiden, con sus invasiones periódicas, la realización de las tareas campesinas normales. La comida se reduce en muchas ocasiones a tortillas de maíz con sal. Así mismo, se duerme en el suelo, a veces sin ni siquiera un "petate" para protegerse contra la humedad; faltan cobijas para el frío nocturno y, en general,

escasea todo tipo de ropa. El calzado, esencial para la vida en la montaña, resulta tan apreciado como difícil de conseguir. Muchas personas andan descalzas y reservan sus botas o zapatos para cuando tienen que realizar largas caminatas o ejercicios militares. Recuerdo que uno de mis guías, un joven de 16 años con cuerpo y rostro infantil todavía, se excusó un momento antes de salir para nuestro destino en una madrugada lluviosa; con gran secreto desapareció entre árboles y matorrales, para emerger momentos después con el rostro brillante y un par de lustrosas botas en sus pies. "Ya estoy listo, compañero". Dada la situación de continua emergencia que impera en las zonas, las oportunidades existentes de trabajo remunerado son poquísimas y prácticamente las comunidades se organizan en una economía de subsistencia, que poco a poco se iría convirtiendo en una economía de guerra.

La tercera característica de la zona que llama la atención del observador es el rastro profundo que la guerra está dejando. Rastro, ante todo, en la población humana: viudas y niños huérfanos, mutilados y heridos, pero, sobre todo, un odio espontáneo, profundo y generalizado contra los cuerpos armados gubernamentales, "el enemigo". El rastro de la guerra es también visible en la materialidad de los lugares: casas y ranchos quemados o medio demolidos, huellas dejadas en la tierra por el impacto de bombas y morteros, cementerios con fosas siempre recientes y, un poco por doquier, sitios marcados por el recuerdo de algún

hecho mortal: "aquí asesinaron a la familia Ramírez", "aquí murió el compañero Antonio", "aquí fue la masacre de X", "aquí emboscamos a la tira el mes pasado".

Más allá de estas características inmediatamente aparentes de la zona liberada, poco a poco los rasgos y los comportamientos van mostrando su unidad de sentido y el observador empieza a captar que se encuentra en un orden social nuevo y distinto. El primer atisbo de esta realidad social se tiene con los primeros intercambios verbales. La conversación puede resultar difícil al observador, no porque las personas se muestren hostiles o silenciosas, sino porque su lenguaje utiliza un código relativamente restringido (Bernstein, 1970), cuyo sistema de referencia es en buena parte desconocido para quien no es miembro de esa organización social.

El trato es directo y relativamente informal, a pesar de posibles diferencias de edad, cultura o posición: "compañero", "compañera". No puede dejar de sentirse una agradable sorpresa al verse uno fraternalmente tuteado por campesinos, abandonado ya el tono y las continuas formas verbales de tradicional sumisión. El tuteo apunta a una operante igualdad en las relaciones interpersonales entre los habitantes de la zona, cualquiera sea su poder o trabajo. La nivelación social va siendo reflejada en el lenguaje que a su vez moldea nuevos sentimientos y formas de relación.

La novedad lingüística no se reduce a un cambio de estilo, por importante que socialmente éste sea. La novedad lingüística se aprecia todavía más en la continua referencia conceptual a instituciones, organismos, normas y actividades cuya realidad resulta desconocida para el observador. A través de este vocabulario nuevo se vislumbra un horizonte también nuevo de valores sociales, horizonte cuyo carácter colectivo contrasta con el horizonte individualista al que el orden social imperante se encuentra vinculado.

Algo que llama mucho la atención sobre el nuevo orden social es la eliminación de los principales mecanismos de evasión: tradicionalmente accesibles al campesino salvadoreño: las bebidas alcohólicas ("el trago") y el juego ("chivear"). No sólo no hay expendios de bebidas en la zona, sino que el trago constituye uno de los enemigos más declarados del sistema. Todavía se observan diferencias en el comportamiento socializante de hombres y mujeres, aunque han disminuido las formas más obvias de discriminación sexual y se acepta la presencia de la mujer en todo tipo de actividades. Un espíritu de compañerismo sustituye a la tradicional amistad para "la parranda", y en lugar de los vínculos limitados del compadrazgo, aparecen los lazos más amplios de la solidaridad de clase.

De una u otra manera, las personas de la zona se encuentran integradas en un nuevo sistema de distribución social del

trabajo. Desde los comités de base hasta los batallanos del ejército popular, la vida está organizada según áreas, funciones y niveles, de tal manera que cada cual tiene un puesto y una vinculación particular con el nuevo orden social. Existen responsables a todos los niveles, encargados de que el sistema procese la información necesaria en todas las direcciones y de que se vayan cumpliendo adecuadamente las tareas y metas propuestas. De esta manera, un nuevo cuerpo colectivo va emergiendo a través de organismos sectoriales, en una organización de naturaleza comunitaria enfocada a la revolución social.

Un caso ejemplar de esta nueva organización comunitaria es el establecimiento de clínicas y hospitales, destinados a satisfacer las necesidades inmediatas de los combatientes, pero también las necesidades continuas de la población. A pesar del acoso enemigo, de la infinidad de obstáculos para el logro de medicinas e implementos, el ingenio revolucionario y el esfuerzo personal han logrado proporcionar a combatientes y civiles servicios médicos capaces de responder a casi cualquier emergencia de la guerra. Allí donde el poder tradicional o no se había preocupado o no había sido capaz de ofrecer al campesino los servicios de salud más elementales, el poder popular, con muchos menos recursos materiales, había logrado instalar admirables clínicas o puestos de salud. El contraste resultaría tanto más hiriente cuando, en el desarrollo de la

guerra, las fuerzas gubernamentales contarán como victorias el haber bombardeado clínicas de campaña o el haber desmantelado hospitales y puestos de salud populares.

Tuve la oportunidad de conocer bien el funcionamiento de un auténtico hospital en la zona liberada que visité. Se hallaba instalado en lo que había sido iglesia del lugar, pero a la que bombas y morteros del ejército "enemigo" habían causado fuerte mella. El local era apenas un gran galerón, sumamente limpio, donde enfermos y heridos disponían de un lecho (tijeras de lona) y continua atención hospitalaria. El equipo médico estaba constituido por un joven matrimonio, ambos egresados de medicina, así como por un eficiente equipo paramédico de jóvenes campesinas entrenadas para cumplir con tareas de enfermería y para proporcionar todo tipo de ayudas médicas de emergencia. El equipo de salud funcionaba como un colectivo de trabajo, donde la preparación técnica iba de la mano con el estudio político y el esfuerzo por llevar una vida constructiva y revolucionariamente ejemplar. En el hospital, a nadie se le negaba auxilio y a nadie se le exigía ningún pago por los servicios. Ciertamente, había una gran carencia de instrumental quirúrgico y de medicinas. Sin embargo, el ingenio suplía no pocas de estas deficiencias y, en definitiva, los recursos se aplicaban con un criterio de justicia y realismo, tratando de asistir primero a quien más lo necesitara y de tal modo que se pudiera lograr un beneficio mayor y extendido a más personas.

Todo este orden social se ve animado por un espíritu dinámico que unifica a las personas y las identifica con una autoridad, omnipresente e invisible, a la que se respeta y aprecia: "la Organización". En el presente caso se trata de una de las principales organizaciones político-militares del pueblo salvadoreño, las Fuerzas Populares de Liberación "Farabundo Martí." (FPL), a la que rara vez se menciona de otra manera que como "la Organización". La Organización se concreta en un continuo flujo de directrices, orientaciones y tareas que abarcan todas las áreas y niveles. Este flujo directivo se transmite a través de los responsables, que constituyen los eslabones cruciales en la cadena del nuevo orden social. Existe un increíble grado de identificación con "la Organización", que constituye la mejor tarjeta de visita y, en la práctica, la única credencial válida para poder actuar eficazmente en la zona. Lo interesante es el carácter profundamente colectivo de "la Organización", ya que ningún responsable puede asumir su representación exclusiva (nadie, ni siquiera un organismo, puede afirmar: "la Organización soy yo"), pero todos pueden considerarse en verdad como parte de ella.

2. LA GUINDA.

Toda la población de la zona tiene una clara conciencia sobre el estado de guerra existente, así como sobre quién es el

enemigo. Esto no quiere decir que todas las personas tengan un mismo nivel de conciencia política o de claridad ideológica; quiere más bien decir que las mismas condiciones objetivas de la situación en que viven no les deja ningún margen a la duda sobre el proceso que están viviendo así como quiénes están de su lado y quiénes no. De hecho, si la zona puede ser considerada como ya liberada se debe en buena medida a que ha sido limpiada de elementos hostiles al movimiento popular. En el campo salvadoreño, las fuerzas favorables a la oligarquía y contrarias a los intereses de los propios sectores campesinos han estado agrupadas en los últimos años en la organización paramilitar anticomunista ORDEN (Organización Democrática Nacionalista). Pero hacía ya casi tres años que los últimos miembros de ORDEN habían salido o sido expulsados de esta zona.

Uno de los elementos que más contribuyen a propiciar la conciencia subjetiva sobre el estado de guerra lo constituye el hecho de las víctimas. Es difícil encontrar en la zona alguna persona que no tenga que lamentar alguna víctima en el círculo más reducido de su familia y numerosas víctimas en el círculo más amplio de sus parientes y amigos. No son pocas las personas que cuentan con tres o cuatro miembros de su familia asesinados por "el enemigo" o que constituyen los sobrevivientes únicos de matanzas generalizadas. Muchos de estos asesinatos han sido realizados con lujo de crueldad y, por supuesto, al abrigo de una ley celestina del crimen organizado dictada

por quien se constituye a sí mismo en "autoridad". Así, en la zona todos tienen a alguien por quien llorar, una causa por la que luchar y un enemigo común a quien odiar y derrotar.

Esta conciencia colectiva hace que la población se encuentre en una continua disposición de emergencia, siempre alerta contra la invasión del enemigo. La situación de peligro no es ignorada ni eludida, sino que las personas organizan su vida en ese contexto de amenaza bélica. De ahí su colaboración a todas las medidas de seguridad tomadas por la Organización, desde la participación en las diversas formas de vigilancia hasta la asistencia de todo tipo a los combatientes.

En cierta oportunidad me encontraba yo conversando con cierta mujer campesina de mediana edad a la puerta de su rancho. De pronto, me interrumpió y me dijo: "Disculpa, compañero; pero utualito me toca ir a hacer la periférica". Como yo no sabía de qué se trataba, pregunté qué era "la periférica"; se me respondió que constituía la primera línea de vigilancia, encargada de lanzar el primer aviso en caso de que se acercara "el enemigo". Al cabo de un rato, la mujer regresó: "Mira, una compañera vecina me va a sustituir en la periférica, y así yo te puedo atender".

Sin duda que esta situación de permanente vigilancia tiene un fuerte costo, no sólo en el sentido objetivo de subordinación del orden social a las exigencias de la guerra, sino también

en el sentido subjetivo de una presión emocional sobre el espíritu de las personas. Esta presión se traduce en un continuo estado de angustia, más o menos agudo según la probabilidad de una incursión enemiga inmediata. Curiosamente, los habitantes de la zona no le temen a la muerte como tal. Una experiencia de secular opresión les ha familiarizado con la muerte temprana o inesperada como un dato fatal ineludible. En general, las muertes ocasionadas por el enemigo o la eventualidad de la propia muerte no es algo que traumatice u obsesione a esta población. Sin embargo, la amenaza siempre pendiente de una invasión sí produce un profundo malestar en las personas que sienten sus vidas sometidas al hilo de una periódica agresión.

Ningún síntoma mejor para detectar el sentir de la población que el comportamiento infantil. La simple vista de soldados o guardias enemigos o el ruido de los helicópteros desencadenan el llanto de los niños, que corren a refugiarse con algún adulto. El helicóptero ha pasado a ser como una encarnación del mal, un monstruo terrorífico, incluso utilizado verbalmente por las madres como espantajo para hacer que los niños obedezcan: "Miguel, ¡regrese acá que viene el helicóptero!"

La conciencia sobre la guerra, el sufrimiento de los daños recibidos así como la situación de angustia ante el peligro permanente, confluyen en la elaboración de un sentimiento de odio generalizado al enemigo. El odio es quizá el sentimiento más común a todos los niveles y sectores de la población de la

zona. En este sentido, sería como un vínculo que aglutina a este grupo frente al enemigo común, las fuerzas represivas gubernamentales. No es que el odio sea el motor principal en la lucha de estos grupos y quizá tampoco sea el sentimiento más importante; sí parece ser el sentimiento más generalizado.

El odio, como el resentimiento, son sentimientos que tienen mala fama, no siempre con razón (ver Castilla del Pino, 1970). En el presente caso, el odio de esta población parece ser como una reacción evaluativa normal ante el grupo responsable inmediato de su sufrimiento. No se trata, en modo alguno, de un sentimiento patológico, de una pasión que haga perder el sentido o el control sobre sí mismo. Por el contrario, se trata de un sentimiento que ayuda a la toma de conciencia sobre el propio grupo y, en ese sentido, hace más posible el proceso de humanización de esta población. Ahora bien, la elaboración de este sentimiento puede alcanzar niveles muy distintos, desde el simple rechazo al enemigo hasta el sentimiento vinculado a la conciencia de clase sobre lo que ese enemigo representa socialmente y las fuerzas que históricamente actualiza. Así, el odio se da de la mano con sentimientos más "positivos", como el amor por la justicia, el ansia de solidaridad y fraternidad, la búsqueda de la igualdad entre todos los seres humanos. Por consiguiente, a un primer nivel el odio sirve para deslindar grupos en la conciencia de las personas; a un nivel más profundo, el odio permite encauzar las fuerzas constructivas enfrentándolas a las causas últimas del mal social.

Con una periodicidad digna de mejor causa, se producen ataques masivos de las fuerzas gubernamentales contra la zona. Ante el alto grado de organización interna de la población, estos ataques constituyen verdaderas invasiones de una fuerza "enemiga" que requieren varios centenares de hombres y todo un despliegue de armamento pesado. Cada una de estas invasiones se propone "limpiar la zona" de "subversivos" lo que, en última instancia, representaría aniquilar a todo ser humano que se encontrara. De hecho, estas invasiones suelen constituir un gran fracaso bélico en términos de combatientes abatidos. Son pocos los combatientes o guerrilleros eliminados en estas operaciones, y cada uno de ellos suele arrastrar consigo la muerte de varios soldados o guardias gubernamentales. Lo que en realidad producen las invasiones es el asesinato indiscriminado de población civil, una gran destrucción en sus míseras posesiones materiales, así como una alta dosis de sufrimiento adicional a todos los niveles.

Las invasiones suelen comenzar a tempranas horas de la madrugada, apoyadas desde el aire por helicópteros así como por el fuego prolongado de morteros, dirigidos indiscriminadamente contra toda la zona. Las columnas invasoras son guiadas por miembros de grupos paramilitares (ORDEN), antiguos habitantes de la zona. Son estos miembros paramilitares los que también señalan acusadoramente a personas o familias, y su señalamiento equivale a una sentencia de muerte. Esta continua labor de

jueces y verdugos desempeñada por los miembros de ORDEN es la que hace necesarios y justos los "ajusticiamientos" populares, por lamentables que puedan parecer, sobre todo a quien no conoce su causa.

Tan pronto como las filas invasoras atraviesan las fronteras de la zona liberada, tienen que enfrentar las primeras dificultades, por lo general algunos sectores minados así como pequeñas escaramuzas con vigilantes ocultos. Al mismo tiempo, "la periférica" hace estallar las primeras señales de aviso a toda la zona de que entra el enemigo. Inmediatamente toda la población se pone en movimiento. Los grupos de choque se desplazan estratégicamente para contener y hostigar al enemigo, mientras otros grupos dirigen a los refugios a civiles o enfermos. Sólo los ancianos, los niños y sus madres permanecen en las casas y soportan los registros, insultos y humillaciones de los invasores, cuando no sus golpes, el despojo, la violencia corporal y hasta el asesinato.

Por lo general, las invasiones duran cuatro o cinco días. Aunque las fuerzas gubernamentales recorren la mayor parte de la zona invadida, rara vez encuentran algo más que ancianos, mujeres y niños. La gran familiaridad con la zona permite a la población rehuir enfrentamientos frontales y desplazarse sin ser hallada. Por supuesto, aquí y allá se producen escaramuzas, con bajas que las fuerzas gubernamentales nunca reconocen en público. El monte cobija a los miembros de las

fuerzas populares, que tienen que fundirse con la naturaleza, sometidos al frío y la humedad, la suciedad y el hambre, disputando su guarida a las alimañas. Andar escodiéndose del acoso enemigo, andar "en guinda" en el monte por cuatro o cinco días supone una experiencia de tal dureza que su solo recuerdo llega a angustiar a hombres avezados a la miseria. ¿Cómo no odiar a quien periódicamente produce este tipo de sufrimiento? Tras un período "en guinda", las personas aparecen más demacradas que de costumbre, por lo general con algún tipo de infección o enfermedad, con el cuerpo destrozado por todo tipo de rasguños y picaduras, y la suciedad metida hasta en los poros más íntimos. Sin embargo, junto con el agotamiento corporal, el espíritu se templea en la decisión de luchar por la causa del pueblo pase lo que pase.

El significado de "la guinda" queda adecuadamente expresado en los refugios secretos con que cuentan las zonas liberadas. El ingenio popular ha ideado formas de ocultarse al enemigo, necesarias sobre todo para proteger a los heridos graves, no desplazables, o para mantener arsenales secretos. Quizá los refugios más desarrollados sean los "tatús", verdaderas viviendas subterráneas, capaces de albergar hasta diez y aun veinte pacientes acostados adecuadamente. Pero la construcción de un "tatú" regular quiere ciertos recursos materiales. Por el contrario, casi ningún recurso fuera del ingenio, la habilidad y la mano de obra es necesario para

construir pequeños tatús, más conocidos en la zona como "embutidos". Los "embutidos" son verdaderas madrigueras humanas, equivalentes a trampas para grandes animales, donde las personas casi se entierran en vida, ya que las entradas son cerradas y camufladas desde el exterior y apenas se dejan ciertos orificios para la ventilación. El "embutido" es un refugio de emergencia, e introducirse en él representa un verdadero suplicio.

Recuerdo haber escuchado una narración de la joven doctora antes mencionada, quien optó por quedarse en un "embutido" acompañando a un paciente grave. En el interior, había una oscuridad y silencio absolutos. Ese día llovió y los respiraderos del "embutido" se taponaron, con lo que el aire empezó a faltar. Y así, sin poderse mover ni rebullir, sin ver ni poder hablar, con la respiración haciéndose cada vez más difícil, la joven doctora y su paciente tuvieron que pasar casi veinticuatro horas mientras el enemigo "rastrillaba" infructuosamente el lugar. "Nunca volvería a meterme en un embutido por nada del mundo". Sin embargo, me decía esta frase mientras su rostro y su espíritu indicaban que volvería a hacerlo cuantas veces lo exigiera la lucha popular a la que se había entregado con una generosidad sin límites. Y sé que lo volvió a hacer.

3. EL COMBATIENTE DEL PUEBLO.

Existe una notable confusión pública acerca del combatiente popular. Esta confusión es propiciada por los medios de comunicación masiva de El Salvador, en parte por su ignorancia sobre la realidad, es decir, por su deficiencia técnica como profesionales del periodismo, pero en parte también por su sumisión al discurso oficial, es decir, por su deficiencia ética. Así, se vende y propicia la imagen de que el luchador del pueblo no es más que un joven confundido, un guerrillero resentido y, en la práctica, un delincuente subversivo cuando no un criminal terrorista.

La verdad es muy otra. Poco a poco en la última década y aceleradamente desde 1979, las organizaciones del pueblo salvadoreño han ido formando un auténtico ejército, muy bien entrenado, capaz de hacer frente con éxito al ejército gubernamental. No se trata de "bandas" erráticas y menos aún de grupos de bandoleros y delincuentes como la propaganda oficial pretende hacer creer; por el contrario, se trata de toda una estructura militar, nacida de la necesidad experimentada por el pueblo salvadoreño de contar con un brazo armado propio y organizada de acuerdo con las exigencias más estrictas de la guerra moderna. El ejército popular es parte de organizaciones político-militares más amplias (el ERP, las FAL, las FARN-RN, las FPL y el PRTC) y, por consiguiente, su acción está

orientada y sometida a directrices políticas de clase, sin pretender ocultar su ideología con la careta de una pretendida "apoliticidad castrense".

La historia de las actuales organizaciones político-militares de El Salvador condensa la necesidad del pueblo salvadoreño de levantarse en armas y de echar mano de la violencia revolucionaria para liberarse de la opresión. El pueblo salvadoreño no eligió el camino de las armas por su propia voluntad; repetidas veces el pueblo expresó su voluntad soberana de cambios radicales en forma pacífica; y repetidas veces la clase dominante ahogó en sangre esas expresiones de cambio y profundizó los mecanismos de opresión estructural. Tras la cruel sangría de 1932, cuando el General Martínez sepultó las ansias de justicia del pueblo salvadoreño con los cadáveres de muchos miles de patriotas (ver Anderson, 1971), la historia de El Salvador ha seguido siendo una cadena de continuas burlas a las aspiraciones populares. Esta continuada burla a la voluntad popular ha sido tanto más hiriente cuanto que el pueblo una y otra vez ha aceptado con paciencia inaudita los estrechos caminos que el poder le ofrecía para resolver sus problemas, para encontrar después que los caminos no eran sino trampas mortales.

Las elecciones presidenciales de 1972 constituyen un buen ejemplo de este proceder histórico. Ciertamente, resultó difícil convencer al pueblo de que valía la pena participar en el

proceso electoral, dada la tradición de fraudes. Con todo, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y la Unión Democrática Nacionalista (UDN) decidieron presentar su candidatura en nombre de una coalición, la Unión Nacional Opositora (UNO), y con un programa que recogía en forma muy moderada algunas de las aspiraciones más fundamentales del pueblo salvadoreño. Cuando, a pesar de amenazas y fraudes sectoriales, el voto masivo del pueblo dió un claro triunfo a los candidatos de la oposición, el gobierno acudió al expediente de cambiar los resultados, en una de las maniobras más burdas de las tragicomedias electorales salvadoreñas (ver Hernández-Pico y otros, 1972). La burla al pueblo habría de abocar a un baño de represión sangrienta, cuando unas semanas después un grupo de militares intentara infructuosamente restablecer los resultados originales de las elecciones.

El proceso electoral de 1977 resultó algo así como una copia deficiente de lo ocurrido en 1972. Para entonces, ya el pueblo contaba con sus propias organizaciones y ni siquiera la resurrección de la Unión Nacional Opositora le convenció de que acudiera a las urnas. De este modo, la característica más sobresaliente en las elecciones presidenciales de 1977 fue la masiva abstención de los sectores populares. Con todo, incluso entre aquellos que votaron, la mayoría volvió a inclinarse por los candidatos de la oposición. Pero, en esta ocasión, el

fraude preparado era de tal magnitud, que en numerosos lugares aparecieron muchos más votos que el número de posibles votantes, con lo que el gobierno decidió nombrar vencedor al candidato oficial sin hacer públicos los "resultados" de la votación. Una vez más el proceso desembocó en ríos de sangre, cuando tropas gubernamentales ametrallaron una manifestación pacífica de protesta que realizaban los partidarios del candidato opositor en una céntrica plaza de San Salvador.

Si los procesos electorales han terminado una y otra vez en burla y represión contra el pueblo, el mismo fin han tenido los procesos reformistas iniciados por los gobiernos de turno. Quizá el más significativo de estos procesos fue el de la Transformación Agraria prometida e iniciada por el Coronel Molina en 1975 y 1976. Resultaba difícil creer en los planes gubernamentales; pero tantas y tan concretas promesas se hicieron, tan pública y formalmente se comprometieron el gobierno y la Fuerza Armada a llevar a cabo la Transformación Agraria, "sin dar ni un paso atrás", que algunos grupos de campesinos, más hambrientos que ingenuos, decidieron participar en el proceso. Cuando, apenas tres meses después de promulgado el primer proyecto concreto, el Coronel Molina y la Fuerza Armada cedían ante las presiones de la oligarquía agroexportadora y cancelaban el proceso, el pueblo pagó una vez más con su vida su generosa credulidad. Una ola de represión masiva siguió a la cancelación de la Transformación Agraria, tratando de ahogar en

sangre el error de haber soñado con una solución pacífica a la esclavitud y de haber creído en las promesas de quienes sólo representaban los intereses de la oligarquía y tenían que someterse a "la voz de su amo" (A sus órdenes, 1976).

Las elecciones de 1972 y de 1977 y el proceso de Transformación Agraria de 1976 son apenas tres ejemplos de la historia reciente de El Salvador, en que la voluntad del pueblo de lograr al menos algunos de los cambios más elementales por vías pacíficas sólo ha conducido a la burla, a la represión y a una situación aún más opresiva. Junto a esos hechos, bien conocidos y documentados, son innumerables los ejemplos que se podrían poner en todos los órdenes de la vida social y que muestran la inutilidad repetidas veces comprobada de buscar soluciones pacíficas a los problemas de El Salvador: promesas incumplidas, reformas truncadas, líderes engañados, sindicatos destruidos, cooperativas atacadas, organizaciones enteras asesinadas, todo ello al abrigo de una legislación "liberal", amparadora de la explotación y la impunidad de los poderosos, y que --en palabras campesinas repetidas por Monseñor Romero-- "como la culebra, sólo pica al que va descalzo". Al final, la dura realidad se ha ido abriendo paso en la conciencia del pueblo, mostrando la verdad del grito rebelde: "¡Revolución o muerte!" Porque ésta es la única alternativa real para el pueblo de El Salvador. En consecuencia, el pueblo salvadoreño ha ido formando, a lo largo de la década del setenta, sus

propias organizaciones político-militares, consciente de que sólo mediante la violencia de las armas podría combatir adecuadamente la violencia que con las armas año tras año se le había impuesto. El 1980, el pueblo salvadoreño podía ver con satisfacción el fruto maduro, aunque aún incipiente, de esta historia dolorosa y no pocas veces heroica: el ejército popular.

El ejército popular suele constar de tres niveles: la milicia, la guerrilla y el ejército propiamente dicho. La milicia popular es el nivel más amplio de las fuerzas populares. Se trata de cuerpos locales, entrenados para ofrecer cobertura y apoyar estrechamente las acciones de los otros niveles militares, para realizar acciones de hostigamiento contra el enemigo e incluso para desarrollar por sí mismos pequeñas actividades bélicas, de carácter muy limitado. Su armamento suele ser liviano y reducido. Las milicias constituyen como el elemento que abona el terreno y lo hace propicio a la acción militar popular, el oxígeno en el que respiran los batallones del pueblo. Son de hecho las raíces en las masas de las fuerzas militares del pueblo.

El segundo nivel del ejército popular lo constituye la guerrilla. El término de guerrilla suele utilizarse para describir a todos los grupos de combatientes populares. Sin embargo, la guerrilla constituye sólo un nivel del ejército, y su misión

fundamental es de hostigamiento y sabotaje. La guerrilla no pretende enfrentar frontalmente al ejército enemigo, sino hostigarle, acosarle, realizar pequeñas acciones de sabotaje y desgaste, tratando de eludir una confrontación formal. La característica fundamental de la guerrilla es su movilidad y, por consiguiente, su ubicuidad tanto en la ciudad como en el campo. Un buen grupo guerrillero asesta golpes donde menos se espera y desaparece con la misma rapidez que aparece; por eso se le compara con la avispa, que clava el aguijón y se va. La guerrilla utiliza toda clase de armamento, sobre todo rifles de repetición y largo alcance, así como explosivos de diversa naturaleza. Sin embargo, el tipo de armas es determinado por la acción que pretenda desarrollar en cada caso.

El nivel último y más importante del ejército popular es el ejército propiamente dicho (Ejército Popular de Liberación). Se trata, como su nombre lo indica, de un ejército formalmente concebido, capaz de enfrentar al ejército gubernamental en cualquier tipo de batalla. El ejército no es local, como la milicia, sino nacional; pero su movilidad no es como la de la guerrilla, ya que está preparado para sostener un combate formal, incluso en los términos más convencionales de la guerra. Por ello, utiliza todo tipo de armamento, especialmente armamento pesado.

Para quien conoce El Salvador, resulta difícil comprender cómo ha sido posible el surgimiento de un ejército popular en el corazón de un territorio dominado y enseñoreado por fuerzas bien entrenadas en aplastar todo conato de organización popular. El territorio salvadoreño es muy pequeño (veintiún mil kilómetros cuadrados), y no hay ni grandes montañas ni extensiones selváticas que permitan organizar campamentos ocultos. Las comunicaciones por tierra son relativamente buenas y es posible desplazarse de una frontera a otra del territorio nacional en menos de seis horas. Por otro lado, una larga experiencia represiva ha generado una red militar y paramilitar a lo largo y ancho del país para el control de la población rural. En estas condiciones, el surgimiento de las fuerzas armadas populares constituye un homenaje al ingenio del pueblo salvadoreño, y a su capacidad para encontrar formas nuevas de ocultarse al enemigo y de sustituir el espacio por el tiempo, logrando a base de movilidad y flexibilidad el campo necesario para su desarrollo. Para 1980, tanto el ejército popular como la guerrilla salvadoreñas contaban con numerosos "cuarteles", algunos de ellos en zonas ya liberadas, pero otros muchos en zonas enemigas, abrigados por ingeniosas fachadas aceptables al orden establecido. En última instancia, la formación de las fuerzas populares en estas condiciones adversas no hubiera sido en modo alguno posible sin la connivencia y apoyo de grandes sectores de la población.

Uno de los aspectos más peculiares de las fuerzas populares salvadoreñas es la crucial participación en ellas de los sectores campesinos. En algunos casos, el campesino se ha incorporado a la lucha al sentir que se le cerraban violentamente las puertas para cualquier otro tipo de vida. Sin embargo, en muchos otros casos su incorporación ha sido el resultado de una opción políticamente consciente. Así, el campesinado salvadoreño ha entrado a formar parte del pueblo organizado y combatiente con su particular idiosincrasia, su incomparable capacidad de sacrificio y con su paciente flexibilidad ante las situaciones más adversas. No es entonces de extrañar que algunos de los comandantes más valiosos con que cuentan las fuerzas populares sean campesinos.

Entre los recuerdos más profundos que tengo de mi visita a la zona liberada está el de mi encuentro con el Comandante Neto. Llegué al cuartel donde se encontraba acantonada su unidad con antelación a la hora de nuestra entrevista. Así, pude observar desde lejos su larga reunión con otros jefes militares. El Comandante Neto era un hombrachón, grande de cuerpo y espíritu, campesino de bondad infinita, forjado en horas tórridas de trabajo mal pagado, tareas de evangelización cristiana en su zona de origen, luego perseguidas por los cuerpos de seguridad, y un creciente compromiso político que abocó a su opción militar al cerrarse todos los caminos para un cambio pacífico en el país. Pude charlar con el Comandante Neto como una hora

y apreciar su profunda comprensión de la coyuntura política, su capacidad para empatizar con las dificultades de sus hombres, su sensibilidad ante los problemas de la población civil. El Comandante Neto, cuyo nombre de pila era Juan Recinos, "Juanón" como cariñosamente le decían sus conocidos, caería meses más tarde en un enfrentamiento con la Fuerza Armada. Pero su figura de luchador de la libertad es sin duda un símbolo de lo que el campesinado salvadoreño, tradicionalmente oprimido y "ninguneado", ha aportado con su calidad humana a las filas del pueblo organizado y combatiente.

Teniendo en cuenta los diversos niveles del ejército popular y las obvias diferencias entre esos niveles, podrían señalarse algunas características comunes a todo combatiente del pueblo: un rechazo profundo de las fuerzas enemigas, una nueva identidad, y una gran capacidad de sacrificio.

Ante todo, el combatiente popular se caracteriza por su rechazo a las fuerzas gubernamentales. Las fuerzas del gobierno, "el enemigo" o "la tira" como se les suele llamar, representan la síntesis de los males de los que la población salvadoreña desea liberarse definitivamente. Son esas fuerzas las que desde siempre han mantenido con su autoridad violenta la explotación del pueblo salvadoreño y las que, en los últimos tiempos, han avasallado, golpeado, destruido y asesinado con vergonzante prepotencia e inaudita impunidad. El rechazo de

"la tira" se apoya emocionalmente en el mismo odio al enemigo compartido por toda la población de las zonas ya liberadas. Sin embargo, normalmente el combatiente alimenta su sentimiento de rechazo con una conciencia sobre el significado clasista de las fuerzas gubernamentales, conciencia de naturaleza política, tanto más profunda cuanto más tiempo lleva el individuo combatiendo en las filas populares y más elevado es su nivel militar. De hecho, la mayor parte de los elementos del ejército popular (ejército en sentido restringido) son miembros o aspirantes a los partidos de las organizaciones político-militares.

El rechazo al enemigo es un aspecto esencial del combatiente, pues establece lo que podría llamarse el umbral mínimo de sus expectativas respecto a los objetivos de su lucha. Para no pocos combatientes destruir la estructura criminalmente represiva de las actuales fuerzas de seguridad salvadoreña es una meta que justifica de sobra su entrega a la lucha. En este sentido, si bien es cierto que una gran mayoría de combatientes aspira a configurar una nueva sociedad, de la que se es consciente en muy diverso grado, también es cierto que bastantes de ellos se sentirían suficientemente recompensados de su esfuerzo y sacrificio con la desaparición de "la tira" y el poder reiniciar así una nueva existencia en tranquilidad.

En segundo lugar, el combatiente popular va adquiriendo una

nueva identidad, tanto personal como social. Esta identidad surge primariamente por la identificación del combatiente con una causa que le permite elevarse sobre sus dimensiones individuales y hermanarse solidariamente con un grupo que siente cada vez más amplio. La causa suministra un sentido a su vida, traza una dirección a su actividad y le asigna un papel y un puesto, con lo que la persona se capta a sí misma y es captada por los demás en unas coordenadas de valor histórico y social.

La conciencia que tiene el combatiente de ser parte de una causa noble transforma muy a fondo la conciencia sobre su propia dignidad. Frente a la conciencia reificante y fetichista que las clases oprimidas salvadoreñas han tenido de sí mismas, la incorporación a la lucha popular abre el espíritu a un nuevo tipo de conciencia sobre cómo lograr el propio crecimiento humano. La figura del opresor (Freire, 1970) va siendo paulatinamente sustituida como imagen ideal por la figura del compañero solidario o del revolucionario integral. Frente al individualismo exacerbado por los ideales de la sociedad capitalista, la lucha revolucionaria va haciendo experimentar al combatiente el profundo valor de la cooperación y de la solidaridad. Las tareas conscientemente compartidas por ambos sexos rompen poco a poco el esquema machista, de tal modo que el combatiente no se siente menos por no mostrar su poder sobre la mujer, sino que empieza a sentirse menos en

la medida en que todavía tiende a mirar con superioridad a la mujer.

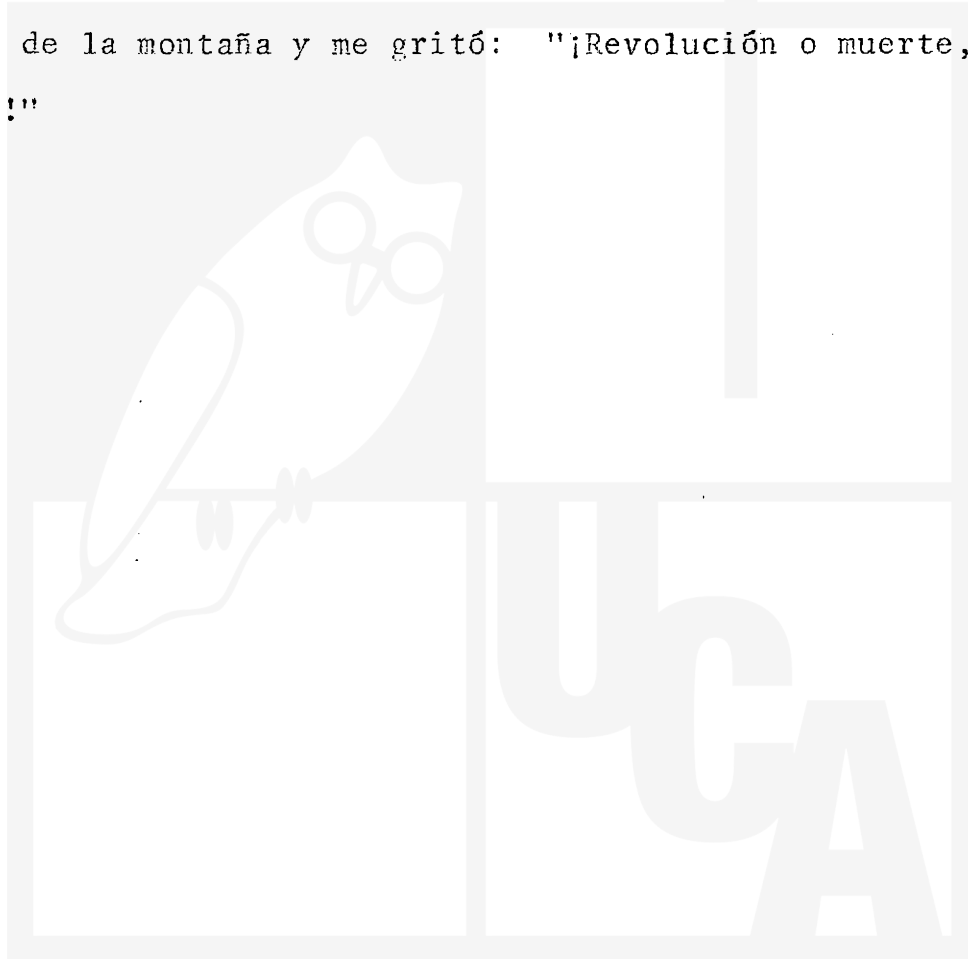
Una de las características que más impresionan en el combatiente popular es la integración entre el orgullo de ser parte de una causa revolucionaria y la sencilla humildad de quien está dispuesto siempre a aceptar y corregir sus errores. El combatiente no tiene inconveniente en reconocer sus propias "contradicciones", es decir, sus propios fallos. Desde luego, no se trata de una forma solapada de masoquismo, ya que a menudo este reconocimiento resulta costoso. Se trata, por el contrario, de una diferente forma de conciencia hacia sí mismo y hacia el grupo, que capta los errores individuales como elementos nocivos para la colectividad y cuya superación es de alguna manera tarea y responsabilidad de todos, así como un proceso pedagógico en el que todos pueden aprender y progresar.

En buena medida, el esfuerzo por reconocer y superar las propias "contradicciones" va vinculado a otra característica del combatiente: su capacidad de sacrificio. Frente a la tradicional devaluación de sí misma tan propia de la clase oprimida salvadoreña, el combatiente adquiere una conciencia nueva sobre su dignidad humana y, por tanto, sobre el valor de ofrendar su esfuerzo y su vida por la causa revolucionaria. Cuanto más digno y valioso como ser humano se siente el combatiente, más dispuesto está a dar su propia vida en la lucha del pueblo.

El tener que prescindir de la vida familiar y aun de la familia misma para sumirse en las exigencias de la lucha revolucionaria, incluso abandonando lo que tradicionalmente había considerado sus deberes más sagrados, constituye una de las muestras más profundas del sacrificio a que el combatiente está dispuesto. El combatiente acepta de hecho una disciplina casi espartana en unas condiciones de vida muy duras: alimentación escasísima, vida en la montaña, vestido y calzado inadecuados, largos y durus ejercicios, poco descanso. Con todo, resulta sorprendente comprobar la alta moral del combatiente popular salvadoreño, su humor zumbón, su franqueza en el trato con cualquiera, la sencillez con que acepta esas sacrificadas condiciones de su vida.

En última instancia, el combatiente revolucionario es el mejor símbolo y la expresión viviente de un pueblo que hoy se levanta con una nueva conciencia sobre su dignidad y su futuro. En un hospital de campaña, en medio de una zona liberada, pude contemplar la operación de un guerrillero herido. Había que sacarle una bala que tenía incrustada en el pie derecho desde hacía unos tres meses y que se le empezaba a infectar produciéndole grandes dolores. La operación se realizó rodeada de curiosos, niños y compañeros que "chistaban" y bromeaban con el paciente. Tras media hora de trabajo, la operación estaba terminada. El guerrillero, un joven campesino de unos

veinticinco años, se puso sonriente sus botas y salió caminando del hospital para mostrar orgulloso la bala a otros compañeros. Al día siguiente, subiendo una empinada cuesta, me crucé con un grupo de guerrilleros que corrían marcialmente en un ejercicio de entrenamiento. Entre ellos ví al joven operado el día anterior. Sorprendido, le pregunté si ya no le dolía el pie. El guerrillero se sonrió, levantó su rifle apuntando a lo alto de la montaña y me gritó: "¡Revolución o muerte, compañero!"



A MANERA DE EPILOGO
HACIA UNA NUEVA SOCIEDAD

Aunque no tuviera más objetivo que la abolición de un sistema social opresivo, cuya descomposición final sólo mediante altas dosis represivas logra evitarse, la lucha del pueblo salvadoreño estaría más que justificada. Sin embargo, las organizaciones populares han ido más lejos y han esbozado el tipo de sociedad que pretenden establecer en El Salvador, en una serie de documentos programáticos (ver Plataforma, 1980).

El plan de gobierno democrático-revolucionario propuesto ha sido sintetizado en siete puntos:

(1) la búsqueda de una verdadera independencia nacional, para que el país se oriente por los intereses populares y no por los intereses de otros países o de minorías extranjerizantes;

(2) la realización de profundas reformas en las estructuras económica, social y política, buscando con ello las bases materiales y organizativas que hagan posible un auténtico régimen de derechos humanos;

(3) el no alineamiento internacional, lo que no significa insolidaridad con las luchas justas de los pueblos, sino autonomía en la determinación de las políticas internacionales;

(4) la participación en el gobierno de todos los sectores del pueblo, así como de todos aquellos sectores democráticos que se opongan a la opresión y a la dictadura;

(5) la formación de un nuevo ejército popular, capaz de defender las conquistas democráticas y revolucionarias;

(6) el apoyo a la mediana y pequeña empresa privada que impulse el desarrollo económico del país y sea capaz de integrarse en los proyectos de planificación orientados a satisfacer las necesidades prioritarias del pueblo salvadoreño;

(7) el establecimiento de un clima de libertad religiosa, que permita a cada persona vivir de acuerdo con su fe, siempre que su práctica no atente contra las conquistas revolucionarias.

Más allá del innegable sabor propagandístico y el carácter todavía bastante genérico de estos objetivos de gobierno, la conclusión que se puede sacar es que el movimiento popular salvadoreño es muy realista. Aunque es claro que lo que se pretende es establecer un sistema social según el modelo socialista, el proyecto popular no ignora los límites que las condiciones objetivas y subjetivas del país imponen. En este sentido, la aceptación primero y la realización después de ese proyecto enfrenta tres serios problemas: los intereses de los Estados Unidos, las necesidades de los sectores medios y la asimilación de un nuevo ejército.

El primer problema es sin duda el medular: El Salvador es parte del traspatio de los Estados Unidos y su importancia para el imperialismo norteamericano se fundamenta más en factores estratégicos de orden geopolítico que en consideraciones económicas. A fin de cuentas, El Salvador constituye una unidad económicamente despreciable, cuya pérdida en sí resultaría insignificante. Sin embargo, su eventual independencia política respecto a las determinaciones de los Estados Unidos plantea un serio problema a los dirigentes norteamericanos, que hasta ahora se han mostrado incapaces de relacionarse con los latinoamericanos de un modo distinto al del dueño respecto al esclavo. La victoria sandinista en Nicaragua parece haber colmado la cuota de transigencia estadounidense hacia el área centroamericana, lo que está obligando al mismo gobierno de Nicaragua a movilizar todos sus esfuerzos frente a un posible ataque yanqui. Estados Unidos ha volcado todo su apoyo, económico y militar, para mantener en el poder a la Junta de gobierno militar democristiana, sin más horizonte que el evitar que el movimiento revolucionario logre su objetivo liberador. Con ello, ha aparecido con claridad cuáles son las raíces más profundas de la estructura de opresión en El Salvador y cuál es, en última instancia, el poder al que el movimiento revolucionario se enfrenta. Lograr la independencia de El Salvador significa, en la práctica, derrotar al imperialismo norteamericano y tanto mayor será la independencia cuanto más

completa sea la victoria. Lo cual enfrenta los límites objetivos de aquel tipo de situación que bajo ningún aspecto y en ninguna circunstancia los Estados Unidos estarían dispuestos a aceptar y que podría expresarse como la de "una nueva Cuba en Centroamérica".

El segundo gran problema que enfrenta el proyecto popular es el de los sectores medios. El estilo de vida impuesto por la oligarquía y la alta burguesía constituye el ideal de los sectores pequeño-burgueses, que muy frecuentemente cifran todas sus aspiraciones en lograr esas formas de consumo y de existencia. Este estilo de vida hedónico y consumista es promovido por los medios de comunicación del mundo capitalista y no cabe duda de que constituye un poderoso magneto de atracción psicosocial. La evasión hacia Estados Unidos de más de cien mil cubanos, veinte años después de su triunfante revolución, además de ser un acto de política contrarrevolucionaria, representaba una opción por un estilo de vida incongruente con los ideales socialistas. Pero si algo así puede suceder allá donde los ideales de solidaridad social se encuentran ya firmemente asentados, como es en Cuba, con mucha mayor razón sucederá en un país como El Salvador, donde los sectores medios han sido educados para lograr una participación subsidiaria en el consumismo burgués mediante su servicio fiel a los intereses del sistema oligárquico

dominante (ver Martín-Baró, 1981c). Es difícil que los sectores medios estén dispuestos a renunciar voluntariamente al disfrute de lo que consideran como necesidades naturales o como parte imprescindible de su existencia, en aras de las necesidades prioritarias del pueblo. Sin duda alguna, el miedo a perder el disfrute de ese estilo de vida, logrado a base de esfuerzo individual, es lo que impide a no pocas personas de los sectores medios el dar su apoyo al proyecto popular, y este miedo es hábil y sistemáticamente explotado por la propaganda oligárquica (ver Martín-Baró, 1980a).

Cómo responder a las aspiraciones y necesidades de los sectores medios constituye uno de los obstáculos más difíciles que enfrenta un proceso que pretende establecer profundas reformas. La viabilidad de un proyecto así está sujeto, en buena medida, a la capacidad técnica que poseen los sectores medios, cuya colaboración, al menos en un primer momento, es imprescindible. Cuando el programa de gobierno popular habla de apoyo a la mediana y pequeña empresa privada, o cuando promete una auténtica participación en el gobierno a los sectores democráticos, está haciendo gala de realismo y flexibilidad políticas, y no de un dogmatismo pseudorrevolucionario. No se trata, por tanto, de fachadas ficticias o de señuelos tácticos; se trata de objetividad histórica, de una

conciencia lúcida sobre las posibilidades y limitaciones con que tiene que avanzar el proceso revolucionario salvadoreño. Ahora bien, la conciencia sobre las dificultades no ofrece la fórmula que permita resolverlas. Por ello, el proyecto popular tendrá que proceder con gran ingenio en la realización de las reformas sociales exigidas por las masas, pero también con cierta flexibilidad frente a las demandas inmediatas de los sectores medios. Lo cual representa una ecuación de no fácil solución práctica.

El tercer y gran problema que enfrenta el programa de gobierno democrático-revolucionario es el de la Fuerza Armada. La Fuerza Armada de El Salvador constituye una institución relativamente profesionalizada (ver Andino Martínez, 1979), muy distinta de la Guardia Nacional de Somoza. Desde 1932 mantiene casi ininterrumpidamente el control del gobierno (Guidos, 1980; Mariscal, 1978), aunque su papel ha estado históricamente ligado a los intereses de la oligarquía económica, a los que ha servido con gran fidelidad. Este papel político es fuente continua de contradicciones al interior de la Fuerza Armada, tanto por el origen de clase de la mayoría de sus miembros, como por la corrupción que arrastra el maridaje con el poder económico. Por otro lado, el hecho de que la Fuerza Armada Salvadoreña incluya tanto al ejército propiamente dicho como a los cuerpos policiales de seguridad, es otra fuente de

graves problemas: la función estrictamente militar de defensa nacional se confunde con la función policial de mantenimiento del orden establecido, lo que aboca en la práctica a complicar a los oficiales en tareas represivas contra la población civil, al abrigo de la ideología de la "seguridad nacional". Así, al peligro de corrupción económica se une el peligro de corrupción ética, lo que permite al poder económico utilizar al ejército salvadoreño como defensor de sus intereses y verdugo de los movimientos populares. La proclama del 15 de octubre de 1979 es un testimonio fehaciente, escrito por la propia oficialidad militar, de este lamentable estado de cosas al interior de la Fuerza Armada Salvadoreña, situación que la guerra no ha hecho sino agravar aún más.

El problema del ejército constituye con toda probabilidad el escollo más difícil para el proyecto popular. No parece que la Fuerza Armada, contando con todo el apoyo y orientación de los Estados Unidos, pueda ser derrotada en términos estrictamente militares si no se produce la incorporación de ciertos sectores militares al movimiento popular. Por otro lado, sólo con un ejército en verdad popular se puede garantizar de alguna manera las conquistas democráticas y revolucionarias y el avance hacia un sistema socialista. La estructura actual de la Fuerza Armada está tan corrupta desde sus raíces, que no parece posible su transformación real; sólo su destrucción garantiza

el surgimiento de un ejército al servicio del pueblo. Pero ahí está precisamente el problema, ya que los militares no se incorporan al movimiento popular porque sienten amenazada su institución y su futuro. El problema no es irresoluble, pero es complejo; su solución requiere una gran visión hacia el futuro, para no creer que las soluciones rápidas son las mejores; pero exige también gran realismo, para no creer que lo mejor es por lo mismo siempre viable.

Estos tres grandes problemas --la independencia frente a los Estados Unidos, las reformas estructurales incorporando a los sectores medios, y la formación de un nuevo ejército-- pondrán a prueba la creatividad y el dinamismo del pueblo salvadoreño en la configuración de una nueva sociedad. No existen para ninguno de ellos fórmulas mágicas ni soluciones prefabricadas; el pueblo sabe bien que "se hace camino al andar", que el futuro se labra "golpe a golpe", en una praxis histórica en la que ya ha depositado mucha ilusión y mucha sangre. Anastasio Aquino, Farabundo Martín y Monseñor Romero, cada uno en su tiempo, cada uno a su manera, han marcado al pueblo salvadoreño un camino de libertad, justicia y solidaridad. Un camino que hoy se está abriendo con las armas en la mano; pero un camino que habrá que rematar con las armas de la razón y del amor, cuando callen los cañones y el pueblo salvadoreño ya no tenga que gritar "¡revolución o muerte!", sino que pueda gritar "¡revolución y vida!".

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.

- Abelson, R. P., Aronson, E., McGuire, W. J., Newcomb, T. M., Rosenberg, M. J. y Tannenbaum, P. H. (Comps.), [Teorías de la consistencia cognoscitiva: Un texto de fuentes originales.] Chicago: Rand McNally, 1968.
- Anderson, T. P. [Matanza: La revuelta comunista de El Salvador en 1932.] Lincoln: University of Nebraska Press, 1971.
- Andino Martínez, C. El estamento militar en El Salvador. Estudios Centroamericanos, 1979, 369-370, 615-630.
- Arendt, H. [La condición humana.] Chicago: The University of Chicago Press, 1958.
- Argueta, M. Un día en la vida. San Salvador: UCA Eds., 1980.
- Armistead, N. [Introducción.] En N. Armistead (Comp.), [Reconstruyendo la psicología social.] Harmondsworth, Middlesex: Penguin, 1974.
- A sus órdenes, mi capital. Estudios Centroamericanos, 1976, 337, 637-643.
- Barker, R. [Psicología ecológica.] Stanford, Ca.: Stanford University Press, 1968.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. La construcción social de la realidad. (Traducción de S. Zuleta.) Buenos Aires: Amorrortu, 1968.
- Bernstein, B. [Clase, códigos y control. Estudios teóricos para una sociología del lenguaje.] London: Routledge & Kegan Paul, 1970.
- Berry, B. J. L. y Kasarda, J. D. [Ecología urbana contemporánea.] New York: Macmillan, 1977.
- Billig, M. [Psicología social y relaciones entre grupos.] London: Academic Press, 1976.
- Braustein, N. A., Pasternac, M., Benedito, G. y Saal, F. Psicología: ideología y ciencia. México: Siglo XXI, 1975.
- Burgess, E. W. [El crecimiento de la ciudad: Una introducción a un proyecto de investigación.] En R. Park, E. Burgess y R. D. McKenzie (Comps.), [La ciudad.] Chicago: The University of Chicago Press, 1925.
- Burns, J. M. [Liderazgo.] New York: Harper & Row, 1978.
- Cantor, N. y Mischel, W. [Prototipos en la percepción personal.] En L. Berkowitz (Comp.), [Avances en psicología social experimental.] Vol. 12. New York: Academic Press, 1979.

Referencias bibliográficas, 2.

- Carías, M. V. y Slutzky, D. La guerra inútil: Análisis socio-económico del conflicto entre Honduras y El Salvador. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio (Costa Rica): EDUCA, 1971.
- Carpio, S. C. Secuestro y capucha. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio (Costa Rica): EDUCA, 1979.
- Cartwright, D. y Zander, A. (Comps.), Dinámica de grupos. Investigación y teoría. (Traducción de F. Patán.) México: Trillas, 1971. (a)
- Cartwright, D. y Zander, A. Liderazgo y ejecución de las funciones de grupo: Introducción. En D. Cartwright y A. Zander (Comps.), Dinámica de grupos. Investigación y teoría. (Traducción de F. Patán.) México: Trillas, 1971. (b)
- Castells, M. [La cuestión urbana.] Paris: François Maspero, 1976.
- Castilla del Pino, C. Para una sociogénesis del resentimiento. En Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación. Barcelona: Península, 1970.
- Clark, W. H. [Psicología de la religión. Una introducción a la experiencia y conducta religiosas.] New York: Macmillan, 1958.
- Colindres, E. Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña. San Salvador: UCA Eds., 1977.
- Comblin, P. [El poder militar en América Latina; la ideología de la seguridad nacional.] Paris: Jean-Pierre Delarge, 1977.
- Corominas, J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. Madrid: Gredos, 1967.
- Chomsky, N. y Herman, E. S. [La economía política de los derechos humanos. Vol. 1: El contacto en Washington y el fascismo del Tercer Mundo.] Boston: South End Press, 1979.
- Deleule, D. La psicología, mito científico. (Traducción de N. Pérez de Lara y R. García.) Barcelona: Anagrama, 1972.
- Escobar, F. A. En la línea de la muerte (la manifestación del 22 de enero de 1980). Estudios Centroamericanos, 1980, 375-376, 21-35.
- Freire, P. Pedagogía del oprimido. (Traducción de J. Mellado.) Montevideo: Tierra Nueva, 1970.
- Freud, S. Psicología de las masas. (Traducción de L. López-Ballesteros.) Madrid: Alianza Editorial, 1972. (Originalmente publicada en 1921.)

Referencias bibliográficas, 3.

- Garfinkel, H. [Estudios de etnometodología.] Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1967.
- González, G. A. ¿Genocidio y guerra de exterminio en El Salvador? Estudios Centroamericanos, 1980, 384-385, 983-1000.
- Gray, J. A. La psicología del miedo. (Traducción de A. Pestaña.) Madrid: Guadarrama, 1971.
- Guidos Véjar, R. El ascenso del militarismo en El Salvador. San Salvador: UCA Eds., 1980.
- Hernández-Pico, J., Jerez, C., Ellacuría, I., Baltodano, E. y Mayorga, R. El Salvador: año político 1972. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1972.
- Homans, G. C. El grupo humano. (Traducción de M. Reilly de Fayard.) Buenos Aires: EUDEBA, 1963. (Originalmente publicada en 1950.)
- Izard, C. E. [Las emociones humanas.] New York: Plenum, 1977.
- James, W. [Variedades de la experiencia religiosa.] New York: New American Library, 1972. (Originalmente publicada en 1902.)
- Janowitz, M. [El último medio siglo. Cambio social y política en América.] Chicago: The University of Chicago Press, 1978.
- Jiménez, E. E. La guerra no fue del fútbol. La Habana: Casa de las Américas, 1974.
- Jones, E. y Davis, K. [De los actos a las disposiciones: el proceso de atribución en la percepción personal.] En L. Berkowitz (Comp.), [Avances en la psicología social experimental.] Vol. 2. New York: Academic Press, 1965.
- Lewis, M. y Rosenblum, L. A. (Comps.), [Los orígenes del miedo.] New York: John Wiley, 1974.
- López Vallecillos, I. y Orellana, V. A. La unidad popular y el surgimiento del Frente Democrático Revolucionario. Estudios Centroamericanos, 1980, 377-378, 183-206.
- Mariscal, N. Militares y reformismo en El Salvador. Estudios Centroamericanos, 1978, 351-352, 9-27.
- Martín-Baró, I. El valor psicológico de la represión política mediante la violencia. Estudios Centroamericanos, 1975, 326, 742-752.
- Martín-Baró, I. Introducción. En I. Martín-Baró (Comp.), Problemas de psicología social en América Latina. San Salvador: UCA Eds., 1976.

Referencias bibliográficas, 4.

- Martín-Baró, I. Fantasmas sobre un gobierno popular en El Salvador. Estudios Centroamericanos, 1980, 377-378, 277-290. (a)
- Martín-Baró, I. Ocupación juvenil. Reflexiones psicosociales de un rehén por 24 horas. Estudios Centroamericanos, 1980, 379, 463-474. (b)
- Martín-Baró, I. La guerra civil en El Salvador. Estudios Centroamericanos, 1981, 387-388, 17-32. (a)
- Martín-Baró, I. Entre el individuo y la sociedad. San Salvador, 1981. (Mimeo.) (b)
- Martín-Baró, I. Aspiraciones del pequeño burgués salvadoreño. Estudios Centroamericanos, 1981. (De próxima aparición.) (c)
- Martínez, A. G. Las cárceles clandestinas de El Salvador. Libertad por el secuestro de un oligarca. San Salvador, 1978.
- Marx, K. Crítica de la filosofía del estado de Hegel. (Traducción de A. Encinares.) México: Grijalbo, 1968. (Originalmente publicada en 1846.)
- Marx, K. El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. En K. Marx y F. Engels, Obras escogidas. Moscú: Progreso, 1969. (Originalmente publicada en 1852.)
- Marx, K. y Engels, F. Manifiesto del Partido Comunista. En Obras escogidas. Moscú: Progreso, 1969. (Originalmente publicada en 1848.)
- Menjívar, R. Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño. San Salvador: UCA Eds., 1979.
- Monseñor Romero: Exigente conversión cristiana. Christus (México), 1980, 536-537, 86-91.
- Montes, S. El compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador. San Salvador: UCA Eds., 1979. (a)
- Montes, S. Estudio sobre estratificación social en El Salvador. San Salvador: Departamento de Sociología y Ciencias Políticas, UCA José Simeón Cañas, 1979. (b)
- Moscovici, S. [Sociedad y teoría en psicología social.] En J. Israel y H. Tajfel (Comps.), [El contexto de la psicología social. Una evaluación crítica.] London: Academic Press, 1972.
- Oberschall, A. [Conflicto social y movimientos sociales.] Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1973.

- Pinkney, D. [Napoleón III y la reconstrucción de París.] Princeton: Princeton University Press, 1958.
- Plataforma programática para un Gobierno Democrático Revolucionario de la Coordinadora Revolucionaria de Masas. Estudios Centroamericanos, 1980, 377-378, 343-345.
- Poirier, J. Formas de impugnación, de compensación y de transposición de lo real en las sociedades en vía de desarrollo. En J. Lacroix (Comp.), Los hombres ante el fracaso. (Traducción de J. Pombo.) Barcelona: Herder, 1970.
- Rachman, S. [Sentidos del miedo.] Middlesex: Penguin, 1974.
- Rapoport, A. [La forma de las casas y la cultura.] Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1969.
- Rapoport, A. [Aspectos humanos de la forma urbana.] Oxford: Pergamon Press, 1977.
- La represión, criterio de verdad. Estudios Centroamericanos, 1980, 379, 411-418.
- Samayoa, S. y Galván, G. El movimiento obrero en El Salvador; ¿resurgimiento o agitación? Estudios Centroamericanos, 1979, 369-370, 591-600.
- Schutz, A. [La fenomenología del mundo social.] (Traducción inglesa de G. Walsh y F. Lehnert.) Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1967.
- Sève, L. Marxismo y teoría de la personalidad. (Traducción de M. A. Payró de Bonfanti.) Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- Shaw, M. E. Dinámica de grupo. Psicología de la conducta de los pequeños grupos. (Traducción de I. Antich.) Barcelona: Herder, 1980.
- Sherif, M. [Psicología social del conflicto y cooperación grupal.] London: Routledge & Kegan Paul, 1966.
- Sobrino, J. Monseñor Romero: Profeta de El Salvador. Estudios Centroamericanos, 1980, 384-385, 1001-1034.
- Sobrino, J., Martín-Baró, I. y Cardenal, R. (Comps.), La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero. San Salvador: UCA Eds., 1980.
- Tilly, C. [De la movilización a la revolución.] Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1978.
- Watson, J. B. El conductismo. (Traducción de O. Poli.) Buenos Aires: Paidós, 1972. (Originalmente publicada en 1925.)

- Weber, M. Economía y sociedad. (Traducción de J. Medina y otros.) México: Fondo de Cultura Económica, 1964. (Originalmente publicada en 1925.)
- White, A. El Salvador. New York: Praeger, 1973.
- White, R. y Lippit, R. Conducta del líder y reacción del miembro en tres "climas sociales". En D. Cartwright y A. Zander (Comps.), Dinámica de grupos. Investigación y teoría. (Traducción de F. Patán.) México: Trillas, 1971.
- Zajonc, R. B. Facilitación social. En D. Cartwright y A. Zander (Comps.), Dinámica de grupos. Investigación y teoría. (Traducción de F. Patán.) México: Trillas, 1971.
- Zajonc, R. B. [Co-presencia.] En P. B. Paulus (Comp.), [Psicología del influjo grupal.] Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum, 1980.
- Zúñiga, R. B. La sociedad en experimentación y la reforma social radical. El papel del científico social en la experiencia de la Unidad Popular de Chile. En I. Martín-Baró (Comp.), Problemas de psicología social en América Latina. San Salvador: UCA Eds., 1976.